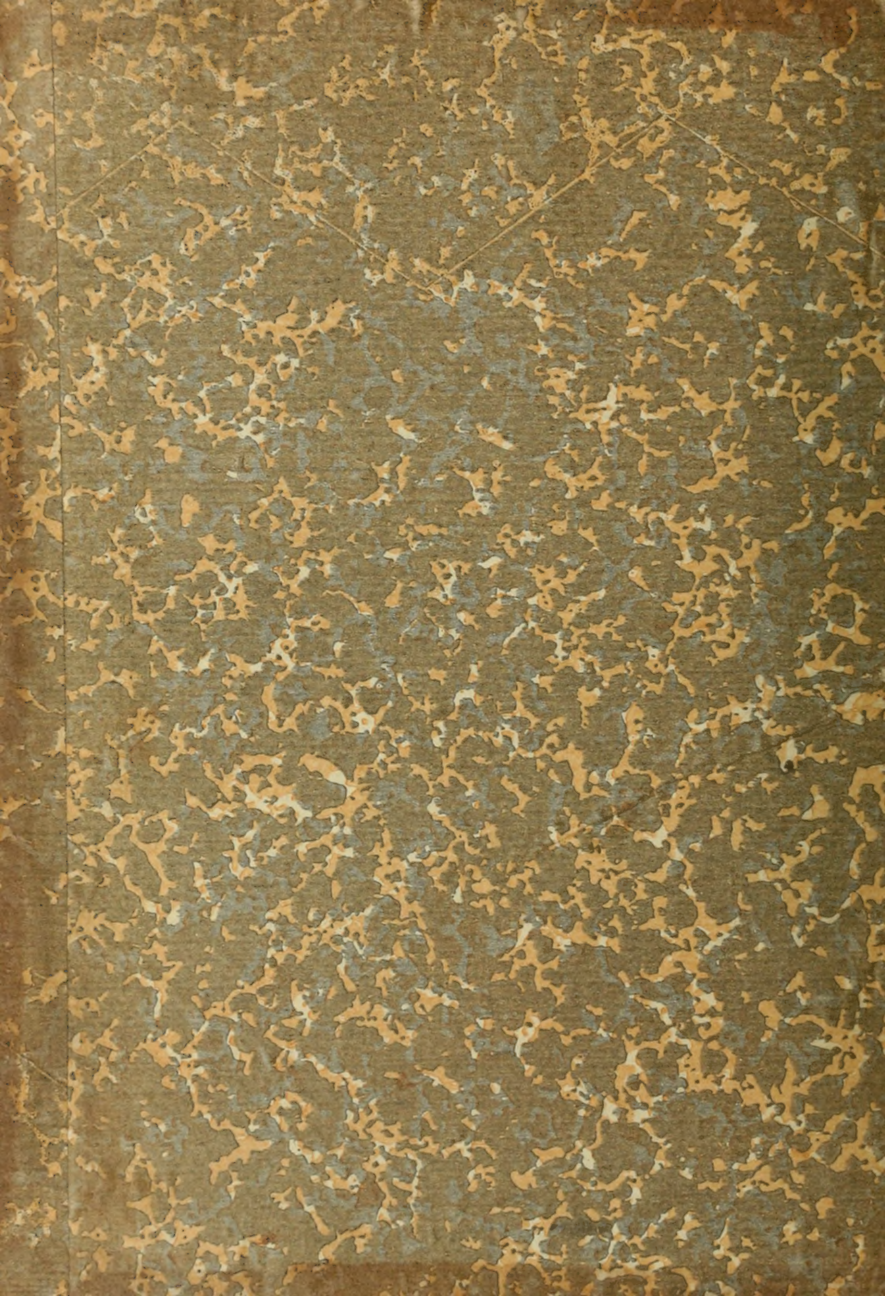








EL PASEO DEL PRADO

POR

RAMON GOMEZ DE LA SERNA

(NUMEROSOS GRABADOS)



EL PRADO

Yo puedo hablar del Prado, porque yo soy "El hijo del Prado".

Como hijo espontáneo del Prado, como su cigarra, dispuesto a trazar unos diálogos escépticos y sentidos entre "yo" y "yo mismo" titulados "Paseos por el Prado", encontrado su antecedente histórico total en muchos libros, y su sentido actual, "eterno" y nada "efemérico" en muchos paseos de todos los días, embocaré primero la cuestión de su historia y después ya estaré tranquilo para hacer los zig-zag del paseo y sus idas y vueltas. (Si yo pudiera elegir entre mis libros, diría que considero este trabajo como el mejor de todos los míos.)

El Prado son los Campos Elíseos de Castilla, planicie de aire profundo, de honda serenidad.

Siempre ha sido el camino del Prado el camino oriental. Por el Prado se va hacia Oriente, que es nuestra dirección ideal.

El Prado era el último camino cuando Madrid acababa en la Puerta de Guadalajara. Después del Prado se caía en los barrancos y en los aguazales.

(Larra paseó por él mucho, y el último paseo parece que se realizó en él, siendo eso lo único que sugiere el falso paseo que describe Molíns. Después, cuando fué enterrado en Fuencarral, estuvo inquieto, hasta torcer el curso de las cosas y pasar en carroza fúnebre por el Prado, yendo a parar al Cementerio de San Nicolás.)

"Tienen prevención de arboledas vecinas las poblaciones numerosas, donde el agua de las fuentes enfría el aire, el aire las hojas, para que las hojas, aire y fuentes hagan un deleitosísimo paseo. Esto, en Madrid, se llama el Prado"—dice un historiador.

Como en ese otro paraje, llano y filosófico de Lisboa, en que están los Hieronimos, había un Monasterio de monjes Jerónimos en el Prado.

Mezclándose a sus pocas construcciones había huertas y hierbas, que fué lo que naturalizó todo el suelo de la ciudad alguna vez, y cuyo recuerdo no hay que perder. Siempre por estos parajes estuvieron, efectivamente, los prados de la villa; el Prado de Toya o de Atocha, que se menciona en los fueros de Madrid del siglo XIII (se llama después Atocha por los atochares (atocha = esparto. Atochas = espartizal).

Había varias hileras de álamos todo a lo largo de él; álamos que realmente no

han desaparecido, porque se nota aún en el paseo un aire de alameda, fresco camino de la meditación.

El Prado es la obsesión de Madrid. Villamediana dice:

"Llego a Madrid y no conozco el Prado,—y no lo desconozco por olvido,—sino porque me consta que es pisado—por muchos que debiera ser pacido."

La musa callejera compuso también una seguidilla a este respecto:

"Como corren los tiempos—Libres y alegres,—Muchos salen al Prado—Por darse un verde."

También Lope de Vega dijo, con el conceptuosismo del mal humor:

"Los Prados en que pasean—son y serán celebrados;—bien hacéis en hacer Prados,—pues hay bien para quien sean."

Los poetas se entusiasman con el Prado. Cervantes, que pasaba mucho por allí porque vivía en aquel barrio, dice en la despedida de Madrid:

"Adiós dije a la humilde choza mía,—Adiós, Madrid, adiós tu Prado y fuentes—Que manan néctar, llueven ambrosía."

Lope de Vega, en "El acero de Madrid", le recuerda y le dedica su atención. Quevedo, también. Y después, después, ¡cuántos otros!

Las fuentes que le decoraban ya desde el principio, las fuentes "de mejor agua que hayan hasta agora visto". ("Lindísima agua" llama al agua del Prado el maestro Pedro Medina.) Eran cinco de singular artificio, cada una con una bacía de piedra berroqueña y varios caños, sobre todo una que recordaba la lluvia tupida de la tormenta, la del "Caño dorado", la "Sierpe" y la del "Olivillo", habiendo una que recogía su agua en nueve grandes tazas de piedra. La más original era una que lanzaba el agua por la boca de una serpiente, a la que se enrollaban otras dos, destacándose en ella "una esfera que tiene un espejo de bronce y en medio dice "Vida y gloria".

Muchas cosas pasan en el Prado. En 1644 "vino un andaluz con unas quimeras de Arquímedes, hizo un molino, añadió a la tramoya otra traza con que habían de tener unas bombas movimiento perpetuo, y el agua que saliese para hacer moler la rueda había de volver al mismo estanque de donde se había sacado".

Las fiestas más espléndidas se dan en el Prado. Para la entrada de doña María de Austria se construyó un ancho tablado, con jardines, fuentes y salteadores, y en



Aspecto antiguo de la calle de Alcalá frente a la entrada del paseo del Prado.

su parte más alta el Monte Parnaso, en que se veían las musas, Pegaso, el dios Apolo, y al pie de la Fuente Castalia, seis de los principales ingenios de la edad pasada: Calderón, Lope de Vega, Argensola, Quevedo, Zárate y Góngora.

(Queda ese Parnaso aún, y en uno de sus bancos está Larra. Es un Parnaso sin túnicas; queda uno con el traje de su tiempo; todos reunidos como en una gran Casa de Orates de lujo.)

Para la entrada de la reina doña Ana de Austria se hizo al final del Prado un estanque de 500 por 80 pies, en que bogaban ocho galeras, cada una con 20 soldados y cuatro piezas de artillería, un castillo con cuatro rebellines y un tablado sobre el que se elevaba un trono cubierto de brocado, desde donde doña Ana presenció la toma del castillo.

(En ese sitio es adonde aún se forman unos grandes charcos que evocan a aquel gran estanque.)

No solamente en las horas de fiesta pasean los reyes y los aristócratas por el Prado. Ya el día de San Juan de 1613 salió el rey al Prado acompañado del duque de Lerma, deteniéndose en el convento de los capuchinos, adonde se hallaba la reina de Francia con su hermana, volviéndose con ellos a Palacio y yendo el duque en el estribo del coche real

En casi todos los palacios del Prado había sobre el dintel de la puerta una gran cadena, que sólo ostentaban los que habían tenido la honra de que hubiese estado el rey en ellos.

La aristocracia también pasea por él. El conde de Humera paseaba mucho por sus andenes, acompañado también por el de Lerma, al que llevaba a su derecha, yendo muchas veces a ver correr lanzas a los franceses de su acompañamiento. También se dieron bailes en los palacios que en el Prado tenía la aristocracia, siendo el más suntuoso el que dieron en honor de Felipe IV la noche de San Juan, con mascarada y con una suntuosa "Rua" por el paseo que duró hasta el amanecer. (Sólo la mascarada real que se verificó en el Prado para solemnizar la boda de Fernando VII y María Cristina, aventajó en esplendor al de esa fiesta.)

Ya entonces, como siempre, después y antes, al mismo tiempo que el sitio de paseo por la tarde, es el Prado en la noche sitio en que se recogen el misterio y una sombra pecaminosa, porque ya entonces se rozaban con los palacios y sus monasterios, mancebías y ventorrillos, diciéndose en un bando de 1757 (año en que el Prado es guardado por treinta y dos soldados) "que se prohibía estar ni entrar en él con capa", y mandando que fueran expulsadas las ramilleteras y limeras.

El arquero holandés Cock dice por esta fecha, que "no se debe buscar en él la mansión de la casta Diana, ni de la Virgen consagrada al culto de Vesta, sino la de Venus y el amor Ciego".

Hubo en él estocadas por cuestión de mujeres. Una vez, porque unas damas que iban en una calesa llamaron al duque de Alburquerque, fué herido éste y el conde Oropesa que iba con él. También hirieron por mujeres al marqués de Almenara, y se celebraron muchos otros empeños de armas y desafíos, en que se oía el martilleo de las espadas de taza y en que eran curados los contendientes en la clínica del Monasterio.

En una comedia antigua se dice:

"Irás al Prado, Leonor,—en cuya grata espesura—toda divina hermosura—rinde tributo al amor.—¡Cuántos mirándote allí—aumentarán sus desvelos!—No quieran, Leonor, los cielos—que te los causen a ti."

De sus aventuras hablan también estos otros versos:

"Si ir al Prado dejares—tu esposa, loco,—mientras ella va al Prado—vete tú al Soto."

En esta primera época se sentaban las mujeres en su verde. Así, el gran maestro de todos, Zabaleta, las ve sentadas "tomando la apariencia de flores".

En este césped del Prado se dieron muchas meriendas, merendolas alegres, bebiendo en el aire el refresco verde de las lechugas de las huertas.

El césped del Prado lo hollaron numerosos zapatos de ponlevi y numerosos chapines con virillas de plata y buscaron sus alamedas numerosas basquiñas de chamelote, guardainfantes de seis varas de ruedo y mantos de gloria.

Así, el campo que dora y calienta el sol del invierno estaba salpicado de mujeres sentadas, muchas "con los pañuelos sobre los mantos".

Por el centro del Prado pasan las que van en coche; "en un zapato alpargatado con ruedas se aprietan seis personas". Habiendo muchos enredos de coches.

"Muchas carrozas rebosando dueñas; — de todo un barrio cada coche lleno." (Quevedo.)

"... ver mil coches de día—del Prado armados bajeles." (Lope.)

Gran sitio de fiesta durante el día y paseo de damas de rebocillo y de medio ojo y dueñas quintañonas, durante la noche siempre servía su gran sombra y el gran sentido de sensualidad que lo anima, de sitio de regodeos de cotorreras y sirenas de respingón, tanto que dice, refiriéndose a esto, un historiador:

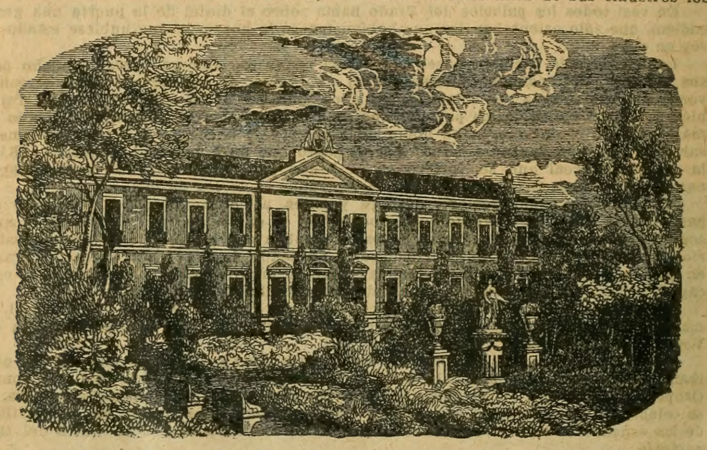
"Es un gran bosque, donde se sale como quien dice al ojeo, con la particularidad que en él suele ser más frecuente ver liebres buscando galgos, que galgos buscando liebres."

La visión del Prado, después de esos mimos y esas francachelas, podemos decir que va a ser definitiva. Se queda en su paraje para siempre.

Ya el Monasterio de los Hieronimos lo domina como hospedería de Reyes en los momentos de meditación y tristeza, como lugar de las juras y hasta sitio en que se celebran las primeras Cortes.

Se dice que allí confesó el príncipe D. Carlos que quería matar a su padre, reuniéndose la comunidad para juzgar el caso, y aconsejando el confesor absolver al príncipe o darle de comulgar una hostia no consagrada, para que el pueblo no advirtiese que no se le daba la absolución.

De orden severo es ese monasterio; "no salen en siete años de sus claustros los



Palacio del duque de Villahermosa en el Prado.

que empiezan el monacato, sirviendo en todos los ejercicios de humildad, con un maestro que no les pierde de vista y en la mesa les cuenta los bocados", y permitiéndoseles sólo al cabo de ese tiempo ir a sus tierras acompañados de un anciano.

Más iglesias había en el Prado. San Antonio del Prado, que estaba entre la plaza de las Cortes, y la iglesia de Jesús y el Santísimo Cristo del Prado, que era una de las mayores devociones de las gentes.

La entrada del Prado tenía a un lado el magnífico palacio que perteneció primero al marqués Ambrosio Spínola, a quien otorga el título Felipe IV en 1621, y después al duque de Sexto, quien lo vendió al Banco de España, que también necesitó para su solar destruir la iglesia de San Fermín que iba a continuación de ese palacio.

Numerosos palacios le daban carácter. El de Lerma era uno de los más importantes. De él dijo un poeta:

"Llenando en su parte yerma—del Prado viejo un espacio,—con lo que al erario merma—levanta altivo el de Lerma—suntuoso y rico palacio."

El palacio de Medinaceli, que era otro de los grandes palacios del Prado, estaba

pasada la Carrera de San Jerónimo, continuaba su tapia hasta la calle de Trajineros.

El palacio del duque de Villahermosa, esquina a la Carrera de San Jerónimo, fué construído por Antonio López—dirigió la obra el propio D. Antonio López.

Todo es agramilado.

Es la principal la fachada opuesta a la que hace de principal dando a la calle de San Jerónimo. Sobre su frontón campea este letrero, escrito sobre el tímpano de ese frontispicio:

"In Eoden loco artis perfectionen et naturae oblectamentum, María Emmanuela Ducissa de Villaermosa conociavit."

Lo más bello de este palacio es su regularidad. En él se conservan los retratos de todos los duques y unos soberbios tapices que—como las colchas las chulas—sacan al balcón en las solemnidades. En él vivió el duque de Angulema en 1823.

También ha sido el Prado, y quizás realmente es lo que definitivamente será, el sitio de las fiestas cívicas. Allí, después del día 2 de Mayo en que se regó todo él de sangre en una avenida tan grande como aquella de agua que en 1581 le causó muchos daños, ¡cuántas fiestas cívicas se han celebrado! Entre otras se debe recordar la que se celebró el día 24 de Septiembre de 1822 conmemorando el triunfo del 7 de Julio y para la que se entoldó todo el Prado y se dispusieron "1.110 varas de mesa" para los 9.000 convidados compuestos por los soldados que formaron la guarnición aquel invicto día que solemnizaban.

El Prado desde sus primeros días de prado silvestre, se había ido modificando y arreglando, habían sido echados abajo varios edificios; el antiguo juego de pelota que estaba donde mucho más tarde se levantó el monumento al 2 de Mayo; también fué necesario para abrir por ahí el camino al Retiro, rebajar una formidable altura que según afirma Pinelo "estaba allí desde el principio del mundo". (¡Qué agarrada estaría la tierra a la tierra!) Se hace una mina subterránea para encauzar el arroyo que lo enloda y otras aguas que convergían en él, obra que según Jovellanos "era comparable a la gran cloaca en que Dionisio y Casidioro creyeron cifrada la magnificiencia romana."

(Ultimamente en nuestros días, no hace mucho, hemos visto acabar de sanear y de regir esa cloaca máxima metiendo, gracias a la fuerza de una recia grúa, unos enormes tubos de hierro embreado, por cuyo túnel jugaban a pasar niños de doce años.)

Entusiasmándose con el sombrío encanto, con la magnífica y severa base que es el Prado, se proponen al Ayuntamiento de Madrid proyectos descabellados y suntuosos, entre ellos un peristilo capaz para 7.000 personas que pudieran refugiarse en él en caso de lluvia (hoy el soportal de los buzones del nuevo Correos puede servir para caso de lluvia), un inmenso monumento a Cervantes, y últimamente un absurdo monumento a todos los héroes de España, sus colonias, la industria, el comercio y sus productos.

El Prado rigiéndose con rigidez a sí mismo, se conserva, sin embargo, resuelto y rotundo. Todo va creciendo en él poco a poco. Se crea el Botánico—Jardín Botánico del Museo de Ciencias—frente a la Real Fábrica de Platería dotado de un bello pórtico y de un despejado frontispicio. Están rodeadas las 30 fanegas de tierra del Botánico por una verja solemne y robusta fabricada en Tolosa de Guipúzcoa por Arrivillaga y Muñoz, con asientos exteriores y sillares en toda su extensión. Tiene dos puertas, una que da a la plazoleta de Murillo, formada por una fuerte y achaparrada edificación de columnas arrimadas y dóricas, y la otra que da al Prado con arco de medio punto con archivolta y dos columnas entregadas de orden dórico, y a los lados dos pequeñas puertas con arco adintelado. Sobre su frontispicio Juan de Iriarte escribió "Carolus III, P. P. botanices instarautor civium saluti et oblectamento anno MDCCLXXXI".

Primero Felipe II había querido construir uno, anterior en mucho a los de París y Montpellier, y casi coetáneo con los de Pisa y Padua. El mismo herbario de Hernández que se conserva en el Escorial, revela aquella curiosidad. A orillas del Manzanares y camino del Pardo hay un soto "Migas calientes" en el que se implanta el primer Botánico o Real Granja. Después por orden de Carlos III fué trasladado aquí.

El conde de Florida Blanca, quizás por la fuerza de su título, fué el que protegió al Botánico.

Un extranjero en 1789 propuso darle un destino que únicamente el Monarca de las Españas podía realizar "establecer familias de peruanos, mejicanos, californianos, cuisanos, habitantes del Paraguay, Buenos Aires, Caracas, Puerto Rico, Cuba, Canarias, Filipinas conservando los trajes del país y sus costumbres."

Otro propuso establecer un Parque Zoológico en libertad y yo he propuesto en un libro lo siguiente:

Debía haber un botánico de los senos, un verdadero y amplio Jardín Botánico en que figurasen todas las especies de senos del universo, sostenidos y alimentados por las mejores mujeres de todas las especies. Ellas podrían estar desnudas, con sus senos al aire, y estáticas como los árboles. El cartoncito latino que cuelga de los árboles y de las plantas de los botánicos colgaría del intervalo de sus senos como un medallón, señalando la procedencia de cada mujer y el nombre de sus senos: "SENUS ABISINIUS", "SENUS GOMORRIENSES", "SENUS JAVANESES'. ¡Oh, admirable botánico, en los cálidos invernaderos durante el invierno y en el jardín el resto del año! El Ministerio de Bellas Artes debía ocuparse de eso."

Entre las plantas que conservan están la dracoeana, la tecomas, hiphocampylus, magaricarpus, perrettia, el ecluites y los humildes granos de cien diversos géneros.

Semilleros; modelos de secano, campanitas de cristal debajo de las que se colocaban los ejemplares de los trigos de que habla Clemente en su adición al Herrera, maderas exóticas, formas, resinas, etc., etc.

"En los primeros días de la estación calurosa—dice Madoz—se ve sumamente frecuentado este jardín por una sociedad escogida, que busca el deleite que les ofreció su fundador, así como la clase menesterosa las yerbas medicinales que se les proporciona gratuitamente, llevando receta del facultativo, si su aplicación es peligrosa."

(La tila les será dada a todos sin tasa ¡Oh, gran farmacia fresca!)

Tiene unas dos mil especies vegetales perennes, tintóreas, de los prados, textiles, etc., etc.

Hay una noria y una casilla como esas que se dan a copiar a los niños, y que tienen algo de molino, algo de alquería, algo de casa del herbolario.

Pronto el Botánico se llenó de plantas. Los virreyes de España enviaron grandes árboles y pequeñas semillas en número incalculable, que nuestro Botánico las expedía al mismo tiempo como si fuese el correo central de las semillas, llegando a enviar al extranjero 7.649 paquetes en un año. La Biblioteca llegó a contar con 2.500 volúmenes y los herbarios ascendieron a 30.000. (Al abrir esos libros, ¡cuántas flores y hojas se desprenderían de ellos!) Las plantas del Nuevo Mundo ocuparon mucho sitio. Se cultivó la escuela linneana, el sistema de Cavanilles y, por último, las plantas de adorno. Se erigieron varias estatuas, entre ellas la de Quer, el célebre médico y naturalista que escribió una flora española; Cavanilles, el célebre autor de las Observaciones al artículo "España en la Enciclopedia", y más tarde la de Lagasca, el primer botánico del XIX. (Hoy en la hora de salir del despacho y pasear por el Paseo de esta tarde veremos todas las que hay hoy.)

El Museo del Prado, que nació destinado a Museo de Ciencias, llega a ser el Museo de Pintura, y las nuevas fuentes se implantan. Estas nuevas fuentes merecen fijeza. La primera en el ancho y largo estadio es la Cibeles. Es esta una fuente que se ampara del símbolo de la tierra patria y siendo una diosa hija del cielo y de la tierra, mujer de Saturno, la magna-mater, resulta como la reina de todas las Castillas (al principio estaba colocada más al lado del que hoy es Ministerio de la Guerra y miraba hacia el Sur). Surtiéndose de la dotación de la antigua y acreditada fuente del Piojo, su agua era muy estimada aunque algún cronista dijese que causaba a los provincianos que la bebían el efecto de las aguas del Leteo en las almas de los muertos: el olvido.

("Fígaro" debió encaramarse sobre su taza, y en sus paseos por el largo salón de la reflexión, debió quizás curarse bebiendo de ella. ¿Pero hubiera querido seguir viviendo sin sus recuerdos?)

La fuente de Apolo en el centro del paseo lo decora de un modo más íntimo, como la Cibeles y todas las que están injertadas para siempre en el Prado, procede de un diseño del gran Ventura Rodríguez. Apolo o la fuente de las cuatro estaciones tiene cuerpo o tronco de panteón. Los tarjetones en que se ha borrado la inscripción y que tiene en los frentes esperan un cenotafio. Los mascarones por los que sale el agua están bien aunque es doloroso como ver un vómito de sangre ver echar a un mascarón el agua por la boca. Su agua, es un agua dulce del viaje viejo mezclada a la de la Cibeles para ayudar (esta comunicación de unas fuentes con otras es conmovedora y entrañable).

La obra está hecha con piedra de las canteras de Redueña (el que yo cite el pueblo de la piedra no es citar por citar, sino por cómo evoca un formidable pueblo de



La fuente de Apolo.

España). Tiene un tono esa piedra de piedra de hueso blanco. Resulta lívido y ahuesado ese Apolo. Aunque el diseño es de Ventura Rodríguez fué Alvarez el que lo realizó, aunque según ha dejado dicho uno de aquellos críticos de arte, "los oficiales que desbastaron la piedra estragaron la escultura". Gregorio de Salas, admirado de la obra, ha dicho de ella y de su autor:

"Alvarez, tus estaciones—nos presentan sus efectos—en tan bellas actitudes—y modo tan verdadero,—que con toda propiedad—me parece que estoy viendo—en primavera y verano,—el otoño y el invierno—flores, y espigas y fruta,—nieves, escarchas e hielos."

Y después ha escrito en la tumba de Alvarez.

"Aquí yace un escultor,—que, por su grande destreza—le echaran menos los hombres—y le lloraran las piedras."

Alvarez muerto antes de acabar su obra creó un conflicto, pues el escultor Abad, al que se encargó la continuación, no quiso porque como él dijo: "si la obra sale bien dirán que es de Alvarez y los defectos se atribuirán a Abad".

En vista de eso se lo encargó a Bergaz, al que un poco infiel a la memoria de Alvarez, dedicó Salas también estos versos:

"Si el Apolo, Bergaz, fuera Narciso,—al punto que a la fuente se asomara."

El agua de la fuente de Apolo cae en tres conchas, conchas eternas hechas para soportar el agua de las fuentes como las otras para soportar el agua del mar. En vez de agua parece que debía caer de ellas besamel, pero su baba tiene un dulce de caramelo en que se mezcla el encanto de los días de Madrid.

Refiriéndose a esta estatua dice don Ramón de la Cruz en "Los panderos" por boca de una garrida moza:

"Y le dejé más parado,—más blanco y más frío que—la "estauta" nueva del Prado."

Es maravilloso que no haya parado su fuente. Nos reúne eso con todo el pasado. Sus dos cariátides, eternas sopladoras de vidrio que a veces echan el agua no en forma de chorro sino de ancho abanico, están siempre intentando crear la ampolla de vidrio que algún día de invierno parece que va a cuajar al fin.

(Ante esta fuente "Fígaro" se detenía y veía la perspectiva de las estaciones, sobre todo la del invierno que representa el mendigo de pantalones atados por debajo de la rodilla como se los atan con una cuerdecita los miserables para no perder el calor que guardan, atadura igual a la que evita que no se pierda de un pellejo de aceite el aceite. Toda la estatua es invernal, hasta los racimos en piedra son racimos de uvas heladas, uvas de invierno. Es la fuente del hombre con capa y con una copa con brasas, en la mano).

Neptuno es la fuente que sigue. Hay que tener en cuenta que es hijo de Cibeles y amigo de Apolo, y que como todos los dioses entronizados en el Prado es un dios arrojado de la tierra. Está hecho también según un diseño de Ventura Rodríguez y con piedra de la cantera de Montesclaros.

Aunque resulta extraño ver a Neptuno en el sitio más lejano al mar, le justifica el que ostenta la representación de Marciano del que España tiene la gloria de haber descubierto los límites en Occidente. Su tridente—que por cierto le robaron una vez—es de tres puntas que simbolizan su triple poder de conservar el mar, solevantarle y apaciguarle. Este pobre Neptuno como el que se levanta en la Plaza de la Señoría de Florencia, siempre en seco, en lo más central de la meseta central, parece que va a morirse como un pez sin agua. Está en las ciudades estas para tener propicio a Dios, pues si tomamos en serio a algún dios hay que tomarlos todos en serio. Este Neptuno evita las sequías. Es llevado por unos caballos de hermosa figura, figura de caballos inmortales y momificados, medio caballos esqueletizados y medio caballos focas, caballos cuya base algunos creyeron que debía estar sumergida en el agua, más dentro de la taza que contiene todo el grupo escultórico. Donde estaba esta fuente, había antes de su existencia una torrecilla en que se colocaban las músicas que amenizaban el paseo, músicas con atabales y trompetas. Durante mucho tiempo se han estado mirando Neptuno y la Cibeles, tanto que Sinesio Delgado dijo:

"Neptuno y la Cibeles se hicieron guiños—y apareció en el Prado la mar de niños."

(Ante estos caballos de Neptuno de los que salen altos y arqueados surtidores, me he parado a pensar que en vez de caballos debían ser ballenas y no sólo porque así se justificarían sus surtidores parecidos a los que son como el "esprit" de las ballenas, sino que a poco que se piense el trasatlántico ideal, el enorme vehículo de Neptuno es naturalmente una ballena.)

(Fígaro al pasar ante Neptuno, medio cocinero grotesco y medio rey desnudo, equilibraba su pensamiento pensando en el mar.)

Después vienen las cuatro fuentes que están frente al jardín Botánico, en la plazoleta tercera del Prado. Su piedra es también de Redueña. Son cuatro fuentes idén-



La fuente de Neptuno.

ticas. Están rematadas por un tritoncillo que juega con un delfín, debajo va la taza y en el tronco sobresalen unas cabezas de oso.

Por fin frente a la estación del Mediodía estaba antes la fuente de "La alcachofa" que hoy está en el Retiro y cuyas aguas eran demasiado gruesas para beber.

***

Antes de entrar en la divagación libre, en el paseo en que los pensamientos son voluntarios, dispares y desordenados, debo dar todavía un antecedente histórico sobre el monumento del 2 de Mayo aunque sobrio, curioso, completo. Solemniza a los pobres madrileños que fusilaron allí en masa los franceses, escena nocturna y patética, porque mientras se verificaba los monjes del Prado abrieron sus puertas y entonaron el "dies irae" para que lo oyesen los asesinos y eso les conminase.

El monumento del 2 de Mayo construído sobre el lugar en que arcabucearon a los madrileños en 1808 está formado con cinco hiladas de piedra berroqueña, con una gran masa de granito rojo de las canteras de Hoyo de Manzanares, un gran pedazo de piedra tostadiza, las estatuas de piedra blanca de Colmenar y la pirámide de granito oriental a imitación de los obeliscos egipcios.

Aunque los obeliscos debían ser más altos, su conjunto es profundamente conmovedor y "cenotáfico". Están bien todos sus símbolos, esas antorchas invertidas que eran emblema de muerte entre los antiguos y que se ven mucho en nuestros cementerios, los vasos lacrimatorios, lacrimatorios de la lluvia que llora por todos en invierno, y los flameros, llamas fijas, inextinguibles, llameantes siempre, alimentadas por un fuerte alcohol de piedra que resiste todos los vientos.

En los primeros trabajos de excavación y cimentación de este monumento trabajaron voluntariamente algunos probos madrileños, un abogado, un camarero de la Fontana de Oro—¡oh, ínclitos camareros de café!—varios hijos de familia, algunos títulos, algunos escritores como Ventura de la Vega y Escosura, y hasta alguna mujer.

Cuando se hubo acabado metió el Ayuntamiento algunos documentos de la época en una caja de plomo,—costumbre de entonces que también se usó con el arco de

la puerta de Toledo—sucediendo a "esotra" caja las mismas peripecias que a ésta. Entre los documentos que se metieron en el sarcofaguito de plomo figuraba un ejemplar de la Constitución española, una moneda de plata, la lista de las señas de diputados, dos decretos, varias medallas de plata y bronce, monedas desde un real a un peso de duro, "Gacetas", Elogios, libros.

Un poco después se sacó todo eso y se metieron nuevas cosas entre las que había una copia certificada del acuerdo que tomaron los Gabinetes de Francia, Austria, Prusia y Rusia en el Congreso de Verona, para restitutir el patriotismo.

Después fué exhumado de nuevo el cofrecillo y fueron sustituídos esos documentos por otros entre los que estaba la nueva Constitución, periódicos liberales, un doblón, reales, ochavos, cuartos, duros, pesetas.

También las inscripciones que hay en las aras de los ángulos han pasado por diferentes transformaciones, siendo escritos y vueltos a borrar muchos pareados, entre los que se destacaban unos de Lope de Vega:

Para los que murieron dando ejemplo,—no es la tumba sepulcro, sino templo.



La lucha del 2 de Mayo de 1808 en el Prado.

Inscribiéndose por fin en un lado la dedicatoria del monumento y los nombres de los héroes, y en el otro unas palabras del libro de Job, cap. 12, vers. 21: "Difunde el desprecio de los déspotas ensalzando a los que por sus órdenes perecieron."

Numerosas fiestas se han celebrado alrededor de ese monumento todos los 2 de Mayo, desde la creación de la fecha histórica. Dos coronas—una de los milicianos y otra pagada con el legado que para eso dejó un patriota, son renovadas todos los años.—Y un detalle conmovedor de la solemnización anual es que sustituye y representa al teniente Ruiz un capitán que cuando llega la hora de responder en la revista, que pasa el capitán general a las tropas que forman alrededor del monumento, contesta con una voz de ultratumba y como si fuese el teniente Ruiz: "como presente y muerto al frente del enemigo". Gautier frente al dos de Mayo se cree trasladado a la Plaza de la Concordia de París, figurándosele contemplar el venerable obelisco Luxor "al cual no hubiera creído capaz de hacer tal viaje".

* * *

Don Ramón de la Cruz ya lo ha bendecido con sus palabras y le ha dedicado al Prado mucha atención y hasta algún fin de fiesta como el titulado el "Prado por la noche". Esos diáfanos personajes de Ramón de la Cruz que son gratos, chispeantes y

simpáticos y que desaparecen en seguida, han paseado muchas veces por el Prado, así como hemos visto en las obras de don Ramón esas mozuelas que bailaban al son de la música de los ciegos en el Prado, las mujeres que gritaban por el Prado también "¡Agua fresquita de Recoletos! ¡Roscones de Zaragoza! ¡Garbanzos verdes y tiernos!" ¡Bizcochos de moda tiernos! ¡Puerros!"

En una ocasión don Ramón le dedica este soneto por boca de uno de sus personajes de comedia llamado Espejo:

Del verano en la plácida estación,—es el Prado paseo de alquiler,—donde cuesta a los más breve placer—la fama, la salud y el corazón.—Adornada entre tanta confusión—y torpe la ocasión se deja ver,—de cualquiera dejándose coger;—que aquí sólo no es calva la ocasión.—Pretextan que se van a refrescar,—y a divertirse con mirar y oir,—dando mucho al discreto que pensar—cómo puede un paraje divertir— donde pierden los hombres por mirar,—y las mujeres sólo por venir.

El Prado así queda confirmado.

***

Desde mediados del siglo XIX hasta el final su vida es intensa. Se convierte en salón oficial de todos. Ha llegado a oído de todas las gentes la cita en el Prado.

En este momento en que es centro elegante pregunta un cronista de la época: "¿Dónde irán los elegantes que puedan lucir sus atractivos a la clara luz del gas como en el Prado de Madrid?"

El lado de mucha luz del Salón era el llamado de París, y como siempre en estos paseos de Madrid, había el lado aristocrático y el lado plebeyo.

Las niñas jugaban al mambrú o a la limón. Frente a la fuente de Apolo se colocaban dos arpas que tocaban redovas y polkas.

Hasta hubo un ferrocarril para los niños, además de un cochecillo tirado por dos cabritas...

Sus sillas eran como sillas de la casa de todos. Primero las sillas fueron de vitoria y las llamaban las "carracas" por el ruido que metían, al desvencijarse cuando las crujían un poco los huesos y eran ocupadas, a mediados del XIX, mediante el modesto rédito de ocho maravedíes.

Casi pegado a la verja de los jardines del Buen Retiro por la parte del Prado estaba el Teatro Felipe y el Circo-Hipódromo, barracón de madera, primer Eldorado antes de que éste naciese para incendiarse; lo dirigía Felipe Ducazcal que dirigía el Real también y allí estuvieron los Bufos y allí se estrenó la célebre obra teatral "La Gran Vía", y por allí estuvo el "Panorama de la batalla de Tetuán" (el campo de Africa y los moros en figuras de bulto.)

Durante esta última época del Prado fué cuando se establecieron en él los aguaduchos que un concejal al que no hizo caso ninguna de aquellas reales mozas, mandó suprimir.

Aquellos aguaduchos, altares para los vasos, las copitas y las botellas, vasares al aire libre, pagoditas con su tejadillo, retablos de fondo para la gachona aguadora, eran algo fresco y sabroso que ya resultara inimitable para los tiempos venideros.

Eran aquellas garridas mozas las sucesoras de los agualojeros del Prado.

Aquellos aguaduchos donde estaban deificados los más blancos y enormes botijos, eran cómodos, y recordando su comodidad me parece como si hubiese tenido alguno sofá de muelles. Las mujeres, "que hacen afeite de la sombra de la noche", eran convidadas en aquellos puestos de refrescos.

Esa cabecera de piedra que tiene el Salón enfrentándose con la plaza de la Cibeles se levantó para el segundo centenario de la muerte de Calderón en 1881, y sobre esas especies de pedestales que la rematan se instalaron unas estatuas de cartón provisionales, proyecto de unas definitivas que se habían de colocar allí y que aún no se han colocado.

Aquí se celebraba el carnaval hasta que en 1895 siendo alcalde el conde de Romanones se trasladó al Retiro de donde se trasladó a Recoletos al año siguiente, por los muchos destrozos allí causados.

Los últimos días clásicos del Prado—según el gran madrileñista E. María Segovia—fueron los del verano de 1891 "en este año el uso del velocípedo se generalizó de tal modo que fué una verdadera monomanía, invadiendo sus partidarios todos los paseos y sobre todo el del Prado por sus especiales condiciones para el manejo de aquel aparato, abandonando por eso el Salón mucha gente y acabándolo de descongestionar también el que acababan de inaugurar la primera "montaña rusa", detrás del teatro Felipe.

***



Reproducción de un cuadro existente en Palacio, que representa, paseando por el Prado, a algunos personajes de la tercera mitad del XIX, entre los que están la Avellaneda, en el centro, y a un extremo, con grandes patillas, sombrero de copa negro y pantalón blanco, Ventura de la Vega.

Ahora pasemos a lo largo de este Prado histórico y fundamental, ya tranquilos y en la actualidad, como en la tarde de hoy.

Si fuésemos invisibles por este paseo se piensa—lo veríamos mejor.—Es el paseo por el que andar invisibles.

("Fígaro" por eso disfruta más del paseo y adquiere más idea de sus avenidas. Para él desaparecen y viaja sin el penoso trabajo de la locomoción.)

El paseo del Prado hace capital a España. Cuando queremos pensar más racionalmente que estamos en Madrid, nos vamos al Prado. Es el fondo en que hacer que se proyecte todo. Es por donde más se disimula uno.

Por el Prado nos damos paseos con nuestra muerte, con el muerto de nosotros—con nosotros muertos.—Dejando atrás todas las miserias de nuestras casas estamos en el Prado en el ancho campo por el que el "gris" se pasea. Nosotros los que siempre andamos con pies flojos, uno en el abismo y el otro en otro abismo de distinta profundidad, andamos por el Prado firmes y tranquilos pisando sobre la única rampa lisa, sobre la gran explanada nivelada.

Siempre que nos aproximamos a él no nos podemos salvar a su influencia. No se puede ir a sitios más lejanos.

El Prado es el paseo de Castilla, en el centro de Castilla.

El gabán o la capa, el abrigo en una palabra, sientan muy bien en el Prado, y siempre se va de levita por él y de sombrero de copa. (Sólo en el Prado aún está bien el sombrero de copa.)

Parte por medio la ciudad, es el camino neutral y aparte, por donde se abre el mar de las tierras como se abrió el Mar Rojo. Las botas andan por él con más solemnidad.

El Prado les da miedo a los novios frívolos. Es algo muy trascendental lo que corre por el Prado. Las gentes estultas lo cruzan y lo atraviesan de través huyendo de su adustez y su gravedad.

(Y "Fígaro" se quedó amortajado en su levita azul, allí en la casa de la calle de Santa Clara, lejos de este Prado donde se hubiera disuelto el dolor adelantándose a la muerte en su meditación por su campo trascendental y por lo tanto no necesitando matarse.)

Es donde más a solas estamos con nuestra sombra, donde nuestra sombra se ve mejor.

Al Prado vamos todos los días a despedirnos de la vida por si al volver a la casa nos ponemos mal, y aunque dure la enfermedad, ha sido en ese preciso momento de meternos en la cama cuando nos hemos envuelto en vez de en las sábanas en el sudario. Muchos de los que mueren, sobre todo de los que murieron en las épocas de epidemia, el atacado del cólera o del dengue, cuando eran de los que sabían donde había que despedirse de la vida, cuando eran de los que sabían que había que cumplir con el Prado, pasearon por aquí antes de acostarse para siempre. Por él pasan todos los días las siluetas negras de los que cada día se despiden para siempre y de lo que se acuerda más un muerto es de haber paseado por el Prado.

Es el sitio por donde más ancho cielo se ve. Es donde se ve un mar celeste mayor y los días grises un cielo gris que reconforta a nuestra materia gris.

Se corrige a la muerte andando por el Prado. Así el niño enfermo al que pasean



El monumento del 2 de Mayo.

con un cochecillo por el Prado se pone mejor, y el viejo que recoge su último sol, un sol de urgencia, en el Prado, se salva de la asechanza.

Es por donde se han paseado por última vez los suicidas de la miseria, echando una mirada de desdén al Banco, gran mole de piedra con salientes nevados que arrojan una sombra gris sobre el saliente de otra clase de piedra que parece ser de la de las cumbres del Guadarrama y con sus focos grises hasta tener atrofia gris.

Generalmente acude con determinación al pensamiento la idea de que es un río y le dan esa apariencia también las pasarelas que tiene a un lado, los antepechos de hierro bronceado que parecen hechos con cañones tomados, como siempre, a los moros, y sobre los que hay gentes acodadas y hasta nos hemos acodado también nosotros como asomándonos a ver el agua a la que a veces nos lanzamos raudos, pasando sobre el río como si el agua estuviese helada, como si fuese el Volga helado, simulación a la que coadyuva el asfalto que es como un agua sucia y espesa.

Aquí donde no hay verdadera catedral suenan como a campanas de catedral las campanas del reloj del Banco, reloj de martillazos, campanas que apiadadas de lo que sucede suenan con más deje que las de ningún otro reloj en ese que está rematado por una absurda bola deslucida que parece haber sido un regalo que hicieron al director el día de su santo y que él colocó ahí por no colocarlo en la antesala de su casa.

El político por aquí es por donde pasea solo todo su fracaso.

Sólo a Azorín le hemos visto pasear su triunfo.

La última serpentina de carnaval queda colgando de un árbol y se la disputa el viento como un biciclista en una carrera de cintas.

Faltan en el Prado aquellas casas de color sepia, aunque está en su sitio la casa Mateu (antigua fábrica de fototipias de Mateu) cuyo frontis está pintado de un azul extraordinario, único, muy digno del Prado.

***

Paseo por el Prado, siguiendo esos grupos de ancianos, detrás de los que hay que ir lentamente: ¡Milicianos nacionales vestidos de paisano!

Se ven pasar los entierros y los grupos que les siguen, todos con el color del que va en la caja, todos como en apretada manifestación de ira reconcentrada, y detrás de todos el coche de ferrocarriles, al que se han de subir a mitad del camino, coche de ferrocarriles sin equipaje, cuando podía llevar al muerto encima.

Nos duele un pulmón, y pensamos en unas enormes coronas como marcos ovalados del último retrato. El grave catarro del llanto, la terrible gripe del llanto, ha estado en nuestra vecindad, porque no han cesado de llorar las vecinas, a las que se las ha muerto el padre de la gripe verdadera.

Hay por todo eso, en este día de primavera, una cosa de despedida, y las despedidas se van a tener en el Prado. Muchos días, poseídos de esta superstición de que eran el último que nos iba a coger en la calle, hemos buscado el Prado para despedirnos de la vida. Allí nos despedimos de los faroles, los árboles y el panorama largo del cielo. (De esos días de despedida queda una imagen, que ya se ve mucho durante toda la larga estancia en casa hasta curar la enfermedad: un carro cargado de sifones, por ejemplo.)

Pasan los carros regimentales, "2.º regimiento de Zapadores", con su cochero vestido a la antigua usanza, con su calañés y su traje de contrabandista, un poco con el disfraz siempre de José María el Tempranillo.

Pasan los coches de los periódicos. El más viejo, destruído y lamentable, el de "La Correspondencia de España". Van hacia el Mediodía, llevando los periódicos claros que allí amarillearán en seguida.

Pasan los coches de estación—que van de verdad a la estación—y los automóviles de hotel que no se cansan de subir y bajar vacíos. Pasan los simones con sus maletas tristes, de cerradura rota, atadas con una cuerda.

Por el Prado es por donde se abre el cielo optimista cuando es primavera, esa primavera que hace reflorecer en el viejo jardín de los héroes del 2 de Mayo el almendro de la heroicidad.

Por el Prado pasan las admirables "bobinas" de papel de periódico, grandes y pesadas como la piedra delantera de las máquinas apisonadoras, "bobinas" de papel de las que nos sentimos consumidores de casi la totalidad.

Por el Prado se pasean los que se dedican a vivir del recuerdo de lo felices que han sido.

La señora que es aficionada a pasear en coche por el Prado viste a su cochero con librea clara. Es la librea que mejor entona con el aire del Prado.

Por el Prado sale el muerto a pasearse. Va despacio, tomando el sol, plácidamente, parsimoniosamente.

En primavera está lleno de eso que podríamos llamar "busilis", charla graciosa y ligera, diálogo así entre él hombre y el aire del Prado.

La parte más notable del Prado es la que está bajo sus viales, sus crujías o claustros de grandes arbustos.

Al pasar por sus andenes—ya allí bajo—se ve la fábrica de básculas, que está en esa casita entre las calles de las Huertas y la Platería de Martínez, en ese delta cuya cabeza chiquita, graciosa y franca, se encara con listeza con el Prado. Es la casa ideal, con tienda y piso, del artesano de la precisión.

La cita con una mujer en el Prado la coloca indefensa en nuestras manos. No tiene, ni disculpas, ni arrumacos, ni dengues. Queda absolutamente en nuestro poder, vencida, cogida, entregada a una sinceridad superior a sus fuerzas.

Al otro lado del Prado, en contraste con su gran serenidad de un lado, se ven los carros, siempre los grandes carros castellanos que son el eslabón para el pedernal del



pavimento; esos carros con cal que van esparciendo como una aureola de luz un polvillo blanco sobre sus sacos. Esos otros que van regando de su sustancia el camino como para poder volver; esas mulas con sus recargados aparejos, entre los que se destacan las monturas inútiles y pintadas de azul con flores, monturas estrechas y engañosas, monturas simuladas, sólo parecidas a las de los caballos de picadores; esas ruedas de esos carros que parecen una obra de arte rústica por como van de escarchadas, de adornadas por el barro.

Interminable ruido de las caderas de los carros y de sus potras de potrosos, que arrastran sus grandes y pesadas bragas.

Arreos color del polvo. Carros pequeños que llevan un gran puente, un puente para uno de esos ríos que no tienen ningún agua, y carros grandes que llevan algo así de tremendo como la Carpetobetónica entera.

Tan para los carros es ese andén de la derecha según se va hacia Atocha, que en los solares que hay a los lados es donde descansan y son desuncidos los bueyes.

¡Cómo se echan a descansar! Se tiran como casas que se derrumban. Parece que van a hundirse en la tierra, y, sin embargo, es cuando se yerguen. Son como viejas opulentas sentadas en su reclinatorio o sencillamente a los pies del altar, viejas opulentas, cansadas, como envueltas hasta la testuz en un mantón gallego, sentadas en el camino como esas que ferian algo. Su aspecto hierático y sicofántico crece al verles en esa postura.

Tan madrileño es el Prado, que estos días ha andado por allí el oso, un oso que se ha subido a sus árboles, el verdadero oso de Madrid, al que el gitano hacía bajar del árbol después de la recaudación sólo con tirarle del anillo de la nariz. ¡Perfecto símbolo del oso y del madroño, rematado por ese descanso del oso en la copa del árbol!

Apoyados en el antepecho de bronce que margina la primera parte del Salón del Prado, hay siempre algún señor de barba grande de comendador que parece que ve pasar el agua de la vida, abocado como en el pretil de un puente, viendo transcurrir el Rhín madrileño.

El obelisco amarillo, altivo e indicador del 2 de Mayo es como un cronómetro de sol elevado en el centro de los Campos Elíseos. Va como marcando grados en una escala ideal al reflejarse el Sol por trechos sobre el índice de piedra del obelisco.

Qué a propósito para unas cuantas miradas solemnes y largas es el Prado, bueno también para curar todos los días el cáncer de todos los días. La gran convalecencia de los hombres más sanos hay que pasarla y pasearla por el Prado. Es el Prado la gran rampa para el espíritu, y en él se encuentra la pacífica seriedad de la vida, en una perfecta y extensa proyección. Es el paisaje suficiente y ático.

("Fígaro", con su tipo de morito distinguido y señorial, de sombrero de copa, de levita azul, marcándosele en los pantalones ajustados las piernas combeadas hacia atrás de hombre nervioso y recio, y tocando el suelo con su bastón—un "vengala" que compró en Lisboa—como si fuese un ciego, ciego de rato en rato por mirar la luz fúlgida del cielo, pasa paralelo a todos y, sin embargo, en un andén del Prado hacia el que no podemos atravesar.

Se ve que quiere ir solo y estar solo. Mira a lo lejos las gentes que vienen hacia él, pero aparta de ellas los ojos cuando están cerca, porque hay una gran promiscuidad en mirarse de cerca, y él no quiere incurrir en ella. Eleva toda la cabeza hacia el cielo, con ese gesto de orear la barba y aligerar su agobio en regiones más etéreas.

El, que no ama las cuestas, ni esas piedras de Madrid que, como escribió Gautier, "nos muerden como bocas de perros", adora este paseo, recto, seguido, como la planicie castellana.)

Los niños juegan en el Prado con menos alegría que en los jardines que están un poco más en las afueras. El Prado está dentro de la ciudad, y cae toda la trascendencia de la ciudad y del Prado sobre los mismos niños. Los niños verdaderamente madrileños van al Prado; es menos frívolo que el Retiro. En el Prado he jugado yo, y ya entonces más que jugar era pasear lo que hacía

* * *

En el trecho que hay frente al Dos de Mayo y que se llama el paseo de las "víctimas", es desde donde últimamente se ven los rayos del sol.

"La berlina azul...", "las botas azules...", "el frac azul...", son cosas que se repiten en la memoria paseando por el Prado, en el que está enterrada la elegancia de antaño. (En la "Moda Elegante" se habla mucho del Prado.)

La ancha cabecera del Prado, su plataforma principal en medio de las avenidas laterales y sus calles, antes no tenía esas plantaciones soporíferas ni esos macizos que la escombran.



La fuente de la alcachofa que antes estaba al final del Prado.

Mi imaginación lo verá siempre como estaba, borrando ese aspecto de postal de Alicante que ha tomado su trecho más solemne. Así, en su desierto de antes, se destaca aún para mí con toda su importancia esa casa del guarda, más amplia que las usuales y de una facha distinta a las otras, que hay en el centro. En esa casa vieja y empolvada del polvo de la gran carretera y del gran desierto polvoriento que es el Prado, parece que se guarda el archivo y la biblioteca del Prado, su documentación, los álbums de retratos.

Las sillas de hierro que tanta importancia tenían en esa parte que era el "salón" del Prado, hoy están también más arrinconadas, se destacan ya como en un gran almacén vacío, "pero se las ve, siguen". Son esas sillas que hieren los pantalones, que se agarran a nuestra americana cuando nos vamos a levantar y que a veces se abren y se desarticulan. Sólo unos cuantos ancianos se sientan aún en ellas, las ponen



Antiguo aspecto del Prado, visto desde el sitio en que hoy se levanta la estatua a Murillo.
(Colección Félix Boix.)

al sol, manejándolas como sillas de tijera de iglesia, y se establecen en ellas como en las de su gabinete. Ya se despachan también pocos billetes de sillas, billetes distintos a aquéllos de entonces, y que recuerdo que tenían todos el anuncio de las máquinas Sínger con un grabado en que figuraba una señorita de mangas de jamón sentada a la máquina.

En ese primer trecho se establece todo el año, a espaldas de su gran palacio de necesidades, un puesto de libros en que abundan las geometrías y los métodos para aprender el francés, un puesto absurdo en el que también se venden cuadros, cuadros muy malos, pero bastante antiguos, que tan cerca del Museo del Prado parecen robados en sus sótanos.

Pasan, siguen pasando, pasan los ancianos con gabán, bufanda y bastón.

De los dos andenes para peatones, el izquierdo es el de los peripatéticos y el derecho el de los que van a la estación del Mediodía.

Los duelos a bastón se celebran en el Prado. Yo los celebraré siempre allí. Citaré allí a mis contrincantes, porque tiene rincones oscuros y solitarios donde nadie intervendrá en la refriega, rincones que es indudable que están en el verdadero terreno o campo del honor que está realmente en el Prado.

No se puede olvidar que allí ha existido un teatro de Polichinelas, el teatro de la ópera de los polichinelas, un teatro amplio rodeado de una valla y con una campanita como la que en las obras da la hora a los trabajadores, sino que mucho más argentina, campana infantil con la aguda voz de la infancia. (Después ese teatro fué derruído y en su solar hubo un velódromo, donde se civilizaron los primeros ciclistas, los primeros jockeis del caballo de acero.)

Las miradas a las bocacalles también son gratas de lanzar desde el Prado, porque tiene bocacalles admirables, entre las que se destacan la bocacalle del Paseo de la Academia, al final de la que se ve el frontis del Museo de reproducciones con un gran balcón de espléndido cristal que es el espejo del ocaso de Madrid, y también se ve la Academia de la Lengua.

A los automóviles es en el paraje del Prado, por su ancha y asfaltada avenida, cuando se les ve mejor y con más simpatía.

Pasan raudos y, ¡ras!, de una vez cruzan todo el Prado. Es donde celebran sus carreras más veloces, como si se desmaterializasen un poco en el aire del Prado. Pasan muchos, y todos como queriéndonos llevar al otro mundo, a los verdaderos Campos Elíseos, a los que están un poco más allá de estos del Prado, al final de él. Pasan rozándonos tanto, que a veces es como si nos matasen y nos laminasen por de pronto, aun cuando un segundo después resucitemos.

Los automóviles más para el otro mundo, ésos pintados de un gris de barco, pasan por aquí, y como en este hipódromo hacen un gran gasto de esencia, parece que se queman por detrás, que van incendiados, que van a morir lejos, pero segura e inmediatamente como cohetes prendidos. A veces desaparecen en la nube de su gasolina, y entonces se piensa que la nube que ocultó a María, a José y al Niño en su huída a Egipto fué de gasolina, porque su borrico era el borrico mecánico y la echaba por detrás.

También las motocicletas, esos rebuznantes borriquillos del mundo automovilista, pasan desbocadas, como huyendo de la justicia y del mundo.

El pobre ciclista, el fino y sutil ciclista es por el Prado por donde pasa más raudo, también como si viajase en el aire o en el canto de un duro. A veces son dos los que pasan, y entonces pasan en una especie de triciclo, pues como procuran ir reunidos, sus dos bicicletas hacen ese efecto.

(Qué lástima no saber bien las palabras de aquella última cita de "Fígaro" con Dolores, aquellas últimas palabras sencillas: "El.—¿Por qué llevas el rosario enrollado a la muñeca como una pulsera?—Ella.—Para tener decisión..."; que sabiendo su autenticidad tendrían un valor extraordinario.)

Los "milores" pasan por el Prado, también en abundancia. Tanto en ellos como en las berlinas se aprecia aquí, con más vista que en ningún otro sitio, su forma de cajón charolado, y sobre todo se ve con claridad que el que va dentro, va sentado como en cuclillas, en la traviesa, en el eje, sobre los flejes de la trasera.



Detalle del rincón de la plazoleta de las cuatro fuentes.

Los coches con mulas pasan mucho por el Prado; todos como coches del obispo, pero que no son del obispo, sino de la obispa, gorda, chiquitita y vestida de negro.

Todos los coches pasan por el Prado como por un dibujo antiguo.

Por aquí pasan los cupés.

Por los cristales de los coches que pasan por el Prado entra el sol como por el cristal de un viejo reloj.

Las ruedas de la fortuna de las ruedas de los coches adquieren más velocidad al pasar por el Prado y dan más vanas vueltas.

("Fígaro" no es purista... Ve a todo el siglo XIX contenido en la palabra "cuasi", y él es el único que se sale del "cuasi"... Se siente en la época de las palabras; pero reacciona contra ellas y contra el género charlatán, que deslumbra con sus fáciles y sorprendentes golpes de teatro.)

Pasan muchos landós, generalmente con mulas y dotados de algo que va dejando de ser usual: el torno niquelado que les hace un poco máquinas complicadas.

Pasan varias especies de calesas y tílburis de médicos de pueblo.

Los simones, cuando pasan de vacío por el Prado, parece que van de entierro. Aquí es donde sus jamelgos pueden únicamente restaurar su terrible sed de camellos, bebiendo en las tazas bajas de las fuentes de la plazoleta de las cuatro fuentes, aunque esa única agua que se brinda a los caballos en el centro de la ciudad tiene un fondo verdinoso, rejalgado, sucio, que les da el tifus a las pobres bestias. Aquí es adonde los jamelgos de los simones vienen a morir. Es enternecedor verlos morir. Su último trote es gracioso, señoritil, y tiene un elegante aire de baile de la temblaera. Todo oscila y se afloja en ellos. Su espina dorsal hace eses y zig-zag exagerados. Sin embargo, tiran un poco, avanzan, hacen cuanto les es "humanamente" posible para avanzar, pero caen al fin.

El pobre cochero, resignado ya, que sabe lo que significa ese último gesto dulce y agoníaco del caballo, espera echarse hacia atrás como un jockey que va a tirarse con su caballo al abismo, con el látigo triste como una caña de pescar, porque ¡de qué le iba a valer darle ya un latigazo!

("Fígaro" es el hombre que se ha puesto triste en los bailes de máscaras, lo cual deja en el corazón un vahido especial que hace girar la cabeza sobre el profundo sentido de la vida... "Fígaro" estuvo en muchos bailes de máscaras y aprendió allí las amarguras trági-cómico-grotescas de la vida. De frac supo ser caballeroso, aunque irónico, y distante, con la máscara abyecta.)

Se ve al pasar por el Prado la iglesia cercana a él. La iglesia de los Jerónimos, esa iglesia en que se casó el rey Alfonso XIII, y en la que el anarquista Morral hizo lo posible por entrar y soltar la bomba como quien aplasta una bolsa de la tienda de ultramarinos en la que ha encerrado un poco de aire. Se ve esa iglesia que quiere ser la Catedral de Madrid, y que siendo de mala mampostería no se sabe cómo ha tomado ese tono de piedra antigua, y ante la que, aun viendo que es falsa, se admira ese algo que tiene de verdadera.

Siempre de vez en cuando se vuelve a recordar aquella fecha en que la ciudad es la ciudad de veredas, e intentamos adivinar sobre lo que ahora se interpone entre nosotros y la ciudad como se atezaron aquellas almas frente aquella verdad inicial de la ciudad.

Nuevos pensamientos ante el monumento del Dos de Mayo. Todo se tuesta un poco y algunas cosas mucho, sobre todo los obeliscos, estos cipreses de piedra. Este obelisco—quizás como todos también—coge perfectamente el sol, y sobre todo el ocaso, en el que se convierte en el verdadero y rico picatoste de piedra. Como todo obelisco, por lejos que esté del ocaso, se empapa y se fríe en su luz. En los costados de ese monumento las lluvias ponen como unos de flecos de sangre de herida, imitada por los churretes del orín que sueltan las letras de hierro.

("Fígaro" escribió sus mejores artículos en invierno. Alguno en otro tiempo, pero sometido a la galvanoplastia inmortalizadora de la helada. En invierno, bajo el frío, después de un paseo por Madrid, partiendo el hielo con el agudo mascarón de proa de su rostro, es cuando "Fígaro" hizo sus mejores resúmenes de la ciudad y de su vida cotidiana, breve—siempre breve—y dolorosa de hipocresía.)

A las coronas del Dos de Mayo, que tienen cambiadas la fecha de difuntos, se les cae la hoja en el otoño, están muertas en el otoño, cuando las recientes y frescas van a los cementerios.

Alrededor de ese jardín cerrado del Dos de Mayo se sientan los senadores romanos de Madrid—¡oh, recuerdo de los soleados bancos de piedra del Senado de Pompeya!—los verdaderos viejos con sentido y que viven con nobleza y sabiduría su

vejez. Así, cuando veo a un viejo y deshonesto político cualquiera pasar por ese trecho y frente a esos hombres, veo la profunda diferencia, debida a la injusticia, que hay entre ellos y él.

También se sienta en ese banco circular la que da de mamar al niño que será un héroe, y la tonta y el jorobado, que en ese sitio es donde únicamente no se sienten espiados.

El Prado no hay que olvidar que es también el paseo de Trajineros; el paseo de los carros, de los carros españoles, grandes, de vía ancha, de calzada romana.

Los carros se ven en el Prado en todo su carácter.



Visión de la fuente de la alcachofa y de la Puerta de Atocha.
(Colección Félix Boix.)

El gran carro del invierno y el del verano entran por ahí. ¿Cómo es el carro del invierno? Es como una carroza de Carnaval, es sólo un símbolo, es el carro de bueyes más cargado, el más abrumador de esos carros que van llenos de sarmientos secos. ¿Y el del verano? Es el carro cargado hasta el cielo de jaras que huelen a su resina natural y tornan oleaginoso el aire.

Pasan los carros empolvados por el tiempo, y esos carros con balustres azules, y ese que va muy echado hacia atrás, y ese que, tirado por un borriquillo, lleva cinco personas.

Vienen o van muchos carros cargados de carbón, de madera, de pellejos de vino inflados como con un aire espeso, de cerdos cuya fofez asoma por la ventana, viéndose sobre todo los enormes labios de la herida de su vientre, sus hocicos extendidos y sus patas estiradas y rígidas; pero los carros más bonitos son los cargados de papeles viejos de colores distintos, y de pronto hasta hay algún carro más bonito aún, como

aquél que vi cargado con unos troncos enormes, de bello y estriado biselado y de un color alimentado con ocaso, o aquél otro cargado con argentíferos y brillantes recortes de hoja de lata.

Se aprecia, al ver pasar por aquí los carros, su cubierta de cañizo y cuero como de baúles viejos, su toldo, bajo el que hay una negrura añeja, una negrura de tormenta, y también se aprecia esa especie de corselete que les cierra por detrás, y en cuyo formidable cuero de pernera brillan los ojales de metal.

Numerosas mulas, que parecen más numerosas por lo muy separadas que van, tiran de esos carros. En ese paseo de Trajineros es donde se puede ver más la mula, esa mula que sorprende a los extranjeros con sus ojos femeninos, "mujerazones"—mejor dicho—, y con sus orejas largas, que son como un adorno de sombrero burdo y que a veces las dan un tipo de gran conejo, esas mulas que tienen un aspecto de relajadas y desriñonadas muchas veces, mulas que en el verano brillan de sudor y en el invierno entran llenas de barro, con el barro pegado a la piel, a los pelos de la barriga y a los de las nalgas, como los corderos, esas mulas que se derrengan en Madrid, llegando por los grandes esfuerzos que realizan a alargarse oblicuamente como canguros o grandes liebres, arremetiendo hacia adelante en el salto por el aire y levantando chispas en las piedras—como las que el hierro saca en el pedernal del encendedor—chispas de las azuladas y fogosas que salen de debajo de los tranvías y gracias a las cuales los tranvías recuerdan a las mulas de arranque heroico, las mulas de los "Ripers", demostrando así que aunque parezca paradoja, una cosa procede de la otra.

(Era tan humano "Fígaro" que todo conflicto como el conflicto que le mató se encerraba en él mismo. "¿Cómo me voy a hacer la corbata ya como no sea para ahorcarme? ¿Cómo subir la cuesta de todas las mañanas para entrar en la tarde triste a cuyo atardecer tú ya no vendrás?" Esto debió pensar el día de su última cita.)

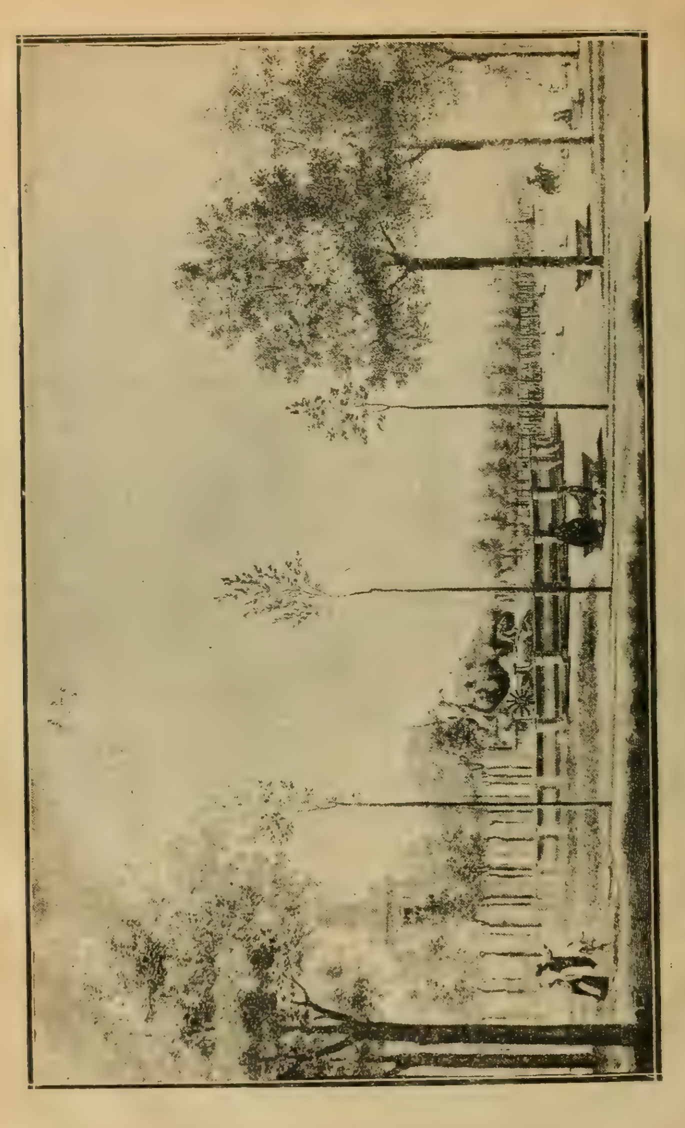
A los grandes paletos que guían los carros se les ve funcionar en el Prado perfectamente, al cochero que guía y al que le secunda y aprieta ese freno que es el más primitivo de los frenos, el freno egipcio de la rueda, y que consiste en un largo tronco—también simbolizado en el tranvía por el largo palo de colocar el trole—largo tronco que se pega al cubo de la rueda y la dificulta el giro, ¡qué gran fuerza de amarradores tienen que tener los carreteros para apretar ese tronco a la rueda con las cuerdas irrompibles y ceñir esas largas caderas del carro, soltándolas poco a poco después! ¡Gran arte ese de sujetar, afinar y enclavijar las galgas!

Los perros de los carros también se pueden observar bien en el Prado, atados a la trasera, medio ahorcados por el tiro del carro cuyo compás no saben llevar. No saben lo que es Madrid, y ladran y se encolerizan como salvajes cachorros de león, escondiéndose debajo del carro, aplastados por el carro sus cuartos traseros, medio cogidos por las ruedas o pillados entre sus radios o bien osados o terribles ladrando al que pasa y queriendo romper la cadena cuyos eslabones logran por lo menos entreabrir.

Los bueyes de las carretas erizadas de juncias, son tan de Madrid y sus alrededores, son bueyes que no se parecen a los del extranjero, que son pálidos, adiposos como hechos ya de por vida de insípida carne frigorificada. Estos son bueyes a veces negros, prietos, enjutos con aspecto de toros bravos, de toros de Miura, sobre todo cuando el sol les saca el color rojizo, de ladrillo en polvo, color fuerte de leones y de toros de brega.

La Bolsa, la trascendental Bolsa de Madrid está en el Prado, porque debía estar en él, pero no para que merezca la atención del desinteresado peripatético. Tiene aspecto de templo y salen de ella unas cadenas enormes que componen una guirnalda de hierro alrededor de su jardinillo atravesando varios poyos de hierro, unas cadenas que parece que retienen a la Bolsa en su sitio evitando que huya al extranjero con todos sus valores en cartera en la cartera. Su reloj en el que no se ve la hora, denuncia su egoísmo, porque es un reloj que dando al exterior mira hacia dentro como con la esfera de su ojo vuelta hacia el interior donde marca y ve una nueva cotización o el final del día corto y oficial de la Bolsa.

Sólo su café está bien. Frío, imparcial, profesional, neutral, solemne como debía ser según una alta etiqueta. A veces entro porque estoy en el Prado y sigo estando en



La fuente de Neptuno.

el Prado estando en ese café y veo el ánimo de desdén y de indiferencia que pone en el espíritu el Prado. Sentado entre gentes que hacen números no siento ninguna ambición y miro esos medallones que tiene pintados en la pared y en los que sobre veladores cargados de servicios con licores, fruteros y hasta champagne están extendidos los periódicos serios de España y del extranjero—El "Thimes" y "Le Temps",—en los que es seguro que viene el resumen de la Bolsa.

El Museo del Prado no está unido al Prado y al paseo de ininterrumpida unidad que damos por él, y sólo está en él, como edificio. (Sus cuadros están al margen del sitio y del tiempo.)

Construído para Museo de Ciencias lo que se hizo en aquel tiempo fué el edificio que se necesitaba para que saliese bien en el grabado en cobre del Prado que debía



Un aspecto de la fuente de Apolo.

figurar en las guías. De largo, con su largo costado es como figura en nuestros paseos, en nuestra visión del Prado.

Frente a ese extenso costado se destacan primero unos bancos, después unos árboles, y al fondo unas galerías y unas estatuas.

Los bancos esos, esos grandes asientos de piedra como tumbas para los vivos, fueron colocados en 1820 aunque en ese paraje tomen el aspecto de piedras de los siglos. Son bancos como hechos con restos de monumentos de grandes arcos triunfales, y quizás por eso al sentarse en ellos se tome el aspecto de los que están sentados en el relevante asiento de las piedras de las ruinas, de "unas ruinas". Tienen mordiscos terribles, melladuras hechas con una piedra enorme por los chicos de los Atlantes. Son bancos para una parada larga asentada y tranquila. Se está quieto de un modo importante en ellos. La mujer completamente desengañada se sienta en ellos a la tarde, descorazonada, incapaz de prestar atención a nadie en esa hora.

Los árboles de ese sector, son los más grandes árboles de la ciudad, los padres, los verdaderos árboles genealógicos de la ciudad. Arboles de muchos hijos que dan una gran antigüedad al Prado. Son como los árboles de los cuadros más primitivos del Museo y quizás debidos a las semillas de los cuadros en cuyas selvas antiguas y poderosas es de donde son originarios.

Detrás de esos enormes y piramidales árboles se destaca el Museo; se ve en lo alto una larga galería de cristales, una galería con el prestigio y la melancolía de ser la del asilo de los pintores, del asilo de la inmortalidad, galería de convalecientes que no dejaron nunca jamás de convalecer, mientras abajo se ven las ornacinas

en que están escondidas y desconocidas todas las virtudes fuertes de la vida, todas las imágenes buenas y sanas, siendo yo quizás su único devoto, el único que sabe y busca esas opulentas esculturas en piedra marmórea, que representan la Fortaleza, la Euritmia, la Paz, la Fertilidad, la Simetría, la Magnificencia, la Constancia, la Admiración, la Inmortalidad, la Fama, la Arquitectura y la Victoria.

Las interviús con unas y con otras para mayor luz y anticipación de mis ideas las verifico al anochecer, y por eso yo sabía cuándo llegaría la paz y el día y hasta la hora que había de firmarse. ELLA, la Paz, la auténtica, serena, abandonada, con senos nobles de pitonisa, me lo había dicho.

("Fígaro" no espera nada de nada. Da claramente la impresión de dulce y melancólico vacío que hay en el corazón, sin perjuicio de describir y pintar bien cosas y circunstancias que se espejean en su vacío. Por eso se produce en "Fígaro", al creer en la mujer, tan fatal desequilibrio. Pone en una mujer toda su fe desusada—esa fe atávica que quiere aún ser empleada en algo en la vida—, y por eso viene esa quebrancia atroz de su vida, esa quebrancia que es su muerte el día en que la mujer le falta. No sabe soportar íntegro todo su escepticismo. Estaba tan influído por tantas herencias inmediatas y en una atmósfera tan propicia a otras cosas, que no acaba de acomodar su espíritu al ambiente; no pudo ser, ni haciendo el más inaudito esfuerzo. Le mató, por lo tanto, la atmósfera de aquella época y una mujer.)

En el Prado hay un café disimulado, casi desconocido para todos, desde el que se ve en el Prado admirablemente, y es el café de la Montaña.

No se le ve al pronto nunca y casi nadie lo recuerda, porque por una especie de mimetismo se disimula para todos, menos para mí. De los cafés que hay en el Prado (¡que pronto se dirá "que había!"), en el de la Bolsa se siente uno en el Prado, pero no se le ve, y en el del Palace se ve con cierto extranjerismo una cosa que no acaba de ser el Prado, sino la visión del turista; sólo en el de la Montaña se presencia la verdad.

Es el café de la Montaña un café viejo, con una sola ventana con el cristal roto, roto como si tuviésemos roto el ojo, roto con una rotura estriada, radiada desde el sitio del golpe, y que por eso y porque en ese punto inicial tiene una laña redonda, parece una gran araña proyectada sobre el cristal. Sus estores son blancos y plisados, como ya quedan muy pocos; estores que recuerdan los polisones y las mangas de farol, por lo que siempre, cuando se les ve desde fuera, corridos y abullonados, parece que hay dentro damas de esa moda antigua.

Sobre los cristales de ese café hay dos iniciales pirograbadas, una M. y una L., como si estuviesen bordadas en él las iniciales de Mariano de Larra cruzadas, y que se proyectan cuando hay sol sobre uno de los lados, de madera incendiada por el tiempo, de la ventana.

Decoradas todas las paredes con un forro de hule, en el que se repiten unos belvederes y un rincón de follaje, recalca la importancia de ese "primer ensayo en España del decorado en hule" una inscripción que hay sobre la puerta de la trastienda.

¡Cuántas horas he pasado sentado en el quicio de la ventana y apuntando mis cosas! Sólo tiene un defecto esa ventana, y es que se paran frente a ella los coches, y además de ocultarme la fuente de las cuatro estaciones, que se ve desde ahí, tengo que verles la lengua sucia a los caballos.

Sólo me compensa de ese eclipse que ocasionan los coches estacionados ahí, el que veo la extraña intimidad que hay en el fondo de los coches y que cuando se interpone bien el coche enfoco por las ventanas de los cristales biselados del coche un paisaje inefable de ventana antigua. A eso de la media tarde vienen los carros que llevan y traen las botellas y que tienen forma de sarcófagos. De ellos van sacando botellas verdes y sifones con su gatillo y su cañón.

La hilera humana—todos hijos de Daoiz y Velarde—anda por el Prado como una procesión más organizada y más completa que en ningún lado.

Se pasean por el Prado los jubilados, los supervivientes, los viejos esos que tienen repartida la barba en dos mitades, como Moisés o como un marino de los que miraban a lo lejos con catalejo. Todos estos viejos, muy echados hacia adelante y

muy encorvados, usan gafas unos, los más distinguidos, gafas de fina montura y de cristales de una inaudita grosura, gafas por las que se ve el Prado muy chiquitín, vago, como esos esmaltes con vivos colores sobre un cristal cóncavo en que está representado el paseo principal de una capital de provincias, y otros, los viejos pobres, gafas de picapedrero, con las que ven todo como lo verían sin gafas, aunque con gafas se sienten abrigados como si viesen el Prado detrás del cristal del café de la Montaña. Lo más importante de todos estos viejos es el que hayan llegado a viejos, ¡con lo terriblemente difícil que es eso! ¡Hurra por los que han podido llegar! (Además, los viejos a los que se les murió un hijo y la esposa vuelven a ver pasar aquellos entierros, viendo pasar por el Prado a las gentes que se les parecen en juventud o en vejez.)

Por el Prado pasan también los **hombres de gabanes largos**, los caballeros con bastoncito o bastón de mando con borlas, los caballeros con zapatillas de casa, el hombre de los tres perros, los guardias civiles que vienen de hacer los servicios de trenes, los cojos con sus muletas, y sobre todo muchos curas, porque son los hombres que están muertos bajo sus sotanas, curas que toman un aspecto de señoras viejas por estos paseos, unos muy altos y otros muy bajos; debía de haber una talla mínima para ser cura, evitando ese contraste que forman los altos, parecidos a fantasmas negros, y los pequeñuelos, parecidos a tías chiquititas, todos embozados en su bufanda como curas de pueblo, subido el embozo de su manteo, que lo mismo llevan puesto en invierno como en primavera.

(Entre "Fígaro" y Nerval—el suicida de la calle de "Lenterne"—hay cierto parecido que se completa porque los dos devotos de ambos se parecen entre sí, "Barres", gran devoto de Nerval, y "Azorín" de "Fígaro", acabando de darles parecido el que la mejor obra sobre Nerval la ha escrito una mujer y la mejor obra sobre "Fígaro" Carmen de Burgos.)

(Y "Fígaro" parece que podía vivir aún realmente. Así, cuando en la lectura de los libros del pasado encuentro los años siguientes a su muerte, una pena muy grande me entra como si echase de menos al que aún podía seguir viviendo en esos tiempos... El suicida parece que podía recobrar su juventud en nuestros días si no se hubiese suicidado, que pudiera estar viviendo esta hora que nosotros vivimos hoy mismo, si no se hubiese disparado el tiro... ¡Qué gran laguna es esa época que le sigue! El había muerto y nosotros no habíamos nacido.)

Transeuntes del Prado, al fin y al cabo, lo son también los que pasan en coches hacia la gran estación del "Mediodía" y que son los hombres que más se van a internar en España, y también, como es consiguiente, pasan los que vuelven, entre los que se destacan los que vuelven de Portugal o los que vienen por primera vez de Portugal, y que son los que se dan más cuenta de la experiencia que hay en este paseo, experimentando también los que van y vienen por esa estación, esas dos sensaciones que tiene el Prado la de ir por un camino blando y silencioso y entrar de pronto en un camino resonante sobre el empedrado saliente y alterado, ya más en la cercanía de la estación.

En los tazones bajos, como a ras del suelo de la fuente de Apolo, ¿cuántos niños no se habrán ahogado?

Los faroles del Prado se ven mucho y toman un verde "fin del mundo" estupendo, siendo su caperuza como un hongo color café que hubiese verdecido con el tiempo y las lluvias.

("Fígaro" es el autor de una obra breve que ha regido la inquietud breve y rotunda de la vida con brevedad. Los rimbombantes y los falsarios debían de buscar una razón al gusto que ha manifestado por él la juventud de otra época, de la época que puede comenzar a llamarse moderna, no de un modo provisional sino definitivo, porque

parece que viene otra época a la que se podrá llamar "la venidera", en toda la extensión del tiempo ya, pues viviendo la fórmula superior de la vida estarán viviendo tanto lo venidero como lo presente.

Si los rimbombantes y los falsarios hubiesen querido buscar la razón de esta viva simpatía por "Fígaro", hubieran tenido que cambiar sus valorizaciones, hubieran tenido que ver que lo novelesco, lo largo, lo empingorotado, lo trascendental valen menos que un acierto sencillo, escéptico y simple, que sea la modesta confesión de una limitación insubsanable aunque pueda verse que es ímproba la sabiduría infusa que ha necesitado el hombre sencillo para llegar a tan menuda consecuencia.)

La Cibeles ahora no echa casi agua; y parece, por lo tanto, que puede sufrir un ataque de uremia. Las fuentes secas mueren en seguida. Aquel precioso chorro que la salía de los pies, y que hacía un precioso arco, ya no existe, y los angelitos que añadieron hace pocos años a su espalda, como chicos montados a la trasera del carro de la diosa, tampoco vacían ya el cántaro que vaciaban recién inaugurados.

No solamente el Prado es el sitio por donde pasaran los faetones, sino las carretelas, carros de escombro, tartanas, coches de camino, ómnibus, coches de ciudad, sillas de posta, cupés, chartauberts, landós, faetones, americanas, tílburis, furgones, bastardas, brecks, galeras, berlinas, broquens, góndolas, birlochos, cabriolés, charavanes, bombés y calesas.

Por el Prado pasan y pasan los coches fúnebres, primero a primera hora de la tarde, en la hora de la digestión, va el cochero con el cigarrillo de después de comer en la boca guiando su coche como el cochero que se va a buscar al señor para darle el paseo de la tarde, o quizás como si fuere más alegre aún su misión, como si fuese una carroza de carnaval yendo por sus máscaras como van las carrozas también a eso de las dos y media, buscando a sus máscaras como los coches de colegio a los niños. Después pasan con el muerto, despacio, compungidos, solemnes, abrumados por un peso inaudito y por fin vuelven a pasar ya de vacío medio más tristes que al llevarle, medio más alegres que nunca, porque los palafraneros se divierten y atan una cuerda a los faldones del solemne cochero, el cochero que les ha de llevar. ¡Qué diferencia más profunda entre el primer momento cuando pasan con la plataforma, la bandeja vacía, delgada y flaca, el central en que van "ocupados" y al último en que vemos la cama renacimiento con estrado y tallas del coche fúnebre, cama que en ese momento está más vacía que nunca, porque el que por un momento se acostó en ella se ha caído después a sus pies, hundiéndose en el abismo de debajo de ella.

("Fígaro" se sentía solo.).

El Prado está ahora más abandonado que nunca. Fuera de sus verbenas de San Pedro y San Pablo, y de San Juan no hay fiestas en él. Sus elegantes embozados en su capa de fino sedán y sus elegantes vestidas con "brillantinas", con "gasas sultanas" o con "pekín gótico", han desaparecido. Aquella segunda época más moderna del Prado en que se paseaba por él de frac azul, botas azules y con guantes pajizos, en que las carretelas daban vueltas cortas en un paseo de coches, y que entre los novios en vez de retratos se cambiaban miniaturas, aquel sitio de recreo—fonda y café público llamado el Tívoli, sito entre la fachada Norte del Museo y la salida del Retiro, y en el que se celebraban reuniones y conciertos desapareció antes de que lo conociésemos nosotros.—El Salón de Oriente, con sus jardines iluminados con vasos y farolillos de color, en el que las bandas de música tocaban incansablemente valses, redovas, schotis y polcas, han desaparecido y también desaparecieron los jardines del Buen Retiro que daban al Prado y que conocimos, reteniéndolos como un inolvidable cuadro de Ronoir—también fueron extirpados.

Los mismos aguaduchos, pequeñas casitas aparadores, pequeños altares del botijo y del aguardiente, con sus mozas de regia estirpe y sus viejos chambelanes del 89, enamorados y pródigos, también se fueron. Aquel teatro de polichinelas, "el teatro de la Opera de los polichinelas", el Regio Coliseo Madrileño de los polichinelas, El Teatro de la Infancia, cuya campana de plata será inolvidable para mí, como



El Prado hacia el año 1880.

si hubiese sido una campanita de catedral para mi niñez, también fué destruído. Sin embargo, aún dentro del desconsuelo, no deja de ser el Prado el sitio de todo aquello y de todo lo otro, el camino único.

("Fígaro" es el caballero que pasa junto a nosotros.—Es elegante y no ama la sociedad. Como hemos podido ver en las cartas del padre, "Fígaro" tenía un gusto especial por el agua de Madrid.—Esta límpida afición que "Fígaro" heredó es lo que le da el sentido de la claridad y del buen sabor a agua fresca y potable de sus trabajos.)

Lo importante del Prado es el invierno, pero tiene primavera, verano y un otoño que ya tiene bastante mérito. En cada una de las estaciones sonríe cada una de las estatuas de las cuatro estaciones de la fuente central. En cada estación está de enhorabuena una y es su santo.

El invierno es lo primero y lo último porque insiste sobre el Prado en todo tiempo, como su sentimiento más imborrable.

El invierno del Prado es como el espectro de la vida total. Bajo los días de hielo es como un paisaje de gran paseo en los Países Bajos.

En los días muy crudos el aire, los palitos de los árboles, todo, contribuye a formar un paisaje que se podría llamar el paisaje Fósil, y sobre todo entre todas las tardes de invierno salen algunas que son enteramente tardes fósiles en un ambiente lleno de eternidad.

Sobre este invierno pasan nubes fantásticas, nubes cárdenas, las nubes que conducen a los muertos.

En el invierno del tupido enredijo de las varillas y varillitas de los huesos de los árboles penden como moñas y borlas y faralaes de los árboles, las secas, las pilongas castañas de Indias, esas bolitas de la simiente que ponen como unos caireles o unos almendrucos en el cielo. También quedan entre las jaras secas esas últimas hojas secas y amarillas que son como los falsos canarios de su invierno.

En el invierno de un tupido gris del Prado es donde se ven con más claridad los humillos de los caballos, tanto los que salen de sus narices de hipógrifos degenerados, pero hipógrifos aún, como los que salen de todo su cuerpo, y los humos azulosos de la gasolina que toman bajo el boscaje que forma un largo túnel como con un emparrado seco—como las costillas embruzadas de un gran esqueleto—un tono enternecedor de humo de esas fogatas que se encienden en el invierno en el bosque para quemar las hojas y los palitroques secos.

El viento que pasa por el Prado, aunque parezca un simou es el "cierzo", el puro CIERZO. Este viento terrible y lleno de polvo, que convierte al Prado como en el "golfo-estrom" (!) de Madrid, juega a la ruleta con las abiertas y radiadas palmeras, empuja a los automóviles, los contiene, según vayan hacia el Norte o el Sur, mueve terriblemente focos que parecen irse a estrellar contra su soporte como contra la pared esas bombillas que tropezamos, a veces, violentamente con la cabeza. "Talmente" se siente el viento como en su casa que parece que se pasea por allí consciente y constante. Con las faldas de las mujeres hace perrerías y allí se sorprenden vivas escenas galantes en que se ve hasta el florón de las ligas. También el ábrego visita a veces el Prado. ¡Oh, el ábrego!...

En invierno es en el Prado donde da más el sol, pero si no se tiene un buen temple madrileño hay que temer al Sol del Prado, porque después brota en este paseo un frío intenso que hace que sea mortal el cambio de sol a sombra aun antes de que suba ese fresco de ribera de río que brota del río fantasmal, que está inscripto en el margen del Prado. Hay que desconfiar además del Sol, el Sol es malo, la fe en el Sol ha perdido a muchas gentes, y, sobre todo, a los que estando un poco enfermos vinieron a tomar este Sol, les ha agravado y matado en el paseo. Había que escribir en algún sitio: "¡Cuidado con el Sol!", como hay el "cuidado con los rateros", o "con la pintura".

Para el Prado son las bufandas sobre los gabanes o las capas.

Por el invierno del Prado pasan esos andaluces muertos de frío que han llegado a Madrid con un sombrero calañés y una guayabera de invierno que no les viene y se queda al margen de los pantalones que por lo muy ceñidos que son les dan más frío. Junto a la estación que está en el extremo del Prado y por la que entran los hombres chorizos de Extremadura y los hombres de sombrerito de paja en pleno invierno de la Andalucía, también se encuentra deseando que salga el tren, haciendo tiempo, pasando como junto al brasero junto a su estación la última tarde, el pobre andaluz con traje de rayadillo que vino a luchar y que huye escapado.

(Se cuela por el estilo de "Fígaro" como una aspiración de aire que devuelve, ese vientecillo ligero, ese aire simple que es el tono de Madrid.)

Siempre se recuerda y pasa por la imaginación en el Prado invernal, el año del "dengue". Aquel año proverbial en que murió medio Madrid se repite, se recuerda mucho, y se piensa que quizás se oculta que todos los años de Madrid son años del dengue. Eso no acaba de parecer mal en el Prado, pues la enfermedad hace resaltar la vida y no suele matar, pues la muerte es mala operadora y nos hace operaciones que no acaban de matarnos.

La lluvia de invierno es desalmada en el Prado.—Al principio de la tarde brillan las barbas del agua, pero después aunque siguen cayendo se pierde el gris de estanque del Prado. Por entre la lluvia y el viento del Prado pasan los que parecen ser llevados por sus paraguas como por un oscilante y vertiginoso paracaídas.

Cuando escampa, bajo el gran cielo del Prado el agua de los charcos toma un carácter, una luz y unos matices de agua de charco de playa.

El incendio de las fogatas de hojas y restos de la poda en los jardinillos del Obelisco a los héroes del Dos de Mayo, crea un humo de incensario para los héroes, y parece que sube hasta ellos.

Cada vez parecen más algo así como "Cedros del Líbano", esos grandes árboles que hay frente al Museo de Pinturas. También parece, al pasar bajo sus agobiadoras ramas, que una trompa de elefante nos va a coger y a subir a lo alto.

Paseando por el Prado, figuran las que usan esos sombreros enormes, que parecían haber desaparecido ya para siempre, y esas que se envuelven en pieles consumidas por la tiña pelona, pieles de animales mojados, sucios, y que, después de apuntillados, parece que debieran ser arrastrados por la calle.

Por entre esta multitud, pasan los cochecitos de los niños del Prado, que son los niños que se han de morir, y el coche que mueve con las manos el imposibilitado de los pies.

En las esquinas de las bocacalles hay viejas, antidiluvianas vendedoras que están a bien con la muerte porque tienen en sus cráneos y en su mascarilla un gran parecido con ella.

(Lo más importante de "Fígaro" es que descubre su gran candidez, su ingenuidad trémula, temblorosa, parpadeante, con la que el primer hombre no pudo dar, y que el último comprenderá y sabrá perfectamente como su principal sinceridad y su más preciado hallazgo. ¡Oh gran precursor, hombre que comprendió las imágenes sencillas y las usó, teniendo sus cosas un poco la simpleza y la rudeza admirable de los pies de las aguafuertes de Goya!)

La primavera del Prado es bonita, pero tarda en ser sostenida, porque se desarrollan en él los más grandes contrastes, pues le cubren de pronto las nubes de color de invierno. Oscila su primavera hasta que llega el día del Santo del Prado que es el 2 de Mayo, después de cuyo día cuando los mangueros le riegan bajo el Sol de la tarde, los arcos de agua que proyectan en el aire las mangas de riego son como arcos iris del buen tiempo.

Los paseantes del Prado, esos viejos y esos petrímetres vestidos de negro toman un aspecto deplorable, pues bajo este Sol del Prado salen a relucir todas las manchas que cubren sus trajes.

("Fígaro" sabía que en Madrid no hay otro espectáculo más verdadero que el de ver pasar gentes, perfiles idénticos y distintos sobre el mismo paraje.)

El verano del Prado es temido porque así como en invierno es en él donde más frío hace, en el verano se encalma en él el calor como en su infierno.

Sin fiestas, sin un recreo constante en su paseo, se queda solo y quemado, aun cuando sus acacias y sus castaños le dan sombra, pues echan mucha hoja hasta esos árboles centenarios con grandes agujeros, todos comidos por dentro. ¡Qué diferencia con el de antaño! En el Prado de antaño todo era concurrencia y festejos. Nadie salía de Madrid los veranos. Las diligencias no permitían las excursiones a los puertos de mar, estas excursiones que hoy facilitan los kilométricos en que está retratada toda la familia por numerosa que sea.

Todo Madrid en Madrid durante los veranos, daba lugar a las más opulentas fiestas veraniegas.

Hoy el Prado en el verano resulta como las eras de Madrid, sin aventadoras ni trilladoras siquiera. Sólo se ve pasar algún fraile que aumenta el calor del verano con su estameña y algún señor con quitasol.

Las verbenas son momentáneas y lo encubren un poco. Se convierte bajo las verbenas en una cosa así como en un paseo valenciano o en el demasiado jacarandoso y frívolo paseo de San Antonio de la Florida.

("Fígaro" fué la sencillez. No complicó su misión. Fué el madrileño preocupado por la muerte y por la vida conjuntas en una filosofía simple y suficiente.)

El otoño cunde mucho en el Prado aunque es corto. Lo curan, lo aplacan, lo civilizan los libros. Por eso es más dulce. Aunque hay días en que los viejos dicen: "Ya se ha estropeado el día", y, en efecto, se ennegrece y se reumatiza.

Si no acaba de tener carácter de invierno el Prado durante el otoño, es por la feria de libros.

En el Prado de Atocha, junto a los atochares se celebraba primero esta feria de libros junto a la de avellanas y de otras futesillas. La victoria creciente del libro le ha hecho subir más y hoy se instala junto a la verja del Botánico.

A mediados de Octubre emprende este camino. No somos de los que madrugan porque somos de los que no creen en los libros viejos y apenas en los nuevos. Vamos para echar una ojeada sobre los montones y ristras, pero cuando se llega ya no se ven los libros.—Ha oscurecido al atravesar el Prado.—En esa media luz se intenta, sin embargo enterarse y es cuando más profundo sentido parecen tener los libros. El Prado influye en ellos como un sugeridor mágico. Todos parece que dicen algo y que prometen más. (Sólo cuando lejos del Prado se les desentraña se ve que no dicen nada, nada.)

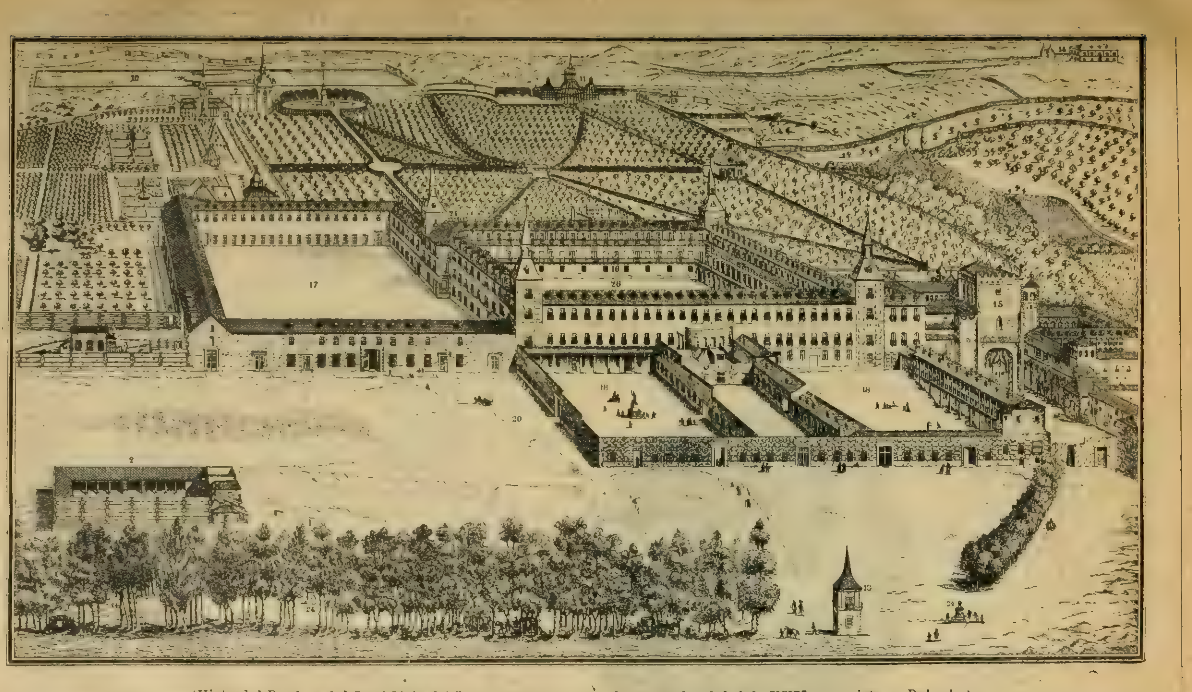
("Fígaro" ve lo que hay. Por eso aún hoy nos cruzamos con él en este paseo, es el compañero a quien recurrimos de vez en vez. Casi no tenemos confianza más que en él. Sencillo, impotente y hundido en la tierra, a sabiendas suyas, y paseante desdeñoso y curioso ya que es eso lo más que se puede ser en el mundo y a lo que no llega casi nadie.)

¡Qué raro es que junto a los puestos de libros se establezcan los puestos de avellanas, torraos y nueces! Parece que sus dueños engañados por lo de feria se han establecido sin saber que es feria de libros. Los altares de ermita de pueblo a que se asemejan esos puestos no dejan de estar bien junto a los libros. El primer día de feria de los libros hay en Madrid algo como una apertura de curso de los que ya no cursan nada, de los escritores, los críticos y los vagabundos literarios. Los más vivos, los que tienen bien señaladas las fechas en un libro de notas, van ese primer día y se llevan lo mejor. Al día siguiente ya faltan los libros impares y únicos.

Al Prado va entonces la que busca música, el que no sabe lo que busca y el que pregunta cualquier cosa a estos libreros que no saben nada.

Esa feria de libros del Prado es en modesto esa feria de Leipzig de la que tantas fotografías se han publicado en las revistas. Se ve en esos estantes y sobre las grandes mesas de libros para "disectar", los libros de todos los años; los libros de siempre.

Tienen junto al Botánico una cosa de plantas secas, de herbolarios variadísimos, tal vez alguno de fruto membrilloso. Ha habido, puesto que es otoño, una caída de la hoja impresa, una caída del libro. Se escapa a ellos un fuerte olor de humedad, de la llu-



(Vista del Prado y del Real Sitio del Buen Retiro, tomada de un cuadro del siglo XVII que existe en Palacio.)

1. Pradera de San Fermín.—2. Juego de pelota.—3. Caballerizas.—4. Juego de pelota.—5. Ermita de San Isidro.—6. Ermita de San Juan.—7. Sala de chascos.—8. Ermita de San Bruno.—9. Estanque ochavado.—10. Estanque grande.—11. Jaula de aves.—12. Corral de vacas.—13. Ermita de San Pablo.—14. Ermita de los Portugueses.—15. San Jerónimo.—16. Patio del Buen Retiro.—17. Plaza grande.—18. Patio de oficios.—19. Torrecilla del Prado.—20. Barranco.—21. Coliseo.—22. Casón.—23. Calles cubiertas.—24. Fuentes del Prado.—25. Huerta del Rey.—26. Plaza de Palacio.

vía que cayó sobre los montones de hojas impresas y que no pudo desprenderse con el sol en las que estaban más debajo.

Nosotros dejamos sitio y paso al coleccionista ciego como un fanático. Comprendemos al coleccionista de estampas, y comprenderíamos el de libros si no dedujese leyes y altiveces demasiado amplias de su afición, de su suerte y del hecho de tener su colección. Tiene en qué entretenerse, buen material, nociones que se combinan, todo lo consultable, pero no por eso tiene la sabiduría y menos el talento. El mayor servicio de sus libros será para quien haga una deducción o un resumen genial de ellos, a lo que se prestan los que tienen las mejores colecciones del mundo, cuyos ejemplares son prestados después de todo con bastante caridad.

Uno busca el libro, que busca y no busca, para estar más cerca de él, para facilitar en la urgencia de nuestro trabajo fértil y de algún modo público y concluyente, la búsqueda inmediata. Ellos esperan toda la vida para no hacer nada toda ella. Se preparan, pero como están desfondados nunca consiguen que esté reunido lo de antaño con lo de hogaño. Solos los libros, y como no escritos, están en los altos estantes a los que no podrían llegar aunque quisieran, tan altos e incómodos están.



Un puesto de libros viejos en el Prado.

Yo por lo menos no me presto ni un momento a esta comedia de consideraciones que me exige el leído o el erudito. ¡Si fuesen sencillos! Serían por lo menos amables hombres como todos los hombres en vez de bestias libreras, que se comen y despedazan los libros en vez de leerlos.

El hallazgo de los libros raros he tenido tiempo de ver que es además de todo fácil, fácil hasta el gran negocio. Pero no me ha tentado nunca la carrera del comercio.

No cambiaría yo por nada este saber abandonar el libro viejo que no dice nada y quizás de tirar a un lado el libro que valdría una fortuna en manos de un negociante. Prefiero todo el desdén y toda la indiferencia enteros y verdaderos, y escoger el libro que no vale nada y por el que no darían nada, pero que es el único que aclara algo las cosas, que dice algo nuevo.

Frente a los libros tirados en los escaparates, como el pescado de los puestos de libros viejos, se ve que casi todos los conocemos, de ferias anteriores, de la librería del padre o de los amigos, de haberlos tirado algún día en el cesto de los periódicos junto al pupitre del criticismo literario. ¡Qué pequeño es el mundo! ¡Ni siquiera las sorpresas de títulos que debían tener para nosotros los libros! ¡Todos se han repetido por lo menos ocho o diez veces en nuestra memoria y sobre poco más o menos sabemos a qué atenernos respecto a ellos!

En los puestos "de la sardina" o mejor dicho del "boquerón", esos en que pone a 15 céntimos a elegir y se puede dar la vuelta al gran montón, buscando lo bueno, no hay mucho. Es donde lo revuelto del pisto podía preconizar un hallazgo y es donde menos lo hay. Si todos los libros están revueltos, fueron echados uno a uno por el tasador, que por bruto que sea, sabe el coste y la consabida clasificación para la venta.

("Fígaro" es la medida de ese hombre puntual y cabal que es el transeunte, el observador y el que vive la vida comentándola con los comentarios que consuelan de la falta de visualidad y de idealidad de los otros. Es el amigo con que se puede hablar y que es lo único que deseamos los que estamos tan desnaturalizados que no deseamos el genio que ensalzar. Quien compendie nuestra vida con cierta gracia y con esa cierta discontinuidad con que se produce la vida, ese será nuestro hombre.)

Los curas—ignorantes como ellos solos—vienen a pasearse por entre los libros de viejo. ¡Están tan aburridos de la vida! Además, es por donde menos se ve lo feos que se han puesto y cómo se les ha retorcido y engarabitado la expresión. En estos pues-

tos es donde aprenden vidas de santos que no conocían y otras nociones, con las que podrán sermonear todo el año y hasta ir a los Concilios. Cuando se paran un rato y se inclinan sobre los libros, parecen estar ante los anchos facistoles leyendo el latín de las oraciones.

Las maderas de las librerías se combean terriblemente, pues son delgadas para el gran peso que soportan. Hay una cosa de barco que va a naufragar con toda la tripulación en ese pluteo que se derrenga.



El carro fúnebre de Daoiz y Velarde al pasar por el Prado (1814), frente al templete «de orden de Pesto» elevado sobre el sitio en que fueron fusilados algunos héroes y donde más tarde había de elevarse el monumento al Dos de Mayo.

El valenciano es el gran vendedor de este paraje y el que después, en la esquina del Prado con Atocha, tiene un largo e interminable puesto de libros que es como el final prometido después del Prado, el sitio en que yo compro un libro al final de cada paseo, yéndome a leer las adquisiciones al cercano café de Oriente.

El valenciano tiene un gran tipo de hombre de ciencia, de profesor de la Institución Libre de Enseñanza. Está regañando siempre en "valensiá" con toda la gente que tiene alrededor. El quisiera un gran orden en su inmensa biblioteca.

Primero le teníamos una gran antipatía. Después hemos visto que es un hombre simpático y tratable. Aconseja libros y dice, animando a la gente: "Cada uno es un pozo de Ciencia...; lo que es necesario es sacar y sacar bien." Tiene varios niños que le ayudan y a los que dice: "Todo lo de "Melicina", aquí..." Refiriéndose a las cosas en inglés, dice: "Todo el "te", aquí"...

De este valenciano, Baroja ha dicho que es "el Atila de las librerías de viejo", "un hombre de pelo rojo y de gafas" "que se dedica a estropear los libros, cortándoles con la guillotina los márgenes para vender después éstos como papel".

De este mismo valenciano ha dicho Solana: "Es un hombre que viste un largo delantal amarillo; es vegetariano y ateo; tiene gran fuerza y agilidad; lleva la cabeza al descubierto y rapada, lo mismo en verano que en invierno y los pies desnudos; mira los tomos muy de cerca con los gruesos cristales de sus gafas y trepa por la escalera como un mono, bajando y subiendo libros que limpia a zorrazos, levantando nubes de polvo, dando chillidos al enfadarse con la demás dependencia y poniéndose encarnado por la cólera." (Ahora ese gran puesto está dividido en dos secciones y hay otros dos libreros, amables y rumbosos, de fino instinto y de gran memoria, uno de ellos muy parecido a Menéndez Pelayo en su juventud.)

El otoño, con sus hojas y sus flores secas, está dentro de esos libros, muchos con tipo de herbolarios correspondientes con el Botánico, junto a cuya verja se exponen. El mejor regalo para lo niños que somos es un libro que tenga la sorpresa de una flor disecada; pero nunca se sabe en qué libro la habrá, no se debe saber, como en ese juego de los paquetes que los niños juegan en la calle abriendo el paquetito y encontrando una sortija de plomo.

Ya está allí hasta el libro que su autor se dedicó a sí mismo. Si el autor ha

muerto, eso no es extraño; pero si vive, la sorpresa de ver ese ejemplar allí le desengaña a uno de todo, hasta de sí mismo.

Los libros sin portadas abundan mucho; tristones como sin párpados.

¡Muchos libros encuadernados! No llaman la atención esos libros. No se les mira ni se lee su lomo. Se desconfía del libro encuadernado como de un libro que, aunque sea bueno, está convertido al burguesismo. Los libros encuadernados generalmente desmerecen; están más muertos, aunque hayan sido embalsamados; son más privados; están como en la caja del muerto preparados para la sepultura perpetua.

Los diccionarios, ¡qué viejos!; todas sus palabras parecen haber variado.

Numerosos tomos médicos, que contagiarán del tifus u otra enfermedad al que los compra, sobre todo si tratan del cáncer. Un libro como esos, como el del cáncer sobre todo, sólo está antiséptico y aislado en las librerías de nuevo.

No debe comprarse ningún libro por el título y lo que diga el autor de él en su prólogo personal; y si el libro está en la mesa de PRECIOS CONVENCIONALES, no se debe preguntar siquiera por él. Hay que declarar el boycot a los precios convencionales.

Más estanterías de obras de Medicina tratando de más enfermedades, y muy insistentemente de Ginecología. Ante estos libros de Medicina se piensa que ha variado todo el sistema de tratar las enfermedades y eso hace antiguos e inservibles los libros, y nos da miedo que alguien, algún médico provinciano o inexperto, compre y trate a sus enfermos ateniéndose a sus fórmulas amarillas.



El carro fúnebre (18 4) de Daoiz y Velarde al torcer frente a Neptuno para subir la Carrera de San Jerónimo donde se e la Iglesia de Santa Catalina que se levantaba sobre el lugar que ocupa el actual Palacio de las Cortes.

Todo el aspecto de los puestos es el de los libros en la hora de la mudanza. Ningún librero sabe si tiene otro libro que la "Hija del jornalero".

Todos son como libros caídos, libros del otoño, libros que el viento ha barrido hacia allí. Sobre sus chibaletes, escalonados, el mejor está siempre debajo del peor, que se le superpone. El mejor está el último y se disimula con modestia. Da pena ver que no se le encuentra, que no hay ninguno que elegir después de seguir a nuestra secreta adivinación en un juego como el de "¡frío!"... "¡caliente!"... "¡templado!"... "¡frío!"

Sobre todo, lo que más nos defrauda en esos baratillos de libros es que nunca se encuentra un libro que trate, como debe tratar, de la muerte. El enigma de la vida, además de tener momentos de evidente e indecible evidencia, por lo menos es breve y todos los libros lo quieren aclarar; ¿pero y el de la muerte? Ni un solo libro humano, dócil y sentido sobre la muerte y los muertos, cuando ese libro era el libro que debía estar en está feria como más propio también de este paraje.

Lo único encantador de esos libros que por comprar algo se adquieren en el Prado, es esa hoja de un almanaque de hace años que a veces se encuentra entre sus páginas. ¿De qué año? No se sabe, porque no pone sino el día y el mes, porque no están hechos para la posteridad los almanaques, sino para el año que corre.

Así, el que se encuentra esas hojas vive otro día que su día, un día que no es de sus días, lo más redivivo de un día pasado. Las hojas de esos almanaques antiguos se transparentan ya y se ve por el reverso la cifra de la fecha. ¡Delgado y consumido tiempo caduco!

En el centro del Salón del Prado, estorbando en medio de las dos plazoletas de su nuevo follaje, hubo dos fuentecitas, dos niños, dos angelitos incontinentes, niños ilegítimos del Prado por su cursilería, esculturas de recibimiento que un día desaparecieron.

(Todos eran tontos menos "Fígaro" en su época. Qué distancia más espantosa—espantosa—entre él y los fecundos y aplaudidos autores de su tiempo, todos tontos.)

(No tiene que ver nada "Fígaro" con Mesonero. Mesonero está bien, pero es un hombre con gafas. Mesonero es el señor que no se compromete y "Fígaro" sí. Y en la vida hay que "comprometerse".

"Fígaro, más que las costumbres, muestra unos años de vida espiritual, de vida dramática de nuestra ciudad. Todas las almas de su tiempo, todos los muertos de su época hablan por él.

Sigue tan joven ese sentido de sus obras, que parece que no está ni viejo su cadáver.

Además, es que de pronto se transparenta tanto lo humano que es o ha sido un hombre, que eso basta para hacerle eterno sobre todos los otros, fatuos o gloriosos. Su mismo tono de amargura y escepticismo le hace muy nuestro, y es que le vemos vivir consumiéndose. Se le ve consumirse. Se le ve consumido por todo lo que debe quemar y consumir la vida.)



Visión, desde la esquina del Hospital, de la Puerta de Atocha en que acababa el Prado.

El atardecer del Prado es también algo muy bueno. Se pone morado, cárdeno, desciende su luz, y bajo esa poca luz del Prado las personas pasan como sombras pequeñitas, verdaderas sombras peripatéticas, bajo el viaducto del cielo.

Sobre todo en los días sin faroles de la Gran Guerra, el atardecer le dominaba completamente.

La fuente de Apolo se torna completamente blanca sobre el fondo del atardecer.

Paralelo a toda la ciudad y al ocaso, que le da contraste, nos envía la luz poniente toda la silueta de los tejados en un atardecer lleno de chimeneas.

¡Que el atardecer—siempre pienso en el invierno en el Prado—no os coja sin gabán en el Prado! El cierzo os cosería a puñaladas de incurables heridas.

(Ese desengaño atroz de la política que siente "Fígaro" es más que desengaño de la política, de la autoridad. La autoridad, entonces como ahora, se le da al que no la merece, y ante eso el espíritu, si no prorrumpe en carcajadas al verlo, y, por el contrario, se entristece ó se angustia, puede llegar a sentir el suicidio.)

La noche del Prado es grave, febril y tremebunda. Ni los focos, ni esas luces

de nitrógeno, que tan bien lo alumbran, y que se estrellan en nuestros ojos y rompen nuestro iris y agrietan nuestra córnea, pueden con su sombra.

.El Prado es en la noche el gran descampado, un lugar desierto, peligroso y siniestro, en el que se puede ser robado y matado casi impunemente. Es lo más vendido de la ciudad, donde el crimen, la lujuria y el robo se pasean de noche, donde tiene citas la luna, que también espera prostituída al que pasa.



Visión panorámica del Prado actual desde Neptuno a la Cibeles

¿Por qu^ lo han escogido desde tan antiguo las mujeres más fáciles? Porque por no se sabe por qué extraña y sombría razón en la noche el Prado es el lugar por donde pasan las almas llenas de mayor deseo sexual, el sitio a que van a parar fatalmente.

Se tiembla al entrar en el Prado de noche, con ese temblor que se tiene al ir descalzo por el pasillo en el viaje furtivo al cuarto de la criada. La autoridad lo tiene abandonado, y sólo alguna vez da vueltas alrededor de los jardines del Dos de Mayo para que sea respetado de la profanación el cementerio de los héroes.

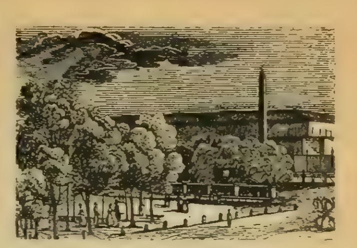
En el Prado espera a los infelices aquella única novia que tuvieron, y que han echado del otro mundo por estúpida, repulsiva y fea.

Son almas con mantón las que pasan por el Prado, un mantón con el que se cubren en invierno, y que en verano llevan al brazo, como viajeras impenitentes (los cocheros llevan siempre también una manta así, una manta repugnante que ofrecen a las parejas que conducen por en medio de la noche.) Bajo los árboles copudos y cobijadores del Prado se ven también en la noche las sombras copuladoras y su ritmo regular y solemne, como el de esos relojes en que sube y baja un columpio.

Todo ese anhelo torpe y supremo de la humanidad circula y se pasea por el Prado de noche. Eso es algo serio, trágico y de una absoluta verdad. No lo aventaja nada, ni en la noche de novios ni en la galantería rica y mocil. El mar sexual allí da los latigazos imponentes, allí se bate y salta con violencia sobre los acantilados de la ciudad. En la noche del Prado muerde el polvo el hombre. Nadie debe pasar por él en la noche.

Pero por la mañana y durante todo el día no se sabe nada de esto. Por la mañana y durante todo el día es que se verifica la baja marea, y la gran playa está seca y transitable. Las que estaba anoche entre las sombras no aparecen en el

Prado de día, y si alguna de las que se sientan al borde de los bancos es alguna de ellas, está muy disimulada y muy hipócrita.



Visión del Prado desde la salida de la Carrera de San Jerónimo. Detras del Obelisco se ve aún el Cuartel de Artilleria.
El Juego de pelota derribado en 1637 estaba en el sitio que ocupa el monumento del Dos de Mayo y en parte el que ocupaba el derribado Cuartel del Presidio, cuartel establecido en 1874, después de caballeria y por fin próximo a su derribo hacia 1876 de Artillería junto a San Jerónimo que habia sido Parque de Artillería hacia 1846.

(En "Fígaro" comienza la humanidad del pueblo de Madrid... "Fígaro" crea el hombre en España, al hombrecito de mundo en el sentido más elevado que puede tener esta frase. Antes de él había el elevado concepto; pero ese cinismo a que tiene derecho el hombre de mostrar y elevar su sentimentalidad íntima, esa afirmación independiente y rebelde de la estructura natural del hombre, no existía.)

Como larga, aparte y especial divagación hay que pasar por el Botánico, el jardín del Prado.

Primero, el Botánico tiene el aire de un largo y romántico cementerio. Al primer golpe de vista, desde fuera, es un cementerio. Su verja de gran autor es verja de sacramental, verja no muy alta, que favorece la esbeltez de los árboles, con gruesos pilares intermedios, pilares que en la parte que da al paseo tienen pintadas esas cruces negras y chorreantes que pintan los chicos como para poner cruz a las tumbas anónimas, cruces que parece que dibuja una congregación que hay para esto, una congregación como la de los Hermanos de la Paz y Caridad, que asisten a los reos de muerte, y la de la Buena Agonía, que asiste a los moribundos (Junto a la verja hay siempre dormido y tirado un pobre miserable que recuerda mucho a Job).

Su puerta, de estilo dórico, con columnas de piedra, da al jardín de los Médicis, o cosa que lo vale y lo parece.

Al entrar se ve que el portero tiene una mecedora, porque éste es un jardín un poco particular hasta para el portero.

Aunque Barres ha hablado mal de los jardines botánicos con muy buenas razones, también se puede hablar bien de ellos con razones también buenas.



Entrada del Botánico por la plaza de Murillo.

El Botánico parece que tiene otros soles, varios soles distintos, y cuando está nublado tiene una niebla hecha de grises exóticos. En su reunión cosmopolita hay una tarde de todos los sitios. Sobre todo en la noche, se congregan en todas las noches del mundo, lleno y palpitante de añoranzas y nostalgias.

En invierno, como todo el Prado, está muy bien, aunque es un jardín húmedo; muchos dicen que esto les sienta mal, como los riñones mal exprimidos a los que padecen cólicos hepáticos.

Se respira al entrar un aire salutífero, como compuesto con todos los auténticos ingredientes de la antigua botica.

Los entierros del Prado son solemnes, y tienen como más lujo que todos los que no pasan por el Prado. Tienen una hora de fiesta fúnebre. Durante esta hora pasan por él todos los entierros anunciados, con su comitiva vestida con traje de domingo.

Todos los entierros, al pasar por el Prado, hasta los más sencillos, aun los de cuarta clase, toman visos de grandes entierros, de entierros históricos del gran poeta, del gran militar, del gran político.

Siempre, todos esos entierros evocan el paso de los grandes entierros que pasaron por el Prado, habiendo quedado como el modelo de esa evocación, como el cristal de linterna que se proyecta de dentro afuera en nuestros ojos, el gran entierro a Daoiz y Velarde, celebrado en el Prado de 1814, con sus caballos vestidos de disciplinantes (ocho caballos desherrados para que anduviesen sin meter ruido) y su alto catafalco de héroes; la traslación de las cenizas de "Fígaro" y otros grandes compañeros desde el cementerio de Fuencarral al de San Nicolás, y la traslación de las cenizas más cernidas de Mena, Quevedo, Calderón, Garcilaso, etcétera, en "una magnífica tarde de primavera, un cielo purísimo y un sol espléndido parecían proteger aquella ceremonia, la más imponente que ha presenciado jamás la capital de España".


El entierro de Muñoz Torrero al pasar por el Prado.

Todos esos grandes Carnavales, con sus carrozas coronadas de laurel y tiradas por cuatro o seis yeguas, con rendaje y penachos de colores, se verifican de nuevo en el Prado cuando pasan los nuevos entierros, esos entierros tristes con el pendón de la Sociedad o el Sindicato colgado a la trasera, como la dalmática que usó en vida el muerto. (¡Grandes maceros fallidos!)

La lentitud y la prosopopeya que toman los entierros en el Prado es para verla. (Al de Daoiz y Velarde asistieron diez doncellas dotadas por la Villa con 3.000 reales cada una.)

Por el Prado se pasean esos señores de luto inconsolable, todos esos caballeros con barba blanca y sombrero de paja pintado de negro con pintura de coche o de mueble de fonda.

Por el Prado pasa todo por la recta de la proyección, por el apaisamiento eterno.

¡Corazón plebeyo el que pasa el Prado de través o lo huye!

Al atravesar por el Prado para entrar en las calles de luz, parece como si se atravesase el gran salón de las recepciones, oscuro, cerrado, enfundado, pero el de más ancho techo y un decorado más digno de la casa.

Siempre me acabo de enterar de alguna cosa nueva del Botánico. El Botánico es inagotable hasta para los botánicos, que no acaban de saber las plantas que hay en él.

Después de haber hablado de aquel esqueleto de una ballena que hubo expuesto en su galería de cristales, y del banquete a diez mil niñas que se celebró en ese mismo invernadero, creí ya dicha la última palabra; cuando al hablar con esa viejecita que fué amiga de Paulina Martínez—la de ese retrato—, me entero que allí estuvieron expuestas "las momias del Pacífico", unas momias que habían venido por el mar Pacífico, y también me entero de que junto a ese cuartel de Artillería había una taberna donde vendían caracoles y callos...

Los hombres del chaleco blanco es por el Prado por donde pasean. Aún no se han dado cuenta de que el chaleco blanco es como ropa blanca, como ropa interior.

Ellas toman siluetas muy especiales, con la punta del corsé metida hacia dentro, señoritas de silueta remetida se podría llamar a las que más afición tienen al

Prado. (Señoritas esas que llevan sus sombrillas con el cuello engalgado, echadas al brazo, como las aldeanas llevan las gallinas.)

En los simones del verano, el paseo más soñador, y más en un gran lago, que se puede uno dar es por el Prado. En los simones del verano, con sus cocheros de sombrero de jipijapa, pasan los señores con el sombrero quitado, disfrutando atrozmente del espectáculo, explayándose, mirando al cielo. (A veces el simón resulta, por la piel de su capota y por todo, una bota vieja de elástico.)

("Fígaro" escribió el primero con el tono que después se ha repetido mucho, aunque nunca lo bastante ni con la suficiente originalidad.

Hasta cuando apenas se le ha leído, hay una cierta telepatía extraña, por la que al repasar la historia literaria es su figura la que se muestra entera, cabal, no abrumada por el talento humano, sino llevándolo con ligereza y haciéndolo compatible con la necesidad de vivir la ciudad y la vida. La ponderación de ese hombre nos subyuga. Es el arquetipo de nuestro ideal lógico, sencillo y caballeresco.

Oímos, como si fueran palabras latentes en el ambiente de nuestra ciudad castellana, las palabras de "Fígaro". Siento que antes de haberle leído tenía yo ya de pequeño el mismo concepto que hoy tengo de sus artículos y de sus palabras. Diríamos que su obra es más caudalosa en el espacio que en sus libros, y que nos habla con la misma persuasión que en su mejor artículo. Hay en él una amistad y una construcción inacabable en el buen juicio, hasta sobre los casos de nuestro tiempo.)

La gracia del paseo de las estatuas del Botánico tiene la gracia que no tiene el del Retiro, cuyas estatuas son gigantescas, hinchadas como estatuas de nieve, inacabadas y terribles. Por el contrario, las estatuas del Botánico son admirables, humanas y sencillas, como si fuesen antiguos transeuntes convertidos en estatuas de piedra. La estaturia ha sido corrompida en Madrid por las grandes estatuas de la plaza de Oriente y del paseo de las estatuas; hechas para estar en lo alto del Palacio Real, fué transformado su destino y colocadas en lo bajo; eso ha corrompido el sentido de la estatua ligera y delicada, que hasta un mal escultor puede hacer si la hace a proporción.

Erigidos como en un cementerio, está primero Quer, el célebre médico y naturalista que escribió una flora española; después, Clemente, con su capa amplia, la gran capa magnífica del tiempo del gran sombrero de copa, también magnífico (Clemente tiene un tipo romántico, y en el zócalo de su estatua vi un día escrito el nombre de Narciso). Lagasca, el primer botánico del pasado siglo, que se quejaba de que no había grandes estanques en el Botánico para estudiar la flora acuática, y Cabanilles, el célebre autor del célebre artículo "España de la Enciclopedia" y el que clasificó el penacho florido de la "Esteparri Statice".

Todos erguidos, satisfechos entre sus flores, las flores de su vida, llevan alguno babero y todos chalecos con florecitas, pues ellos son los que inventaron esos chalecos, primeramente en Suiza, la patria del inefable botánico Rousseau, allí donde todos llevan un "saquito de mano" de herbolario.

La elegancia del siglo XVIII fueron, sobre todo, los botánicos los que la llevaron mejor, con la ingenuidad con que se debe llevar la elegancia.

Separado de esas estatuas, en pie, hay en el fondo un busto de don Mariano de la Paz.

Ahora veamos los árboles: sus cartelas son como las que llevan los ciegos, y las que están más a ras del suelo, sobre una pequeña varita, señalando el sitio de las plantas raseras, parecen pequeños epitafios de un cementerio profano y, en la hora de la primavera y de los pájaros, pequeños atriles de su música, en los que parece que gastan bromas que les resultan muy pesadas a los botánicos, cambiando con sus picos las de un lado a otro, como esos pájaros de las adivinadoras que cogen el papelito de la suerte y lo trasladan.

Después de los cipreses, claro está, esos cipreses "cupresus piramidalis", que parecen abonados con huesos humanos para su mayor esplendor y que dan carácter de cementerio al Botánico, se destacan los almeces, grandes como elefantes en



El nuevo edificio del Ministerio de Marina destinado a estar perennemente junto al de Correos en ese trecho del Prado. (Edificio adusto, consistente, encastillado y lleno de ventanas y de graciosos dedos índices que señalan el cielo.)

pie (Los almeces se ve que han querido ser elefantes, que estuvieron cerca de serlo y no pudieron realizar su ideal.)

Después, los árboles de ramas péndulas y colgantes atraen por su elegancia y femenidad de mujeres que se han desmayado. La "Sophora japónica péndula" es el extraño árbol japonés que parece mentira que nos podamos encontrar aquí, fuera de esas estampas en que todo está irritantemente pintado dentro del agua, todo paisaje submarino y ahogado.

El amarillo árbol del desmayo está también bien, es más en fino el viejo saúce llorón. Tiene estalactitas o flecos de sol durante todo el invierno.

Los tejos construyen aquí unas puertas mudéjares de la hojarasca, por las que es agradable pasar.

Después sorprende en un lado la acacia de "tres espinas" y la "sin espinas"; en otro, el "árbol del cielo", fina especie de acacia que no creemos que sea del cielo; y el árbol de los pájaros, envuelto por una yedra, y que en todo tiempo da hospitalidad a los pájaros, siendo el último refugio de los pájaros en el invierno y en donde se les oye cantar en los días de más frío.

Arboles de las montañas, árboles serpientes, álamos blancos llenos de ojos de la Providencia, árboles con grandes orejas de mona en el tronco y árboles que parece que están en el Botánico por cumplir, por llenar huecos, pues son árboles de la calle, árboles golfos, a los que a veces tienen la avilantez de poner nombres extraños, como "cinamomo". (¿Puede ser este árbol vulgar el cinamomo?) Se echan de menos unos árboles que se moviesen y rugiesen o bramasen.

Resulta curioso que haya muchos falsos árboles, según está escrito en su cartela, abundando mucho los falsos plátanos, que deben ser esos que en los mercados venden a 50 céntimos la docena y están todos podridos.

Detalle importante y castizo del jardín son sus parras, sostenidas por unos emparrados de hierro, sostenes de hierro que parecen haber crecido espontáneamente de la misma tierra y que son como el emparrado de hierro vivo que sostiene el emparrado de madera viva.

Bajo el dosel esquelético y retorcido casi todo el año, y sólo por excepción con la hojarasca de Agosto, que es en la proyección de su sombra sobre el suelo más un efecto de luna que de sol, ponemos particular atención en leer los carteles que cuelgan de él de vez en cuando. Leyendo esos carteles se saborea un poco un vago mosto. Allí están la cepa "Leonada", la "Rayada" o "Melonera" (oh, enormes uvas), la "Bocadilla", la "Torralba", la "Bocal", la de "Albillo", la de "Moscatel", la "Negrilla", la de "Mollar cano" y la de "Guadalupe" (¡oh, hermosa y rica "Guadalupe" en cuyo cartel alguien como un piropo que estaba pidiendo ha escrito "¡Preciosa!")



El Carnaval en el Prado, por Perea.

Mucho tiempo, desesperadamente demasiado tiempo, están agraces estas uvas y el día que están verdaderamente maduras el jardinero mayor se hincha de comer uvas.

Las acacias, todas las acacias, están muy descubiertas por nosotros: las de una espina, las de tres espinas, las sin espinas; pero de hoy es el subrayar la "acacia de bola".

Otro descubrimiento es el del árbol de las pelucas. ¡Cuántas veces habré pasado por ese paraje del Botánico!, y, sin embargo, ¿cómo no había visto una cosa tan prodigiosa como ese "árbol de las pelucas"? El árbol de las pelucas, aunque debiera estar lleno de pelucas, como un escaparate de peluquero el día de Carnaval, no tiene ni una peluca. Quizás le dió su nombre el que era el apacible refugio de los abates con peluca en la hora del bochorno estival en los jardines versallescos. Yo no sé. ¿Es que habrán vendimiado y recogido ya sus pelucas, quizás de palafrenero de entierro?

El "tilo plateado" es como un árbol sesudo, de una digna ancianidad, sensato y antiquísimo.

Los olmos son también unos viejecillos sanos, recios, cansados de mirar el horizonte a través de los años.

No acabamos de ver claro cuáles son esos plátanos que no son plátanos y cuáles son los castaños de Indias. Que quede sentado que los que tienen hojas en forma de mano de tres dedos y los que tienen esos madroños con púas de pequeños puercos espines, son los "plátanos de Occidente".

La "Betula Alba" es una ingenua a la que hay que aprender a llamar así, en vez de "Abedul", que es ya otra cosa desprovista de galantería y de encanto, una cosa así como llamar a ese árbol gandul.

Los "Almeces" sigo viendo a través de los años que son los árboles a los que mejor sienta Madrid, los más enormes, más fuertes y más arraigados. ¿Cómo entonces no se le ocurre lo indicado al que debiera plantar de almeces la ciudad? ¿Es que no resultaría un espectáculo grandioso, umbroso y como sostenido por árboles atlantes, el de los bulevares llenos de almeces? No hay lógica ni perspicacia en nadie.

Siempre hay una vieja de medias blancas que lee un periódico bajo el árbol de la vejez, el buen árbol que la defiende.

¡Qué extraño que en el centro de Madrid, entre casas y ruido de coches y tran-

vías, en el centro mismo de la gran urbe, suene la estridencia auténtica de la chicharra! Las chicharras del Botánico no las hay en el Retiro, y hay que internarse mucho en la Moncloa para encontrarlas.

En unas plantas chaparras, que abundan no sólo en el Botánico, se encuentran



Los refrescos del Prado, por Alenza.

unas falsas flores de azahar, redonditas, blancas, pero mentirosas, como para las falsas vírgenes del matrimonio, esas flores de azahar con que quizás preparan esas cajitas con diademas de falso azahar y esas ligas de novia con broche de azahar en las tiendas de telas.



Visión de la Casa de Correos.

¿Y ese arce con hoja de fresno? ¡Gran plagiario!

Los racimos de estos parrales magníficos del Botánico son los racimos del Rey, los que son servidos en los grandes fruteros de cristal tallado.

Ese "fresno de hojas pequeñas" merece ese calificativo, como lo merece la mujer de manos pequeñas.

Pues ¿y esa planta tan femenina, tan labor de aquella primera mujer que aplicaba sus primores al bosque, la "planera festoneada"?

Al pasar junto al saúco nos sentimos siempre como en la vieja y primitiva calle del Saúco.

En el Botánico penetran esos rayos de sol de lo alto, de lo muy alto, que sólo penetran en las catedrales y en los bosques.

¿Y cómo no hay faisanes ni pavos reales en el Botánico? Sólo hay pajaritos de todas clases, y eso que sus altos árboles son de esos que tienen en la punta más alta una ramita seca, en la que se establece la tórtola.

Siempre están preparados los atriles de la banda que simulan los letreros clavados en tierra sobre las hierbas medicinales. Habrá música, sí. Parece que van a tocar "La caza". Las maricas negras están por entre los atriles tiesos, y ya con el papel abierto.

Ahora, en estas horas de primavera en que el sol parece entrar en el Botánico por rosetones con cristales de color, se recuerda más y mejor el otoño, cuando sentíamos al entrar el amargor de lo que se moría por momentos, y veíamos caer, como abanicos, las hojas de parra, y lo que quemaban los jardineros olía como a cabeza mal lavada, a esa humedad aviesa que a veces tienen las cabelleras mojadas, y que es de lo más irresistible de lo irresistible.

Volverá todo eso cada invierno, aunque cada Abril sólo es hora de recrearse, por más que de pronto se apodere de nosotros esa melancolía que aun bajo el mejor tiempo acude a nosotros en el Botánico, y entonces tenemos que huir del jardín como de la cátedra o de la fila de colegiales en que hay un momento en que se siente uno inmiscuído... Y salimos por la puerta del montante, la puerta que hay frente a Trajineros, esa gran puerta de hierro que tiene un hermoso montante vacío entre el arco de piedra y el arco de hierro en que comienza la puerta, bello montante por el que se ve el azul del cielo en combinación con unos ricitos y cascabullos del verde de los árboles de ambos lados, divino montante por el que entra y sale la pura libertad y todas las expiaciones y las indulgencias apetecibles..

A por las hierbas del jardín, a por determinado y necesario hierbajo vienen gentes del pueblo con verdadera fe. (Por cierto que, entre paréntesis, en el Botánico se da el "culantrillo" y por él vienen las que quieren abortar, y que como es difícil adquirir, ya que está prohibido expenderlo, hay unas muchachas pálidas y con los zarcillos de las ojeras muy pronunciados que buscan la planta de un modo furtivo, disimulado, anheloso, mirando mucho a todos lados y dando un salto de presteza cuando al fin lo encuentran.)


Una noche de fiesta en los antiguos Jardines del Buen Retiro, sobre los que hoy se levanta la Casa de Correos.

En el otoño, las avenidas rojiñas hacen muy bien. Como cuando se dice "el niño va a ser rojillo", se dice de los paseos que sorprenden con ese tono. El primer aire del otoño ha hecho eso.

Las hojas picadas y taladradas del otoño llenan las avenidas. Parece que los alfombradores han esterado.

El árbol del amor, con las hojas en forma de corazón, muere como un cardíaco.



Aspecto del Prado.
(Bajo este grabado e impreso en él, se [illegible] distintas cosas, entre ellas que a mano derecha en el lado del farol que sobresale en la esquina de la derecha, había una Botillería.)

Se ve que siempre en todo tiempo hay un árbol que pelecha y otro que se llena de flores.

Debía de haber pájaros de todo el mundo. Es el sitio indicado para que los hubiera desde la cotorra hasta el pequeño pájaro. Los cantos también debían ser variados y nuevos, debía oírse al canario alemán de flautas largas y capilares.

La oropéndola estuvo, pero desapareció a últimos del siglo XIX. Hoy sólo hay pajaritos, los pajaritos de las acacias y de los chopos de las carreteras españolas y las urracas negras de las huertas, muchas urracas. Las urracas se ven que gozan el jardín y que se fijan un poco en las cosas extrañas de él. Deben estar encantadas con la variadísima despensa que disfrutan, aunque a veces por probar una planta desconocida se envenenen o se purguen. ¿Qué piensan las listas urracas de los cartelitos? Quizás creen que pone en ellos el usual "se prohibe tocar a los objetos", pero no hacen caso de ellos.

En un rincón hay una alberca andaluza con macetas. El que quiera pintar una tabla andaluza puede inspirarse aquí, pudiendo pintar también lo que tiene de huerta el Botánico.

El Botánico es el jardín de las embarazadas.

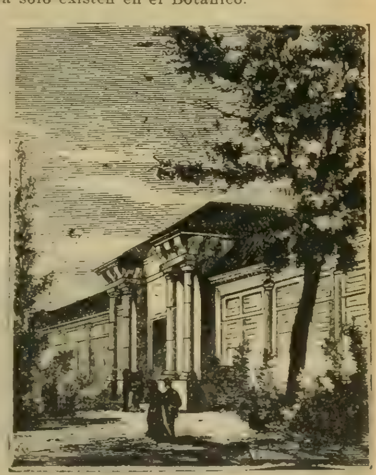
Los estudiantes de Botánica son los que no vienen quizás nunca al Botánico. El que va leyendo por sus avenidas lee unas poesías y no un libro de Botánica. A veces un farmacéutico de vocación va por allí, y después, cuando de nuevo vuelve a Madrid, ya con barba y con una farmacia en su pueblo, entra en el Botánico para recordar sus tiempos de afición.

En el otoño del Botánico las escobas de los barrenderos no pueden realmente conducir todas las hojas que han caído.

Quizás sólo se sostiene el Botánico para las brujas y las curanderas o saludadoras que vienen a buscar las hierbas que ya sólo existen en el Botánico.

Esas mujeres solitarias que están sentadas sobre los bancos bajos y como hundidos del Botánico, parecen sentadas frente a sus recuerdos, como frente al árbol de su muerto, como si hubiese dado ya su árbol el hueso como de dátil que se ha enterrado con cada muerto.

Al Botánico van de paseo muchos colegios de niños, con sus profesores, que son como arbustos raros de la Botánica. Ante esas filas de niños me acuerdo siempre de aquella fiesta que se celebró el día de la jura de Carlos IV en el Botánico y en que fueron sorteados para figurar en ella 200 niños y niñas, que asistieron a la fiesta con un hacha de cera encendida, y a todos los que se les obsequió con una rica cena en los invernáculos del jardín.



Cátedras de Botánica del Museo.

Hay un medio edificio con dos alas largas, cubiertas de cristales, que figura en el Botánico como su palacete.

Se llama de cátedras de Botánica; pero allí nunca se da clase de Botánica; se distraían tanto los alumnos con el cielo azul y el buen tiempo, que no dió resultado ninguno. Nunca ha sabido qué hacer el Botánico con ese pabellón de tan noble apostura, y por darle algún objeto, estuvo encerrado en él el esqueleto de una gran ballena, enorme esqueleto que llamaba la atención de los niños, heridos en su sensibilidad por lo monumento de piedra que resulta el hueso, por esa perennidad triste que hay en las osamentas. Un detalle que evoca aquel esqueleto, más que nada, es el de un intenso olor a aceite de pescado, quizá el aceite con el que le habían untado para que no se descompusiesen las largas y numerosas vértebras; metido en ese recinto tibio siempre de las galerías de cristal, los días de sol olía terriblemente a aceite salado y rancio. En nuestra imaginación se asomaba la interminable ballena, y nos asustaba con su impotencia para moverse, con su tragedia de estar en un sitio sin agua, cuando por lo menos necesitaba un vaso de agua en que cupiese un estanque.

Después, ese pabellón ha estado vacío, y, por fin, se ha dedicado a la conservación de las plantas más finas, esas que necesitan un palacio de cristal para no languidecer. Allí están las plantas más aristocráticas: la Celia, la Princesa, la Cristina, la Rusalka, la María Antonieta, etc. Es demasiado, sin embargo, para esas plantas el pabellón. Aquello necesita muebles preciosos, cuadros y una familia real auténtica, que, yéndose en el verano, dejase visitar al público sus riquezas. La cosa es que ese pabellón tuviese al fin la consagración que necesita.

Siempre que veo al final de las frondas del Botánico el elegante palacete, pienso en lo que quisiera ser. Tiene empaque de ser una cosa que no ha sido ni será nunca. ¿Quizá sitio en que conservar las más bellas muertas incorruptas? (Tipo sí tiene de optimista pabellón de cementerio; pero tampoco es eso.) Quizá ese debía ser el palacete del hada, el hada del Botánico, el hada de las flores, y quizá por la ausencia de esa hada, que no es fácil improvisar ni hallar, bosteza de ese modo, sin su objeto ni su razón de existir, ese pabellón de trazo elegante y con una dignidad extraña.

El Botánico está lleno de hojas, de más secas hojas que ningún jardín, como si se hubiesen deshojado en él los voluminosos libros de Botánica.

¿Qué luz es esa en que se destacan los carteles de los árboles? Sobre todo, cuando no se entra en el Botánico, cuando se pasa de largo, es cuando más llamativa resulta esa calidad de esos carteles de los árboles, que se parecen a esos que llevan colgados del pecho los ciegos con toda su variedad de leyendas: "Pobre ciego con la gota serena", "Pobre ciego del Cáucaso", etc., etc.

("Fígaro" fué el hombre extemporáneo. ¿Pero, aquí, quién no es extemporáneo? Aunque ya parece que se acabó esa extemporaneidad, hace el destino corcovetas tales, tiene paradas tan bruscas nuestra carrera, recibimos anónimos de tan mala intención, oímos sentencias tan duras y cerradas sobre todo, que sigue habiendo el suplicio, la angustia, la congoja de lo que es extemporáneo, debiendo ser considerado eso que parece lo extemporáneo como lo prudente, lo oportuno, lo supremo.)

El Parasol de la China no se encuentra muchas veces, sobre todo cuando se le busca para enseñárselo a un amigo. Parece que desaparece, que hoy no ha abierto su parasol el Botánico.



El teatro Felipe que estaba en el Prado en 1865.

Vamos siempre viendo y repasando de nuevo los árboles:

El árbol del cielo, ese árbol en el que hacen sus nidos los ángeles que durante el invierno huyen al cielo, como las golondrinas al Egipto.

Los grandes abetos, olmos comunes, castaños de Indias.

El... (Algunas enredaderas oscurantistas tapan el letrero de algún árbol.)

El laurel, común que es para los mediocres, y el venenoso laurel rosa para los genios crueles.

¿Y los abedules? Antes había paseos de abedules en las novelas y en la vida. Hoy sólo queda aquí un abedul.

El fresno de Castilla es ese que nunca se rompe en manos del arriero. Sirve para hacer varas, pero no bastones.

¿Y el nogal del Cáucaso? ¿Es del Cáucaso? Parece que, como si hubiera cumplido ya su condena, le han enviado a un país meridional. ¡Qué gran recomendación le ha de-

bido valer esta buena suerte! ¿O es que estos árboles pertenecen a la carrera diplomática de los árboles?

En el Botánico se oyen cosas curiosas y raras. En el Botánico yo he oído decir a una madre a su hijo pequeño: "Anda..., Héctor... Anda... Vamos, Hectorín."

Parece que para cuidar cada árbol de estos tienen que traer tierra de distintos países, y así como la tierra del cementerio de Pisa fué llevada de Jerusalén, en el Botánico hay tierra del Asia y de la Oceanía, que ya es lo último.

Debían recomendar los doctores el Botánico a sus enfermos, escogiendo bien la sombra de cada árbol para cada enfermo. Mi doctor Inverosímil sabría sacar ventaja de eso, y, sobre todo, elegiría para aquel que tuviese dolor de muelas, el árbol llamado "Raigón". Eso ni que decir tiene.

La viuda, esa viuda española encerrada en el manto sucio, pequeñita y con pies y calzado de viuda, que no se casará ya otra vez, va al Botánico con sus cinco hijos vestidos de negro.

El viejo, que ha vuelto a deletrear, lee con disimulo a dos viejas que cosen.

El Botánico está unido al recuerdo de ese edificio de la calle de la Farmacia, que también mandó construír el gran rey Carolus III, que fué todo un maestro de obras, edificio en el que se estudia para farmacéutico. Pocos edificios dedicados a la enseñanza frente a los que se note más lo que ha de salir de ellos. De ese no pueden salir más que farmacéuticos, nuevos botánicos, como los antiguos, aunque más desmemoriados, porque los anuncios y los periódicos han destruído la memoria de este siglo... El día que estudien los farmacéuticos en otro edificio nuevo, claro, lleno de puertas y de compartimentos de cristales, saldrán verdaderos falsificadores, que sabrán preparar admirablemente preciosos envases para las medicinas en frascos como búcaros y en cajitas como de bombones... Por el contrario, de esa casona vieja, color de palo de regaliz, con grandes balcones, con sendas persianas de madera, y al fondo, un jardín de floricultor, salen aún los botánicos, que por dentro son los mismos de chupa y chaleco con florecillas, aunque por fuera tengan tipo de seminaristas, de piernas cortas y torcidas, que no dejan el sombrero hongo quizás porque el hongo corresponde a la Botánica y al botánico.



El edificio de la Bolsa frente al Prado.

Un gabán deslustrado no está mal en el Botánico, hay árboles que se combinan con él en una relación de mimetismo.

(Se piensa bien y sosegadamente en "Fígaro" en el Botánico. También pasa por él: su suicidio se ve muy bien en el ambiente del Botánico, como en el cementerio que remata el camino de la meditación del Prado.

En aquel ambiente de aquel tiempo, ¿qué le esperaba? El suicidio representa valor y una verdadera idea de la vida y de su límite, porque nadie ve que sólo se adelanta a los acontecimientos el que se mata y escoge la muerte sin supuraciones y larga agonía, escogiéndola en el momento más oportuno. La cobardía social, que produce las ideas generales, se opone a los suicidios y los critica.

Un desequilibrio, que se produce cuando se nace con variedad en el corazón, entre esa variedad insaciable y la monotonía de la vida, trae consigo la necesidad de acabar con la variedad, que está sólo en uno y que exige lo que no está fuera. El suicidio, además, se venga de la muerte, la hiere, la mata y nos venga a nosotros. Es el anarquista de acción, que sabe atentar contra la muerte que reservaba contra nosotros su arbitrariedad, su capricho, su abyección.

¡Aquellos hombres tenían más fatalidad que nosotros! La fatalidad ya está casi atrofiada en nosotros.

Aunque se mató por ella, no acabó de matarse por ella. Ella fué el desengaño de lo más engañoso. Su última **disculpa convencional** de vivir se había roto. Si hubiese habido una verdad grande y fuerte, la vida no se **hubiese matado.** El se había inventado un solo motivo superfluo, y ese fracasó. Como era de los hombres que juraban, juró que si ella se iba, se mataba, y al verla irse se le disparó el juramento.)

El Botánico es el paseo sencillo del domingo para los que, temiendo el aburrimiento indiscreto de todos los demás jardines de la ciudad, buscan el sitio en que es más discreto, pues si en los demás sitios está el infierno del domingo, aquí está el limbo.

El novio que no es frívolo, el que se va a casar, pasea por el Botánico.

En el Botánico hay una campanilla y una campanita; la campanilla comunica con la casa del guarda y tiene el tirador en la puerta que da a la plaza de Murillo; es la campanilla que pueden tocar todos los fantasmas y los vagabundos de la noche, la campanita está más en el interior y suena sólo para que dejen el trabajo todos los jardineros y anunciar que el jardín se cierra. A ningún niño se le ocurriría nunca tirar de su cadena, temiendo que acuda toda la base misteriosa del jardín al son de la campanita, todos los espíritus exóticos de los árboles, con Dafné a la cabeza. Además no tocan esas campanas, temerosos de que les encierren en el jardín.

En los invernaderos está lo que nos queda de las colonias, de Cuba, de Filipinas, de América: un par de macetas que recuerdan aquellas posesiones y algo como un poco del aire tibio de aquellos países concentrado en las "serre" de cristales.

En los invernaderos vamos como viejas a ver crecer nuestras macetas.

En el otoño del Botánico las hojas de los castaños de indias caen, poniendo muy bien la mano al caer. Los tiestos muertos y vacíos del invierno, unos encima de otros, son como gorros de clowns en hilera. Huele a huesos de fruta abiertos, a castañas de indias rotas, a bayas partidas, a almendras amargas. La magnolia echa en el otoño una piña falsa, la piña que remata los tirsos, la piña torneada, pero sin fondo ni metamórfosis posible.

Al atardecer hay olores de atardeceres fantásticos y lejanos.

Hay en el Botánico diferentes caminos, todos de diferente país y hasta con diferente clima.



Vista del Banco de España y de la cabecera del Prado sobre cuyas repisas se ven unas estatuas que han desaparecido.

Las mujeres, en cierto día de su mes, no pueden tocar a las plantas, por que las secan. Yo veo en ese día una mujer fulva, espléndida, terrible, que ese día quiere contagiar todas las plantas, y aunque la contiene su novio, para evitar que se asuele el Botánico, toca un árbol enorme, hasta un ciprés "piramidalis", que es el árbol que más se defiende de todas las asechanzas, y ese árbol languidece poco a poco y, al fin, muere.

("Fígaro" se planteó la vida sin engaño. No tenía su cabeza llena de obcecaciones, ni entrapajada por la fe. "Fígaro" sentía el día como algo inexplicable y largo, con el que no se acaba de saber lo que hacer. Su inspiración era por eso sincera y breve, y por eso le acogen como lo más respirable todos los adolescentes de corazón evidente.)

Se ven por los sótanos que tiene abajo la Biblioteca del Botánico—todos los libros, ilustrados con pistilos, hojas y flores orladas de letras, como una trigonometría—; se ven unos grandes caracoles marinos, detalle que no se puede olvidar al recordar el Botánico.

En una habitación oscura, en donde pone "Herbolarios", hay una puerta con gatera para que los gatos puedan perseguir a las grandes ratas del Indostán y de la Cochinchina que aquí crecen.

Salgamos del Botánico... Ya estamos otra vez en medio del Prado...

Durante tres o cuatro años estuvimos viendo—hacia el 1918—al pasar por el Prado, sobre la imposta de un extraño edificio de gesto olímpico, este cartel de

"Se venden estas columnas."

¡Si hubiéramos podido comprarlas! Pero nuestra calderilla no alcanzaba, y teníamos que dejar con vergüenza que algo tan esencial de Madrid y con tanto carácter se vendiese tan a pública subasta.

Habían quedado las columnas solas y apuntaladas. Resultaba como un pequeño templo en venta, uno de esos modestos y apócrifos Partenones que tiene toda ciudad, ya que no puede tener los verdaderos.

A medida que pasaba el tiempo parecía que esa "liquidación" no era aprovechada por nadie, y allí iba a quedarse el columnario, aunque afeado por el gran cartel de SALDO. Resultaba demasiado grande la mercancía para que la pudiese aceptar alguien. Era como si colocasen el cartel de "Se vende el terráqueo". ¡Quién iba a cargar con él! Se aman las cosas que después de compradas se pueden llevar a casa inmediatamente.

Vista de la Fuente Alcachofa que estaba al final del Prado, destacándose en el fondo el Observatorio Astronómico.

Aunque ese bello pórtico había sido "matado" como un sello, por el letrero de "Delegación de Hacienda" con que había sido sellada su frente durante bastantes años, le salía a la cara su gracia clásica y dignísima, pudiéndose admirar siempre el orden dórico de sus columnas.

Un día, después de muchas miradas interrogativas de reojo, vimos que había desaparecido el enorme cartel de su subasta. Desde ese día fueron desmontándole muy poco a poco. A veces languidecía la obra, y parecía como si se hubiesen arre-

pentido los compradores. El peristilo, ya sin cartel, tenía días de una belleza como olvidada de la muerte.

La piqueta hubo un momento en que tomó más prisa y más embate y vació el fondo del atrio, viéndose la luz del revés por entre el intercolumnio ausente de edificio ya. ¡Luz de ocaso, largo y perpetuo! Desaparecía la Platería de Martínez, el templo del artífice del Prado.

Esa Real Platería fué construída en el 1792, bajo la protección de Carlos III, y dirigida por el arquitecto don Carlos Bargas. Había, decorando el ático, un grupo escultórico que representaba a Minerva premiando a las Nobles Artes, y sobre el cielo se destacaban una serie de jarrones etruscos. Dentro, después de pasar por un vestíbulo pintado al estilo gótico y con dos hornacinas que contenían dos hermosas figuras, se pasaba a un templete octógono, en cuyo centro se elevaba un gran escaparate vestido interiormente de espejos, que reproducían con mucha brillantez las preciosas alhajas de la platería. A los lados del edificio, y en dos cubos alargados, había, y han durado hasta última hora, dos garitas para que una guardia vigilase el envidiable depósito del tesoro, y hasta en el edificio de enfrente había otra garita para estrechar más la vigilancia (Esas garitas eran parientes de las que hay a ambos lados de la gran puerta del Botánico, nidos vacíos de unos guardias que desaparecieron.)



La Platería de Martínez, que estaba en el Prado.

Trabajaban en la platería doscientos operarios, que hacían toda clase de objetos de metalurgia con esa gracia un poco tosca, pero lejos siempre de los alfeñicados adornos de los otros países, que ha caracterizado a España. Aún se ven en el barrio de Platerías, alrededor de la Plaza Mayor, repujados lejanos a los objetos de Miel y Compañía, que agradan más al burgués, porque él quiere que pese la plata de su casa—bandejas y cubiertos que no usa—, y el arte aligera la materia.

Por una pragmática de Carlos III se ordenó que fuese escuela de los jóvenes que tuviesen vocación por el arte de orfebre, y así continúa la Real Platería en tiempos de Carlos IV, hasta que en 1798 muere su fundador, Martínez, aquel que trajo del extranjero los procedimientos modernos del esmalte, del plaqué y de la máquina de cubiertos. Su hija, doña Josefa, le sucedió. Los tornos de Guillosé, los volantes e infinidad de máquinas y herramientas no dejaron de producir objetos admirables, hasta que llegó del extranjero el "Melchior" o plata alemana—¡alemana!—Ese metal blanco o "Melchior" acabó brutalmente con el blando y enamorado arte de la orfebrería.

Allí, y entrando por entre la sexta y la séptima columna de su intercolumnario, ha estado también el Diorama, con sus variadas vistas y figurillas, espectáculo para los niños y los papás de los niños que, quitándose el sombrero de copa, asomaban un ojo por el objetivo, ilusionados con el mundo desde ese recodo del Prado, tan impresionado para eso.

¡Platería de Martínez! De ella—que también estaba rodeada de un bello jardín, que desapareció hace tiempo—sólo ha quedado el nombre de la plazuela que se forma allí como estuario de la confluencia de las calles de Moratín y de las Huertas, estuario que participa de las menguantes y las crecientes del Mar Elíseo del Prado. "Fígaro", que es el espíritu que reina en el Prado, se siente más perdido aún en la vida al no encontrar la Platería de Martínez, donde él leyó unos versos, mientras en la misma velada daban un concierto las bellas de Mantua.

El Prado, sin esas columnatas, sin ese pórtico, se ha quedado desconcertado. El Prado se está quedando paralítico de un lado—del derecho—, como les ha pasado a muchos grandes artistas.

Es tan intensa la ilusión de elegancia, el deseo de rehacerse que hay en el Prado, que se nota mucho eso al pasar por él. Su nostalgia del pasado es fortísima. Todos sus "dandys", lechuguinos, "tónicos", quieren resucitar en el Prado, y él los echa de menos. La estampa desaparecida quiere reaparecer. En cada árbol se apoya una silueta, y en los bancos se sientan algunas damas que en la sombra de la noche aun parecen bien. Esa desgraciada, esa vieja alma en pena del perrito gris con un gran lazo de raso, se sienta en los bancos del Prado. Su sombrerete resulta un sombrero extraviado de aquel tiempo.



Este cuadro de Espalter representa a la familia del gran platero don Pablo Martínez, en cuyo hogar se consagraban las horas a la música asistiendo a alguno de esos conciertos el mismo Rey.

Las cuatro fuentes de la plazoleta, a la que dan el nombre, son cada vez más el único abrevadero céntrico de los caballos de Madrid. En los días de Agosto hay caballo sediento que las agota.

Destruye la gracia de las fuentes el que metan en ellas los hocicos los caballos, esos hocicos que al meterse blandamente en el agua se vuelven más de hipopótamos y toman el gesto guluzmeador y flotante de los hipopótamos.

Los caballos, bebiendo, parece que pastan en el agua, y parece que hay en ellos la pretensión de nivelarse con el agua, y que la ingurgitarán hasta que, como en los botijos, les salga por el pitorro, por las narices.

Todo el coche parece que se refresca y que toma parte como un barco en ese atracón que se da el caballo. Los cocheros parece que ofrecen a los caballos, si se portan bien, llevarles a refrescar al Prado, y los caballos trotan y trotan, y llegan hasta a tiempo a la estación, gracias a la ilusión de pararse después en la plaza de las cuatro fuentes y beber agua "de la gorda", que es la que prefieren, pues de densa que es se masca. De tanto beber, sacan los caballos bigotes de foca.

Y para completar la idea del Prado ya se puede hablar del nuevo edificio de Correos, que ha cambiado un poco la fisonomía del Prado y las gentes de su abono.

Lo hemos visto crecer, lo hemos visto **de primera piedra,** o sea como quien dice de niño.

Primero, cuando ya se destacaron sus formas, nos dejamos llevar un poco de

la opinión ajena. Todos se metían con él como pasa con todas las arquitecturas siempre. Pero aún a tiempo fuímos los primeros que dijimos a los amigos "no tanto".

Con este edificio llegaban a Madrid oficialmente las arquitecturas inauditas, ni para Dios ni para la aristocracia pura de antes, sino un poco para el comunismo y señalando la cúspide de la democracia. Es esta arquitectura de tipo híbrido y razonable al mismo tiempo, la cosa moderna y estrafalaria, que, sin embargo, caracteriza a Madrid, y más que nada le caracterizará en el porvenir.

Con los edificios modernos nos indignamos. Mal hecho. Eso es ser tan ultramontanos como los hombres oscuros que abominamos. Hay que ver a esos edificios en la hora en que se abren, como los girasoles, la hora en que están más en pompa, frente a un cielo maravilloso, la hora en que cogen la hora de Madrid.

¿Un edificio de correos puede ser otra cosa que eso? No se puede convertir un edificio de correos en edificio religioso ni académico, además de que hoy es inmoral convertir nada en religión.

Poco a poco todos fueron convenciéndose. Había noches de luna en que la luna, que le cae precisamente encima, acentuando el edificio de un modo extraño, nos hacía ver que iba a ser muy madrileño en el porvenir.

Llegó la hora en que le salieron los cristales, que son ya como la dentición del edificio. Vimos el "Vic"—debía ser "virgo virginum"—que escribe la tiza en los cristales nuevos, y esperamos a que lo borrasen. Todo tardaba mucho.



Plaza de las Cuatro Fuentes.

En los paseos constantes por el Prado íbamos viéndolo todo: esas columnas que tienen dos tirabuzones a los lados; esos alfiles que ahora rematan los edificios, como si la Divina Providencia jugase una partida de ajedrez sobre los tejados; los nombres y los números, escritos con un profundo negro en las piedras nuevas, como si el edificio hubiera sido montado en otra parte antes de aquí; esa pequeña escalerita, que da a una puerta que parece de una cervecería, y de pronto un día los mástiles de la telegrafía sin hilos, que convirtieron en un gran barco, en un gran trasatlántico, al edificio.

Muchas veces pensamos antes de que se inaugurase: ¿cómo serán los buzones? ¿Por qué no se le ocurrirá a alguien pintar una serie de sellos extranjeros y raros en sus porches? (Hubieran pintado una decoración bíblica antes que pintar eso. Parece que se tiende a ocultar que el edificio de correos es de correos.) El día de la inauguración, ¿se podrán echar las cartas gratis? ¿Llegarán más pronto las cartas, o se retrasarán en ese cómodo edificio las que van a provincias, mientras, entusiasmadas con la idea de llegar a este edificio, vendrán más pronto las de provincias? ¿Podrán ser admitidas para nuevos pueblos y hasta nuevas naciones? ¿Por qué no han sacado partido, como motivo decorativo de la fachada, de los sellos de lacre? ¡Grandes sellos de lacre posibles!...

Madrid, mientras tanto, se iba quedando con ese edificio dándole su parecido de padre a hijo.

Hasta que, por fin, un día se inauguró, y entramos a verlo. Fué al atardecer, y se nos hizo de noche dentro. Su interior tenía aspectos contrastantes; de pronto se notaba que tenía algo de Teatro de la Música o de Music-hall sin música y sin espectáculo, pero con un aire de espectáculo con el escenario desvanecido, y de pronto también la sensación de barco se acentuaba después en sus adentros y donde hay dos puentes como entre el barco y el desembarcadero.

Subimos a la terraza como esperando que desde ella se viera el mundo y los caminos postales universales. Desde tan gran altura se veía la patina obscura que tiene el Prado, la humedad y la abismada condición de paraje del otro mundo que tiene el Prado; se veía el Retiro y sobre las cimeras de los árboles y como sin su alto pedestal, Alfonso XII montado en su caballo sobre una colina natural a ras de nosotros; se veía el ocaso de Madrid, que nadie contempla, como si todos estuviésemos de espaldas a él, y que tiene aberturas y rasgaduras enormes, como escotillas por las que podríamos escaparnos de este mundo, aberturas de la mina hacia la luz dorada; se veían terrazas frías, terrazas de barrio elegante llenas de ropa tendida; se veía ese palacio cerrado con su coronilla de cinz; se veían los tiburones que hay en el fondo

del agua de la Cibeles; se veía la cuesta inverosímil de la Castellana, y, según frase de Romero Calvet. se veía "el sitio en que descabellar las casas". (Ya había en esa altura las inscripciones de que Fulanito estuvo y se veía que lo que acabará de inaugurar el edificio será que el primer suicida se tire desde esa terraza.)

Una vez abajo vimos que en esos bancos que hay en el "hall" de gran Alhambra que se disfruta vendrán a sentarse y calentarse durante toda la eternidad esos que están sueltos y perdidos siempre, y entre otros, ese hombre alto de sombrero color café. Se veían muchas mujeres, unas mujeres que no se habían destacado ni decidido antes, pero que ahora inaugurarán una nueva clase de aventuras más europeas.

Los empleados de Correos, con un gorrito de cuarto de banderas, resultaban más viejos y más visibles

Se veían dos almanaques. Por fin se iba a saber la fecha oficialmente, pues quizá por no tener almanaques nos hemos saltado unánimemente muchas fechas todos.

Se veía que la adúltera entrará ahora en la catedral del adulterio. Se veía que ya todos irán más elegantes a certificar, aunque se pueda presentir que el Estado acabará arruinándose por el gasto de carbón y luz que se ha metido a hacer.



Visión del paisaje desde el final del Prado junto a la Puerta de Atocha, orientándose el espectador hacia la izquierda, apoyándose en su dintel. (La capilla de San Blas y Nuestra Señora de Atocha se ven al fondo).

Y saliendo del interior se veía que las cartas se tenían que perder más que nunca en medio de tanto maremagnum y tantos laberintos; se veía que los coches que esperan en los patios las grandes sacas parecen estar en el patio de la estación, una estación como las de Suiza y ante los excesivos buzones con títulos fantásticos y desorientantes como el que tenía escrito: "Tajo", y que parecía recibir cartas para el fondo del río; se veía al remitente que levantaba el "ojil" del buzón y gritaba a los de dentro si era por allí por donde debía echar su carta.

Ya han pasado muchos días desde la inauguración. Ya está adosado al Prado, y en el pórtico que da a él han colocado las farolas más dignas del Prado que se podían imaginar.

Sólo falta el reloj. Tiene marcado su sitio y dará una gran vida al edificio, sucediendo el día que esté colocado que entrará en una terrible competencia con el del Banco, echándose a reñir como en una riña de gallos.

También faltan las redes telegráficas, que hay aún en la calle de Postas, como una coincidencia de meridianos sobre el polo, como centro de la tela de araña nacional. Parece que los hilos telefónicos que van a pasar sobre la Central de la Puerta del Sol, en ese bello palomar de palomas atadas, también coronará el edificio. No han hecho ya el traslado, porque les da miedo remover tantos miles de hilos; porque temen que se enreden para siempre; que no haya desenredador que los desenrede.

Acompaña al Prado, le esclarece un poco; atrae forasteros hacia él; en el café de la Montaña ya entra más gente, que escribe una carta y se va; pasan chicos con paquetes y doncellas apresuradas con una cartita de comedia en la mano, pero no ha "inundado" al Prado como se podía temer, aunque lo ha elevado como remate, como si se hubiese erigido con él una especie de Basílica de piedra que le da realce y fija más su importancia.

("Fígaro" es de este edificio cívico y tremendo de lo único que se puede sorprender; pero es indudable que él acepta la novedad. "Fígaro", que se solía parar ante los edificios para escribir sus artículos, ante este edificado en el sugeridor Prado, se le habría ocurrido algo así como "El nuevo edificio de Correos o todo va a ser correspondencia comercial" o "Nuestra Señora de las Comunicaciones o la catedral oscura".)

("Fígaro" representa ese tipo que no necesita ser héroe ni llevar una pesada herencia de gloria, ni ser sabio como una biblioteca para ser amable, digno de vivir, de haber vivido y de pasar a la posteridad, porque entre millones de millones de seres fué él uno de los primeros en sincerar discretamente su naturaleza humana y hallar la manera de hermanarla con la vida.)

Cada vez resulta más definitivo el palacio de Correos, catedral de ábside y agujas quebradas. Ya todo el mundo sabe su camino, y ha aprendido el público a mover las puertas giratorias.

El soportal de los buzones tiene ya sus faroles solemnes, magníficos, con algo fúnebre en su hechura, pero con una dignidad en su forma y en sus aplicaciones de un metal "de ocaso", rojizo y mate, que va muy bien al Prado. Los han puesto un poco tarde; pero se ve que merecen la tardanza, ya que se mecerán una eternidad colgados de sus cadenas.



Los gimnastas del Prado haciendo ejercicio sobre el pretil que corre a todo lo largo del lado izquierdo del Salón.

En ese soportal ya ha habido numerosas citas, y ya tiene sus abonados, los que saben defenderse de la precipitación de todo el mundo y permanecer quietos, vigilantes, gozando del ir y venir de los demás. ¡Hombres serenos y superiores! Los días de lluvia han salvado a mucha gente, que ha aprovechado el rato para echar la carta de aburrimiento por los buzones correspondientes...

En aquella precipitación de echar la carta en la calle de Carretas no había esta tranquilidad con que, gracias al soportal, se puede mirar si la dirección está bien escrita, o si el sello es de esos sellos granujas que se escapan, que se evaden.

Los pasos han desgastado ya un poco las escaleras y los pisos. La tinta ha caído ya sobre los pupitres, y en los bancos, la gente sentada ha pulimentado las esquinas, y hasta los ha hecho cómodos y mullidos de tanto esperar, moviéndose en ellos.

Hasta la ventanilla por donde se echan las cartas para el otro mundo la saben los que han necesitado apelar a esa comunicación.

Los numerosos pedazos de papel que deja tras de sí el correo que se abre con impaciencia, las fajas de periódicos y otros desgarramientos del papel de la correspondencia llenan los suelos y dan un tono de vida veterana al conjunto. La gran merienda de la correspondencia—se podría decir—deja llena de papeles sucios la gran catedral, como las otras merendolas en ciertos parajes de los campos los dejan llenos de papeles grasientos.

La correspondencia del Mediodía llega ahora antes que la del Norte, cuando antaño pasaba lo contrario. La nueva mudanza hace que los coches del Norte lleguen rendidos y tardíos.

De Gran Casino toma también aspecto ese edificio muchos ratos, Gran Casino en que se juega a las cartas.

Ahora se ve con gran claridad al que va a echar una carta al Correo, sobre todo a los que van muy de prisa o a los que llevan grandes carteras. La cosa de depósito que tiene el Correo también se nota, y por la parte del Prado se ven

muchos chicos cargados con paquetes más voluminosos que pesados, y se ven también muchos biciclistas con correspondencia.

En esa catedral con muchos párrocos, ¿se dan cuenta ellos, como confesores, de cuál es la carta del dolor y la de la alegría, la carta que debe ir antes que ninguna y la carta tonta que no debe salir nunca? ¿Se dan cuenta de cuándo acaba súbitamente una correspondencia que sostenían hacía años ella y él?

¡Qué de cartas incongruentes y estúpidas deben entrar por los buzones! Si se abriesen todas—hoy, por ejemplo—en un concurso amplio y sorprendente, no se encontraría quizás ninguna interesante. Habría que declarar desierto el premio de la pluma estilográfica de oro.

En vista de que se llevan las cartas a un edificio tan suntuoso y nuevo, todos tienen el deber de escribir cartas mejores, más profundas y elocuentes, expurgadas de los lugares comunes de las cartas.

Los valores declarados están ahora mejor guardados que nunca por todo el edificio de piedra y de ventanas chicas, que es la cárcel dorada del empleado.

Los matasellos han matado ya, por decirlo así, la inmaculación de sus fachadas, de las paredes, de todos los rincones. Ya no hay ni un solo trecho en que el matasellos del uso no haya impreso su huella.

Desde ese gran Banco salen cartas para puntos del globo que antes estaban olvidados. Las más difíciles dudas se han resuelto gracias a la gran capacidad del edificio. Cartas que se encontraron en la mudanza, y al levantar armarios y muebles, han circulado, poniendo en circulación hasta ese resto de correspondencia que tenían casi medio siglo de retraso por la falta de condiciones del otro local. Hasta una carta de "Fígaro", traspapelada en las rendijas de aquel viejo edificio, ha buscado estos días su destinatario, fallecido, así como su misma calle: la calle del Carbón.

Aún no tiene colgaduras para las grandes solemnidades, ni tampoco elementos para una gran iluminación de regocijo. Tampoco tiene aún reloj—porque lo tiene en "observación" el relojero todos esos años que se toman los relojeros para observar—; pero en seguida estará completo.

Vamos viendo también cosas curiosas: que las esferas que le decoran en lo alto están vendadas, como si tuviesen dolor de muelas; que esas dos escaleritas supletorias y exteriores que dan a dos puertecitas en la misma fachada parece que conducen a la cervecería alemana de Correos, etc., etc.

Sus ventanas son ventanas sin ojos. Apenas se asoman a ellas los empleados. Se ve que nadie se distrae allí dentro, porque la correspondencia del día todos los días es terrible. Sobre todo la que las madames Staël escriben copiosamente. Sólo algún recalcitrante espíritu fraterno del mío no puede apartar la vista del Prado y ha recibido todos los apercibimientos y amonestaciones, aunque el panorama del Prado, que es como el de su eternidad, no le deja pensar en las cosas ruines. Le dejarán cesante; pero entonces se podrá sentar en los bancos del Prado, que son sólo para los que se sienten cesantes de los cargos oficiales del mundo.

De noche vela, vela en grande, con tanta luz como una estación, y parece que sólo admite esquelas de defunción.

Ya todo el edificio está hormigueado, y la hormiga humana no le dejará. Su destino puede hasta mejorar, y es probable que en lo futuro sea el ministerio de la Gobernación de los nuevos movimientos. Los nuevos Poderes quizás le usurpen el local en lo futuro. ¡El también usurpó el lugar de los jardines del Buen Retiro!

Cuando pienso en la roturación y desmoche del Buen Retiro no encuentro adjetivos para juzgar al causante de aquel crimen. En el otro mundo no le tendrán en cuenta sus pecados privados, por mortales y cochinos que sean; sólo le tendrán en cuenta esta expropiación.

Todo está lleno aún de la nostalgia de aquellos jardines del Buen Retiro, que no puede sustituír ningún campo nuevo de recreo.

Los jardines del Buen Retiro, nombre que se dió a la huerta llamada del Rey o de San Juan, tenían un aire clásico, discreto y solemne. Eran la Gioconda de los jardines, y eso, como se comprenderá, tiene que resultar inimitable.

Detrás de ellos quedaban los jardines de Apolo, con lo que se ve que el despojo fué aún mayor de lo que parece. Se necesitaba un jardín puro, de graciosas ondulaciones, de elegante boscaje en sitio céntrico de la población y al lado de sus Campos Elíseos: ese era el Buen Retiro.

En algún rincón del nuevo edificio, como voz de su alma, como ese recuerdo

que queda en las caracolas del mar que oyeron, se oirá un eco de aquellos espectáculos que ofreció el empresario Rossini en el Buen Retiro, con piezas a la francesa, en las que, como dice, hablando de eso, un cronista de la época, "el vestido, o, mejor dicho, el desnudo lo es todo", y se oirá toda la música que se hizo en ellos y un especial murmullo de conversaciones. El que quede dormido sobre los pupitres del trabajo, o esos que velan toda la noche en el edificio, y que deben descabezar sendos sueños, tienen que entrever en sus sueños aquellas reuniones de la buena sociedad madrileña—que siempre es buena mientras no se demuestre lo contrario—, y tienen que sentir las miradas lánguidas de aquellas mujeres descotadas, en las que aún no resultaba falsa ni ñoña cierta inclinación de cabeza en señal de candidez... ¡Qué mujeres de treinta años con un tirabuzón sobre el desnudo cuello deben ver en sus sueños!



Un aguaducho del Prado.

¿Será por eso por lo que tiene algo de templete de la música la nave central del edificio? Un espectáculo está pidiendo realmente todo el interior de la gran basílica, y cuando al anochecer se la ve iluminada y con coches a la puerta, se sospecha que el gran concierto tiene lugar en su salón de la música, donde todos han pagado un sello de peseta para poder entrar...

Aunque no circule ya por el Prado aquel coche de cabritas que amenizaba el Salón del Prado en 1858, circula por él el cochecito de las campanillas, tirado por el más eterno párvulo entre los burros.

El cochecito de los niños es repintado y barnizado todos los años por este tiempo, y es escrito en él de nuevo, con caracteres amarillos, eso de "Recreo de la infancia". El trayecto de ese cochecito resulta interminable, y todo por cinco céntimos. ¿No lo habrán subido?...

Es una alegre tartana que conduce al pueblecito de los niños, al pueblecito en que los niños mandan y el alcalde es un niño, y el cura otro niño, y el general otro niño.

"¡Todos saldrán a recibirles cuando lleguen! ¡Habrá música en la estación!"

Los niños se aturden en el trayecto, tocando las campanillas. Son como monaguillos o como xilofonistas de la campanilla, como esos concertistas de circo que salen a dar un concierto con los gallineros de campanillas y las ringleras de cascabeles, como sartas de ajos y de cebollas de metal.

Cada campanilla tiene un cordón de calzoncillos, y muchas veces se pierde entre los demás el cordón de la buena, de la que ha sonado a campanilla de plata. Generalmente, todas las campanillas son de oveja o de ternerilla en esa gran colección.

Alguna campanilla recuerda la que suena cuando abren la puerta del jardín de hotelitos de las afueras, y otra la agria campanilla de los colegios, y otra la que anuncia la función en los teatros de polichinelas, y otra la que suena en la luz de la mañana, cuando pasan los carros de la basura, y otra evoca la idea más tempranera de las burras de leche, y otra la del pobre ciego, que llama la atención con su campanilla, y otra la del sacamuelas, parlanchina, inacabable, enloquecida, de badajo suelto y taravillesco.

Los niños conocen todas las campanillas, y les interesan o las sueltan en seguida. Sólo los muy pequeñitos se enzarzan con una, como un sonajero, y tiran y tiran hasta que la arrancan.

La música que forman entre todos tiene cierta armonía, y compone, por lo menos, ese esquileo que se siente en el campo durante la noche, en su silencio más penetrante, cuando todo se pone cárdeno de silencioso que se queda, cuando pasa el coche de los niños por ese silencio.

Tocan a Sábado de Gloria todos los días esas campanillas de los coches de niños. Pesan sobre la cabeza, como campanulas invertidas de una enredadera extraña. Hay un momento—sólo un momento—en que todas suenan como si todos los niños llamasen desesperadamente a alguien; pero en seguida se suelta el hilo de una de ellas, que se queda tranquila, como los globos de los niños cuando ascienden al techo de la casa, o como una golondrina de las atadas por la pata cuando se suelta y se queda posada sobre un armario; pero en sus vuelós de libertad lleva ya colgandero el hilo atado a la pata. Hay un niño ladrón de campanillas que se lleva alguna, aunque después le remuerde la misma campanilla, que suena en su casa como la del presidente de la Audiencia el día del juicio oral y le repite algo así como: "Que diga el acusado cómo robó..."



Coche de cabritas que amenizaba el Salón del Prado en 1858.

El niño que va sobre el borrico en esos coches de niños es como el príncipe heredero, el privilegiado, el distinguido. Los estribos, casi siempre cuelgan para una medida mayor, y hay que subirlos mucho para que pueda meter en ellos sus pies el niño. Después es atado a la montura, montura estrecha como esa montura atroñada que llevan las mulas a la espalda. El pobre niño que siente un serio animal debajo teme que se vuelva el burro y le muerda, y va preocupado por los gestos de las orejas del burro, que a veces le parecen pitones, con los que el burro se dispone a embestir a alguien. Hay alguna ocasión en que vuelve la oreja hacia el niño para ver si le oye rechistar.

¡Vano paseo de los coches de los niños! El coche resulta muy pequeñín bajo la gran arboleda del Prado; pero eso agranda en los niños la sensación de bosque, o de gran cosa que tiene el Prado.

Al fin de la tarde se llevan a encerrar el cochecito, y no va nadie dentro de él. Todas las cuerdas de las campanillas, movidas por el viento, solitarias, colganderas, como flecos. ¡Lo que yo hubiera dado por que el coche ese me hubiera llevado a casa! Pero eso no lo ha hecho con nadie.

¡Ah! ¡Además es el coche cuya plataforma no va llena de guardias!

Los futuros artistas del circo dan vueltas alrededor de la barra bruñida de la balaustrada de grande y largo balcón, hecha con cañones cogidos al enemigo, del Prado. Los barristas, esa generación de barristas que se prepara para el circo, ensaya en esta barra, y los de la cuerda floja comienzan por andar por esta baranda, que es como los palotes con relación a la fina escritura de algún día.

Los bancos del Prado tienen doble fondo, como los sarcófagos; son bancos con faltriqueras de piedra, bancos como con trampa, en que han debido caer muchos de los que se han sentado en ellos.

En el Prado ha habido un telescopio, por el que se veía la verdadera luna con sus Guadarramas eternamente nevados y su luz de gas. Se daban diez céntimos, y los niños subíamos a los cielos, como pone en las esquelas de defunción.

Los faroles, como hombres de otra época, son esquineros terribles, cuya novia nunca baja a la calle, ni sale siquiera al balcón.

Lo que pase por delante del obelisco tendrá más perpetuidad que nada. El obelisco—como casi todos los obeliscos—se impresiona por todo, y como su símbolo



Los elegantes del Prado en 1825, por Gustavo Doré.

es tan genérico, perpetúa y representa esencialmente a todos los que han pasado, muertos o vivos, frente a él y le han rezado la oración del obelisco. ¡Grandes indulgencias!

El Prado está lleno de esos árboles anchos y copudos de Madrid, árboles para subirse a ellos y para ver la procesión o la fiesta comodísimos sobre su meseta, como la de un frutero.

Los bueyes son toros maduros, y tienen tipo de cordobeses.

Por los andenes del Prado pasean esos caballeros que, aunque cada vez están más pobres, siguen conservando su prestancia, su altivez y sus grandes bigotes en punta, como de Napoleones terceros. Son los mismos caballeros de antaño, a los que, según la descripción de una fiesta del siglo XVIII dada por la condesa-duquesa de San Lucas en los jardines que el conde de Monterrey tenía en el Prado: "Sirvieron una cantidad de platos a través de la verja, pues había muchos caballeros y señores que por la parte del Prado se los pedían." (Esos hidalgos hambrientos son los mismos también que en las recepciones del Ayuntamiento piden con voracidad bocadillos y ese Champagne de las recepciones oficiales, que es "sidra-Champagne o, a veces, sólo sidra natural.)

Ahora le falta al Prado un final rústico, la parte esa de atochar (espartizal), o de oliveral o de carrascal que tenía. (El Carrascal de Vallecas, a juzgar por to-

dos los datos que figuran en el fuero otorgado al Concejo por Alfonso VII, comenzaba en el Prado de Atocha.)

Pensando en "Fígaro" recuerdo unas palabras de Ramiro de Maeztu, de las más acertadas que se han dicho sobre "Fígaro". Sobre poco más o menos, dicen que "lo que puso una pistola en la mano de "Fígaro" fué tanto la soledad como la pasión contrariada. Estaba solo. La índole de su inteligencia penetrante le aislaba. Ni "El Solitario", ni Mesonero Romanos, ni Espronceda, ni Gil y Zárate, ni Bretón de los Herreros, ni ninguno de los hombres de su tiempo podía ser su camarada. Tenía público, admiradores y Mecenas, pero no camaradas, que un día le allanasen la soberbia con pertinente crítica y al siguiente le despertasen el estímulo dándole motivos idales de trabajo y de vida. "Fígaro" podía sentirse por la mañana Dios y nadie por la noche, según los humores; pasaba de un extremo a otro, porque le faltaba el contrapeso de unos cuantos amigos capaces. Y un día se dijo: "Aquí yace la esperanza", y se mató. El dicho tuyo, "Fígaro" querido era inexacto. No yacía la esperanza de tu generación: tú la mataste; eras tú. Y si tú simbolizas el vuelo libre de la mentalidad española, sigues siéndola."

Mirando al cielo del Prado. sobre los árboles, se está en el otro tiempo, en la misma tarde de antaño.

La mujer que se ha perdido, que se acaba de perder, se pasea por el Prado con la mortaja de su perdición envuelta en un papel de periódico.

Por el Prado se pasean los caballeros muertos de hambre, estos caballeros de Madrid que ha habido siempre, porque ya en esa larga descripción de las fiestas que dió la condesa-duquesa de Lucas en el jardín del conde de Monterrey—y cuya latosa descripción, con los estrenos de Quevedo y Lope, los regalos y lo demás dejo a los "abusadores" y "facilones"—se dice que llevaron "gran cantidad de platos a los músicos y representantes y a muchos caballeros y señores que por la parte del Prado se los pedían". (¡Los mismos que en los "lunchs" del Ayuntamiento, del Ministerio de Estado y hasta de Palacio piden, y piden y guardan en sus sombreros de copa con trampa!) (Repito esto porque es conveniente.)

Tan caballeroso y tan distinguido es el hombre que pasea por el Prado, tan dueño de la ciudad es y tanto comparte su poder con los reyes, que Carlos IV, cuando celebraba alguno de sus magníficos festejos en el Buen Retiro, mandaba al Prado algunos guardias de Corps para que reclutasen espectadores entre los paseantes del Prado.

Cuando se ha llegado en el paseo por el Prado al final de él parece que se ha llegado, en pequeño, al final de la vida, que se ha ensayado un paseo todo a lo largo de la vida en un facsímil bastante aproximado.

Sólo ante el monasterio de los Jerónimos—falso Parral madrileño—me indigna un poco la imitación que engaña a todos.

El monasterio de los Jerónimos sólo conserva antiguo lo que en ruinas se conserva de su claustro y el dintel de su puerta principal; todo el resto es mentiroso y, sobre todo, esas dos torres que le caracterizan, como dos orejas puntiagudas. No es en nada verdadero ese monasterio, que se edificó en el Prado después de derruído por insalubre—les daba muchas tercianas y cólicos de Madrid a los monjes—el que junto al Puente Verde se construyó por encargo de Enrique IV (el Impotente) en honor de su valido Beltrán de la Cueva (papá de "la Beltraneja"), que tan lucido papel hizo en un paso de armas.

Siempre, antes de cerciorarme completamente, había desconfiado mi alma de ese monumento de yeso con sucia patina amarillenta.

Ya no pongo en él una mirada, pues me parece una mentira que engaña, que aun quiere engañar, al desengañado, que perturba el alma gótica de casi todos: niñas, señoras, señoritas, y jóvenes y señores góticos.

A los caballos les salen aquí aire de señoras trotonas.

Quizás en tiempos sonaron en el Prado relojes más profundos que el del Banco. Las horas que descubre este reloj son las horas en que se gasta el dinero. Es como un "croupier" este reloj, porque es el reloj que dice: "No va más". Son horas de dinero, horas como doblones. ¡Si alguien supiera aprovecharlos! Pero es como la energía del mar: no es posible.

Se amansa el ruido en el Prado, porque se pone a jugar como un niño entre los niños.

Como si fuesen barómetros —no veletas—contra el viento—los velómetros, mejor dicho—, se venden en el Prado muchos molinillos de viento para los niños. El céfiro que pasa por el Prado ahora los mueve con lentitud, habiendo muchos ratos en que ni siquiera se mueven.

No solamente paseaba por el Prado un coche tirado por una cabrita—sino que según me ha dicho una niña de novecientos meses, con la trenza amarrada a su cabeza, en forma de moño pequeñito—, paseaba por él también un coche que representaba un barco.

En la noche del Prado ahora hay, durante los veranos, cinematógrafo al aire libre, y parece que ese artificio es provinente de la luna. Resulta lunar, "alinternada", hija de una especie de linterna sorda esa proyección desvanecida y espectral, hija de un claro de luna desvanecido.

Las sillas son cada vez más numerosas dentro del redil de ese cinematógrafo. Un numeroso público, como el que frecuentaba antaño el Salón, queriendo que se le viese bajo la más fúlgida luz, se congrega ahora en la sombra, deseando que no se le vea.

La proyección parece que se refleja sobre una telilla inconsistente, inmaterial, de papel de fumar. No pueden adquirir vigor ni relieve las figuras, y todas están operando en la terraza o en la escalinata, iluminada por la luna.

Aunque siempre se proyectó sobre la tela que se transparenta, aquí eso resulta más visible.

Hay un público que ve del revés la cinta, y si no lo nota ante el pasaje de las figuras, lo nota en los letreros. Cuando llega la hora de leer las explicaciones sale una cosa árabe escrita de derecha a izquierda. Es otra lengua la suya, es como la explicación de una cinta escrita por un galamatoso.

Hay ya familias enteras que son asiduas a estos cines durante los veranos, y que saben ya leer del revés, proclamándolo en público, y a mucha honra, que todos en la familia saben ver leer al revés. ¡Grandes y refinados castizos! ¡Leer de carrerilla al revés! ¡Cuando nosotros no podemos y nos quedamos en las primeras letras! Como, por ejemplo, "ENTONCES ELLA..."

Todo se nos trabuca viendo del revés la película, y parece que el corazón está al lado derecho, y que los protagonistas se aman zurdamente y que nos mira el ojo del lado izquierdo en el derecho, y el del derecho en el izquierdo. ¡Gran confusión!

Lo único malo de ese cinematógráfo, en que parece la proyección de una proyección de una especie de telescopio del revés e intermediario entre la luna y la tierra, es que en sus sillas habitan las pulgas más enormes de Madrid, grandes como grillos. (¿Cantan el gri-gri en el fondo de las camisas?)

El que se sienta en la preferencia de ese cinematógrafo vago, derretido, espectral, tiene derecho a tres o cuatro pulgas por lo menos, y los otros, tal vez a menos, tal vez a más.

Yo sería incapaz de distraerme de la visión del Prado por la del cinematógrafo, y me entretengo en ver ese paseo de arrayanes que ponen en lo alto del cielo lo alto de los árboles.



La puerta principal del Botánico en el Prado.

Mientras este libro se hacía, el sórdido café entrañable del Prado ha variado y tiene visillos de encaje inglés, y está recién pintado de amarillo, y la verbena de San Juan se ha ido más allá, al paseo de invierno, al paseo de Atocha.

Mi paseo por esta nueva verbena de San Juan ha sido triste y al mismo tiempo alegre, porque las eternas inquietudes hacen olvidar las reivindicaciones. He aquí mis pasos.

Esta nueva verbena de San Juan en una calle distinta a la suya, lejos del Prado, que era su paraje ideal, resulta una verbena desconocida, con luces distintas a las de antes, una luz del día soslayada y rara, y en la noche, con una luz de noche que no es la del Prado, sino otra más de la noche de los campos abiertos, con un cielo que llega hasta Sevilla, ese cielo amplio, en el que se acucia el observatorio astronómico, y en el que la luna se tima con el observatorio cercano, donde los viejos astrónomos son como viejos de proscenio que miran con unos enormes gemelos a la primera diva.

Ya no es esta verbena la de San Juan Bautista, ya es la verbena, no sé por qué, como de otro San Juan, como de San Juan Nepomuceno.

Achabacanada y agriada por la vecindad de ese doble ministerio, de ese doble monstruo, de Instrucción y de Fomento, se resarce de eso más lejos, adornada con la torre de la Basílica de Atocha, bello campanil que recuerda remotamente el de Florencia, y limitada por el panteón de grandes hombres, alegre, dichoso, supremo, y cuyas tertulias silenciosas se han sentido animadas por las músicas y los gritos de las verbenas. (También la adorna, y la va bien, el que da al Museo Antropológico—tan barraca de verbena—, y en cuyo frontis lee todo el mundo el "Nosce te ipsum" conveniente.)

Pudo salir peor que ha salido este ensayo de verbena nueva.

Ya no hay de aquellos farolillos japoneses que, con poco viento que hubiese, jugaban, saltaban sobre el alambre, se columpiaban y a veces, como el siniestro de uno de esos globos de papel de seda que se lanzan encendidos al cielo, ardía alguno. Y ya tampoco hay de aquellas cadenetas de papel, como hechas por los niños. (Sólo la verbena del Carmen aparece enguirnaldada con ellas.)

Las hortensias son cada vez más hermosas, más faroleras, más fenomenales. En esta verbena las hay enormes, con sus flores, a las que se podría llamar "floripondios", y que resultan, mezcladas en la misma maceta, una de un rosa pálido; otra de un rosa más fuerte y alguna de un temprano rosa-amarillento-verdoso. Se ve que estas magníficas hortensias necesitan una mujer para ellas solas, y si se nos ocurriese comprar una de ellas, nos tendríamos que casar inmediatamente, sólo para que la esposa la cuidase y se dedicase a ella como la que se dedica a sus hijos.

Se debe comprar un botijo de gallo, como de estos verdaderos gallos disecados, cuya cresta está tan bien puesta, y que dan frescura al agua, porque saben buscar muy bien los sitios de sombra.

La locura de los columpios es cada vez mayor, y, sobre todo, a las niñas les entra la voluptuosidad suicida. Esa niña, cuya belleza debuta ante un gran público, se mece en una barca como en pleno naufragio, en pleno "Gulf-Stream". Hay un momento en que las faldas revuelan como ellas querían, y otro momento en que, completamente desprendidas, las contienen y las salvan las miradas apasionadas del público. (Ellas lo saben y provocan al hombre, al que excita el ver la mujer que quiere matarse; sí, saben y sienten así que provocan un amor quejoso y vigilante.)

A la barraca que habíamos visto en otra verbena, a esa barraca en la que se exhiben dos chotillos unidos por la cintura, y que, después de anunciar tanto en la portada el fenómeno, resultaba que no estaban ni vivos ni frescos y conservados en un frasco de alcohol, sino disecados, le ha salido una competencia terrible con el "monstruo doble teratópago", o sea dos niños unidos por la cintura.

No está mal la verbena de San Juan, aunque sea del Nepomuceno, y no esté en medio del Prado; aún está perfumada de esencia de verbena; se ven a las mujeres pobretonas y presumidas con esos trajes de enagua que son tan de verbena, y por todo eso, habiendo ido para dar una vuelta, se queda uno cogido por la gracia madrileña de las verbenas, como enredado por el fleco del mantón de la verbena.

¡Y siempre ya seguirá siendo la del Prado!

El Prado, en el verano, cuando llega San Juan, está tostado y acaramelado por el sol. Sus barquillos —las "consolaciones" de antaño— son, por eso, el producto de ese sol fértil del Prado y de la canela y el encanto del ambiente. Son como el maná evolucionado que cae en las barquilleras.

Así como los barquilleros de otros lados se arruinan numerosas veces, y resulta que cuando abren con dificultad sus cajas no tienen apenas barquillos en el fondo, los del Prado siempre tienen la barquillera llena y reparten también entre los niños esas pálidas y "hostiadas" lunas de la tarde, que son las grandes obleas.

En el verano es el momento en que se hinchan del azul del día los globos para los niños, y por eso tienden al cielo, y muchas veces se escapan por el deseo terrible que tiene el morado de fundirse en el azul, de ser azul. ¡Qué desesperación de ser morado tiene el morado!

En el verano no sopla en el Prado ni el ábrego ni el austro, ese viento que sopla de la parte Sur. Todo el Prado se estanca, está quieto en la luz y en el aire coagulado, tanto, que parece como una fotografía iluminada—escarabajeadores verdes y portentosos azules—, como fondo de uno de esos panes de cristal, que dan más fuerza a los colores.



El emparrado del Botánico.

El Botánico se pone tropical en el verano. Las plantas tropicales, y todo lo cubano, y todo lo filipino que hay en él se acicala y se destaca. La planta del tabaco, que está en los invernaderos, huele a caruncho.

Los árboles claros se anteponen a los otros, y son como las blusas del jardín los árboles y las plantas veraniegas.

En el verano cantan en el Botánico las chicharras, los ruiseñores, los pardales, las alondras y, de vez en cuando, alguno de esos canarios flautas, que lanzan el hilo telefónico de su canto hasta su país de origen.

En los invernaderos se ahogan las plantas, aunque tienen bajadas las largas persianas sobre las cristaleras.

Aun con todo el calor que hace en el Botánico, si se sienta uno o se guarece bajo el quitasol del árbol del Paraíso, se siente uno en el Paraíso.

Los saltamontes, que ya han llegado a Madrid—salen del Escorial unos días antes del día perfectamente estival—, se pasean por las avenidas del Botánico, siempre de dos en dos emparejados y dando saltos de un modo que parece que juegan al paso.

El obelisco del Dos de Mayo marca para mí las horas, como el de Sesostris, erigido en honor de Augusto, servía de "gnomon", o sea de gran manilla fija, aunque de sombra móvil para el gran reloj trazado en el campo de Marte.

Antes el Botánico tenía horas de retiro y soledad, días, meses enteros en que daban la orden de cerrarlo y se apartaba de todos como si cada árbol se hubiese ido a un lejano lugar de origen.

Ahora nunca sucede eso y podemos ver el Botánico de otoño y de invierno, dejando la huella de nuestros zapatos y recogiendo la llorosa y compungida confidencia del jardín.

Muchos caminos con nombres distintos se han formado en el Prado, como si cada tres generaciones se quisiera variar el mundo variando sus nombres. Siempre ha habido diferencias. Al lado del paseo de coches, hacia 1840, había una línea de toscos marmolillos y otra paralela, a corta distancia de asientos de piedra, formando una estrecha calle, que se llamaba "el gabinete" y separaba el salón de coches. En ese reducido espacio gozaban su intimidad los de más noble alcurnia y se sonreían al pasar como si los biombos azules del espacio les separasen y les aislasen.

Con una raya escrita con un bastón sobre la tierra traza siempre el elegante el límite de sus dominios, y ¡guay! del que penetre en ellos. La fuerza de su desdén y

Romántico dibujo de la plaza de las cuatro fuentes. (Colección Félix Boix).



La ermita del Angel en el Prado, primitiva ermita del Santo Cristo de la Oliva, junto a la puerta de Atocha, primitiva puerta llamada de Vallecas.

sus miradas en colaboración con las mujeres logran empujar hacia fuera al entrometido.

"Fígaro", pálido, demacrado, blanco como el mármol en su lápida, tiene en sus ojeras el color del polvo que han ido dejando en ellas los días. Cada nueva alusión da vida a esa efigie y parece que al verle en el día en que le han aludido tiene él más animada catadura y una mirada más intensa. Como si detrás de la máscara de mármol estuviesen sus ojos de aguda mirada.

En el Prado aun el que no quiere, aun ese ser atrabiliario y obcecado que corre en persecución de alguien o de algo, tiene que saber que pasea, tiene que tomar aire de hombre que pasea.

El Prado es, en los días de calor, el fresco río de fuego. El asfalto está en ebullición, y va en racha interminable a abrasar más la Mancha.

Las viejas que están sentadas en los bancos de abultada panza de piedra, largos, sólidos y macizos como sepulcros, parecen estar sentadas sobre la tumba de sus hijos... Enlutadas, sentadas de medio lado, mirando más al banco que al paseo, parecen meditar sobre sus muertos.

Sobre el asfalto del Prado no se oyen las ruedas de los coches, sino el "¡Clof!", "¡Clof!" de las pezuñas de los caballos.

Estos grandes árboles del Prado tienen una gran serenidad en la hora abrumadora del estío. La alarma es la que llena de pánico y de ardor el verano de Madrid. Todos hablan del calor como se habla de la peste, del incendio, de la guerra asoladora. ¡Mentira! En el Prado es donde hay menos alarmismo, porque si bien podría ser ese sitio de menos alarma el Retiro, al Retiro se van los huídos, los prófugos, los que aun allí se limpian el sudor con las grandes sábanas de sus pañuelos y hablan los muy patrañeros del calor inaguantable.

El Prado es el verdadero fondo para pintar el "Paseo" de Madrid. La Castellana se alarga más rústicamente, más igual, sin ambiente, sin carácter. A lo más, tiene la frescura y la elegancia tonta. Todo es igual en el largo paseo ese, desde que principia en Recoletos hasta el final. Quizás grato paseo de excursionistas, de gentes higiénicas, de gentes que quieren bordear siempre el barrio de Salamanca, de amigos del paseo obsesionador por quitarse la pancita o por hacer esa excesiva higiene, que es como una especie de "morismo" que llena su cabeza, pues esa manía tiene la misma torvedad y la misma voluntad que todas las cosas de los genízaros.

El Prado es de una euritmia admirable—no en vano está la estatua de la euritmia entre las estatuas que le bordean en el ala estatuaria del Museo—. Y es eurítmico porque tiene mucho cielo, y al mismo tiempo sus calles de árboles son espesas, aunque con sus linternas correspondientes en lo alto.

Está alto, y, sin embargo, se toca este cielo del Prado; es incomestible, y, sin embargo, se prueba; no tiene borde su estanque azul, y, sin embargo, se puede meter la mano en su líquido azul.

Las visuales que recorren el Prado lo recorren casi a todo lo largo. Su perspectiva debe ser la perspectiva del espíritu, porque vemos las almas que se van acercando desde que penetran por la puerta del salón.

Los cimientos de estos bancos del Prado son cimientos inmensos, que por eso han conseguido que éstos sean los únicos bancos que no se hunden con el tiempo.

En la memoria del Prado, en su cuarta realidad, están esos ventorrillos que había en su tránsito. En ellos tomo de vez en cuando un vaso de vino del Prado, el vino azul que sume en unas tenues sombras azules de una embriaguez azulada.

Muchas veces busco el sendero primitivo que era antes el Prado. Me tengo que dedicar a dejarme llevar por el magnetismo. Me vendo los ojos a mí mismo, y voy

Otro grabado antiguo de la entrada del Prado. (Colección Félix Boix)



Visión del Prado el año 89 del siglo pasado.

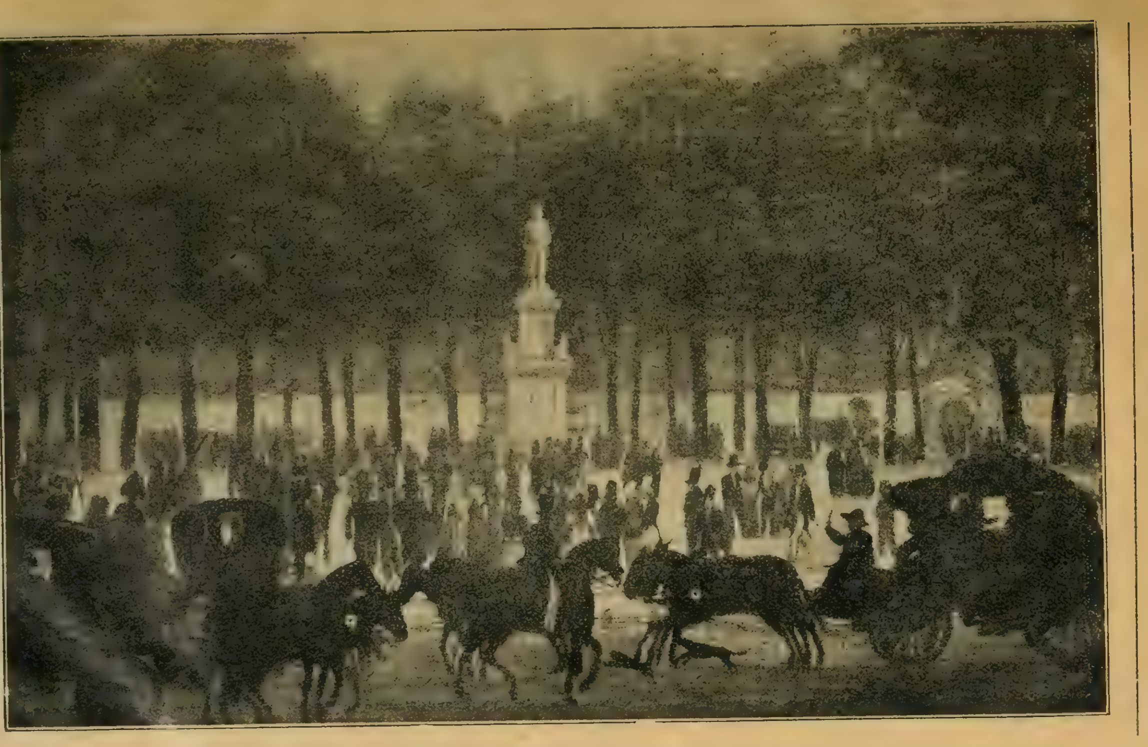
"encontrando" el sendero. Mis pasos lo dibujan, lo trazan, aunque alguien crea que voy borracho al ver la desigualdad con que camino y los zig-zags que hago.

El sendero del Prado creó el Prado. Si no hubiera habido ese sendero estrecho, como trazado por nadie, que como raya de una cabeza era la raya de todas las tierras de alrededor, todos hubieran tirado por otro lado. Esas sandalias que primero pisan unos matorrales y vencieron su maleza y crearon la vereda, son los que crean las orientaciones y los caminos.

Esos charcos que se forman en el Prado recuerdan a aquellas viejas que lavaban en el arroyo que pasaba por allí, una verdadera avenida de agua que pasaba por detrás de los bancos de hoy.

En mi paseo por el Prado pienso que debía figurar comprobada la cifra de 192.780 pies cuadrados; pero como mis pies son pies rectos y estrechos no puedo recogerla. SOLO EL ELEFANTE PUEDE CONTAR, PASO TRAS PASO, LOS PIES CUADRADOS.

El color tórtola es el color del invierno en el Prado. Ahora, en el verano, pasan las cursis vestidas de blanco, y los cursis vestidos de blanco.



La circulación del Paseo del Prado frente a la fuente de Apolo, según un cuadro de primeros del XIX.

¡Que no le abrumen las casas de vecindad de veinte pisos y con numerosos interiores!... ¡Que no sufra una humanidad en uno de esos grandes pozales, y que ese sufrimiento anuble y entontezca el único refugio para la serenidad y la sensibilidad!

¡Que pesen sobre él las grandes desgracias antes que los rascacielos de ladrillo, las grandes desgracias, como la que pesó sobre el palacio del duque de Lerma, tan honrado con sus visitas por el Rey Felipe III—con su magnífica huerta, en la que se llegaron a lidiar toros—, y a cuyo pesar y abandono, cuando en el reinado siguiente le ocurrió caer en desgracia, compuso Quevedo ese soneto que termina así:

"¡Oh, amable, si desierta arquitectura,
más hoy al que te ve desengañado
que cuando frecuentada en tu ventura!"

El Prado, no obstante ser el paseo ideal de Madrid, está abandonado por el gran mundo. El, que ha visto congregarse bajo sus frondas el todo Madrid verdadero porque aún no había trenes, ahora sufre solo, aunque dichoso, como si siguiese siendo la "serre" de lujo que fué. El apetitoso sabor a sandía madurísima y fresca que se disfruta bajo sus ramas en la hora tórrida, es algo que ni con la sintética sandía en el plato disfrutara nadie.

Más irremediable y más ingrata resulta, sin embargo, la soledad del paseo de las Delicias, la auténtica y rampante continuación del Prado, su estribación hasta un verdadero límite, ese verdadero límite que es lo único que pone término a las rectas que se continúan con continuidad de avenida o el río o la montaña o el mar. A este camino le pone término el Manzanares.

Así como en la soledad del Prado es fácil evocar su pasado, en el paseo de las Delicias nada se evoca, y sólo se siente un ambiente plebeyo y arrabalero.

¿Quién se puede imaginar que haya sido un paseo elegante por el que han paseado los sombreros de copa y los más finos chales y mantillas de España?

El paseo de las Delicias—no hay que confundirle con el llamado "Delicias de Isabel II" (hoy la Castellana) y también favorito de la elegancia—fué muy agradable camino hacia el paseo del Canal y hacia el embarcadero, donde hasta flotaban algunos barquitos y falúas. (¡Ha adelgazado el Manzanares, indudablemente!)

De la Puerta de Atocha brotaban tres caminos en los tiempos en que el paseo de las Delicias era "muy frecuentado por las personas que pasean por conveniencia y sin otro objeto que respirar un aire libre". Eran tres caminos, en cuyas desembocaduras, así como en la de la calle de Atocha, había cuatro fuentes para que se abrevasen los caballos. Los tres caminos eran el de Valencia para Vallecas, el de las Yeserías y el paseo de las Delicias.

En el de las Yeserías había muchos figones y despachos de vino, una casa de vacas, el parador de Guillermo—gran comedor de grandes tasajos de todo, ¿qué fué de ti?—, dos juegos de bolos—ahora juegan a los bolos con las calaveras de los jugadores—y un columpio—ahora se columpian en las raíces que cuelgan en las grutas de la tierra—; después el cementerio de San Nicolás y San Sebastián y cinco yeserías, que son las que le dieron nombre—hoy se agotó todo su yeso en las construcciones, y han desaparecido.

Por el paseo de las Yeserías ningún elegante se atrevía a pasar. Todos, después que se cansaban de pasear por el Prado y después por el paseo de Atocha o de invierno, "que se encontraba al abrigo de los vientos", tomaban el camino pacífico de las Delicias, que, según las medidas de estos libros que parecen no mentir, es más largo, desde luego, que el Prado y algo bastante más que Recoletos y la Castellana unidos.

Por allí, los elegantes, continuaban la confidencia más larga, esa confidencia que no acaba ni después de haber dado varias vueltas de circunvalación a la ciudad, y por él avanzaban, despacio y pálidas, más bellas que nunca, esas mujeres delicadas y llenas de dedicaciones por su caballero, que tanto enferman en los inviernos de Madrid y que asustan con su poquito de sangre por la boca—¡pobre cordero degollado!—al que las adora.

Hay un poco de veneración en mirar a Apolo, en pasar y repasar ante él. Nadie ha visto lo que de gentílico hay en esto. "No sólo era el buey Apis, sino Apolo también, ídolo de la idolatría", se les diría, sacando la consecuencia de que ya que sienten la adoración de Apolo sean consecuentes con ese sentido de la vida.

El marqués de Mendigorría, más hombre distinguido y de espíritu diáfano que el cronista que encierra en tipos de imprenta cerrados, espesos y tópicos la fluidez del



(Curiosísimo e [illegible] grabado antiguo representando el Prado).

(Colección Félix Boix.)

"aire" que tenían las cosas del pasado: "Las clases medias frecuentaban por lo general el Retiro, visitando los domingos la casa vieja de Fieras, y paseando alrededor del prosaico y monótono estanque. También lo verificaban en el Prado, por el lado de Recoletos y de Atocha, recorriendo las alamedas del Botánico, cuyas puertas sólo se abrían en las temporadas de la primavera y del verano. Por último, como ya he dicho, eran las clases principales por la riqueza y la alcurnia las que guardaban el natural privilegio de pasear en el salón del Prado, aunque para ello no había otro derecho que el establecido por la costumbre. Parecían estar separadas estas clases de las otras, casi por abismos, sin que con ello resultaran antagonismos ni rivalidades de trascendencia. Verdad es que a nadie se prohibía entrar en salón tan favorecido; sin embargo, el orgullo de raza establecía las diferencias, unos porque no querían parecer menos que los otros, y los de más encopetadas pretensiones, por no confundirse con los más modestos. Aquel paseo parecía tener puertas franqueadas sólo a títulos nobiliarios o a altas posiciones pecuniarias. Dentro del mismo salón había sus preferencias de clases y de edad, que hacía conocer la riqueza del vestido de las señoras y el porte de las más jóvenes. Al lado del paseo de coches, una línea de toscos marmolillos, y otra paralela, a corta distancia, de asientos de piedra, formaban una estrecha calle, que llamábamos "el gabinete" y separaba el salón de los coches. En este reducido espacio, que tenía la ventaja, por su escasa concurrencia, de ser el más visto, de lucir mejor los trajes y estar más en contacto con los que paseaban en coche, reuníase lo que entonces se llamaba la "nata" de la sociedad. Por ningún estilo hubiérase permitido a las amas y criados, con los niños que cuidan, invadir el salón. Sólo ocupaban las calles contiguas y paralelas a él, donde podían ser vigilados por sus amos, hasta que más impunemente lo llenaron todo. La moda, la elegancia y las pretensiones de los hombres llegaba a la trivial pretensión de pasear, a riesgo de ser atropellados por algún coche, entre éstos y la línea de los marmolillos, que más tarde fueron sustituídos por una ordinaria y gruesa barandilla de bronce, que como una muralla de la China separa la gente de los coches, de la que pasea a pie con toda confianza. Entonces nunca se dió el caso de que ésta fuera atropellada por aquéllos. Yo era uno de los que gustaban estar más cerca de las damas que llegaban en sus carruajes, y fuí, con Manuel Concha y todos los de la Guardia, de los primeros en establecer la moda. Pero eran a la sazón pocos los coches de personas pertenecientes al comercio, y sólo entre ellos recuerdo el del marqués de Casa-Riera, que entrara en aquel apartado. El paseo a pie era entonces de la más alta elegancia, y más preferido que el de coches.

....

....

Con mejor sentido que ahora y mayores conveniencias para la salud, las gentes de aquella época paseaban en invierno los domingos y días de fiesta, desde la una de la tarde, después de la misa, hasta las cuatro y media, hora en que se retiraban a comer y en la cual comienza ahora la vida de sociedad moderna, haciendo gala de despreciar los catarros, reumas y pulmonías que pueden recoger en sus paseos, generalmente nocturnos. En todas las estaciones, el Prado era la cita y reunión de la sociedad elegante. La juventud de Madrid gozaba del privilegio que en ninguna parte ha tenido, de encontrar diariamente, a hora marcada y en delicioso paseo dentro de la ciudad misma, un sitio en donde de fijo estaba cada uno seguro de verse con la mujer de su pensamiento o de su ardiente culto. Dos o tres horas reunidos en tan limitado recinto, dando continuas vueltas a pie y en tan inmediato contacto, satisfacía a los más exigentes, formándose las relaciones más estrechas, porque, aun a despecho de las terribles oposiciones de padres y de tutores, entonces muy frecuentes, nunca faltaba ocasión de deslizar un atrevido billete, una inteligente mirada o la más inocente pero significativa frase. Eran, por lo tanto, más felices que los actuales aquellos jóvenes, que tantas facilidades tenían para alimentar un amor constante, así como las doncellas para aprisionar en sus grillos a los que no podían defenderse en aquel campo de batalla, tan estrecho como estratégico para el bello sexo. La juventud de la época podía, pues, presentar con grandes probabilidades de éxito los títulos de su particular distinción.

Teníamos, sin embargo, los oficiales de la Guardia tiempo para todo. Aún no había amanecido cada día, cuando ya estábamos en los cuarteles pasando revista y preparando las compañías a la luz artificial, para presentarlas en aquel mismo salón del Prado, donde nos amanecía siempre, recibiendo en parada al Conde de España, que con constante celo revistaba los Cuerpos, formando y afirmando en ellos la disciplina, la instrucción y el espíritu. Después de un desfile en columna de honor, desde la cual los oficiales con sus espadas y las banderas inclinadas saludaban al general, retirábanse las tropas a los cuarteles. Otras horas del día destinábanse en el campo a la



Antiguo aspecto de la bajada al Paseo de las Delicias, frente a la esquina del Hospital General, según un cuadro de la época.



Entrada del Prado a primeros del siglo XIX, según un cuadro de la época. Al fondo se ve el hoy Ministerio de la Guerra.

instrucción con los regimientos o a las academias; pero nunca los oficiales faltaban a los paseos, porque las ocupaciones del servicio eran compatibles con las horas en que, presurosos y galantes, volvíamos al Prado."

Los novelistas del pasado necesitaban que por lo menos dos capítulos de la novela se celebrasen en el Prado. Entre ellos se destaca Rosalía de Castro por el carácter inefable de su novela "El caballero de las botas azules", esas botas que relucen y que son tan prodigiosas que se reúnen todos los zapateros para tratar de ellas, porque hay aristócratas que quisieran unas iguales y no pueden encontrarlas. El caballero de las botas azules, claro está, como no tenía más remedio que suceder, se pasea por el Prado luciendo sus botas tenuemente iluminadas de azul, un poco así como las bolas de las boticas o como la luz de la lámpara a través de la esbelta botella azul de la Manzanilla o de la medicina.

"¡Qué aspecto nuevo y deslumbrador — dice Rosalía de Castro — presentaba el Prado el domingo por la tarde; qué mágica y extraña perspectiva!" Y fijándose en las damas que pasean por él, dice: "Vedlas luciendo el alto y revuelto peinado llamado "montaña alpina", sobre el cual un disecado aguilucho tiende las nevadas alas y posa el encorvado pico."

Los extranjeros siempre han encontrado en él el más bello paseo de Madrid. Así, el autor de España en 1810 dice:

"Al ir a Palacio atravesamos el Prado, que ya he citado como el paseo más bonito de Madrid. Casi siempre está lleno de gente, cuyos trajes y carruajes divierten un poco a los extranjeros. En estas dos cosas, los españoles están en retardo lo menos un siglo, comparativamente con los franceses e ingleses. Algunas veces se ve un carruaje pesado, cincelado y cubierto de dorados, tirado por dos mulos con arneses de terciopelo carmesí, adornados con innumerables hebillas y placas doradas y con las crines trenzadas y adornadas con cintas de diversos colores que caen en gruesos nudos. Estas carrozas, que van al paso, están guiadas por un cochero que lleva sujeto el pelo por una redecilla, una librea cargada de galones de oro y un enorme sombrero de tres picos. Todo parecía haber servido a varias generaciones. A través de los cristales se veía a un grande de España en traje de Corte. Si se para uno un momento para contemplar el extraño carruaje, se ve muy pronto distraído por un moderno hidalgo o advenedizo carruaje de fabricación francesa, que pasa como un relámpago tirado por seis u ocho mulos y seguido por varios jinetes muy bien vestidos. Entre las personas que van a pie, el contraste es también muy grande, debido a la extraña mezcla de oficiales franceses, de comerciantes españoles y de ciudadanos de Madrid, que mutuamente se burlan de sus trajes sin advertir su propia ridiculez, porque se ve claramente que el tocado ha sido cuestión de mucha importancia para todas las personas que vienen al Prado.

Este paseo comienza en el antiguo convento de Atocha, que ahora se ha transformado en un hospital militar, y se extiende hasta la calle de Alcalá en cuya entrada hay una fuente magnífica que representa a la diosa Cibeles en un carro arrastrado por leones, en medio de un pilón de mármol blanco. Tiene en la mano una llave, como diosa de las ciudades y de las guarniciones. Esta estatua está muy bien hecha."

Continuando este autor con la descripción de Neptuno "que tiene en sus brazos a Anfrite, su esposa, ambos colocados en una concha arrastrada por hipopótamos (? !) y seguida por Nereidas (? !)".

Los árboles de mancha oscura y voluntariosa dominan el paisaje y el panorama del Prado. Son árboles geniales, árboles artistas de crespa melena que se engrandecen sobre los hombres, y que tienen silueta rizada. (Son los árboles de tres ramas de igual importancia y desigualmente distribuídas en el tronco.)

("Fígaro" no se extingue. Es el diputado que representa en las Cortes del presente a muchos millones de hombres. Continuará siendo su representante en la legislatura del siglo que viene y del otro. El gran "Fígaro" de ojos preñados de lágrimas de melancolía, ha mirado su reloj y se va. Va a suicidarse como todos los días a la misma hora de aquel día célebre. No puede soportar el día sin aligerarse de sus penas ante la gran hipocresía que lo retiene todo y la gran brutalidad que lo desorienta.)

Nuestros diálogos del Prado tienen momentos en que salen a la superficie como los ríos que van ocultos:



El comienzo del Paseo le las Delicias, continuación del Prado (según un cuadro de la época).

Subida a la calle de Atocha frente a la fuente de la Alcachofa.



Aspecto del Paseo del Prado frente al Museo. En el sitio señalado con un (1) se ve uno de los pequeños puentes que había sobre el sucio arroyo abierto, que recorría toda la Castellana y el Prado a lo largo, y que hoy va oculto.

Yo.—Dime tu secreto.

Yo mismo.—Parece mentira que tú que me conoces sospeches siquiera que yo tengo secreto.

Yo.—Dime tu secreto... No ves que te soy más consecuente que nadie.

Yo mismo.—No hay secreto... No hay secreto ninguno... No hay ningún secreto como no sea el de las luces y el de las sombras que ya comienzan a encenderse y a apagarse en el final de este largo paseo.



Diferente visión del Prado en el paraje profundo de las cuatro fuentes.
(Colección Félix Boix).

Al pasar por frente a Apolo se pasa como ante el altar mayor, ante el que se abre la claridad y la expectación.

Las parejas al pasar por el Prado se ciñen más que nunca y ella es llevada á pulso por el brazo del varón.

En la noche obscura, espesa, entonada del Prado las lucecitas de los faroles son como sus fuegos fatuos. Los focos eléctricos le hieren como la impertinencia.

Y ya estamos al final del Prado...

Estamos al final, pero no salgamos de él. Retrocedamos. Volvamos a recorrerle. Sólo al salir de él nos desorientamos. Paseemos de arriba a abajo, de abajo a arriba. El paseo de Atocha o de invierno tiene como un clima oriental; pero debemos curtirnos y sentir la sensación remachada del frío y del calor del Prado.



Ramón Gómez de la Serna

Obras de RAMÓN Gómez de la Serna

Entrando en fuego.—1904.

Morbideces. 1907.

El concepto de la nueva literatura.—La utopía.—Beatriz —Cuento de Calleja.—El drama del palacio deshabitado.—1909.

Mis siete palabras.—El laberinto —1910.

La bailarina.—El libro mudo (secretos).—Las muertas.—Sur del Renacimiento escúltórico español.—1911.

Ex-votos —El Teatro en soledad. El lunático.—1912.

El ruso.—Ruskin el apasionado (estudio crítico publicado con la traducción de «Las piedras de Venecia». Editorial «Prometeo». Valencia.)—Tapices.—1913.

El Doctor inverosímil.—1914.

Primera proclama de Pombo.—El Rastro (Editorial «Prometeo». Valencia, 1 peseta) —1915.

Segunda proclama de Pombo.—1916.

La viuda blanca y negra.—Pombo. (Librería Beltrán. Príncipe, 16, 4 pesetas Numerosos grabados.) Senos Greguerías (Editorial «Prometeo». Valencia.) —El Circo.—1917.

Muestrario «Biblioteca Nueva» Sociedad Española de publicaciones, Ferraz, 21. 3 pesetas.) El Alba. (Editorial «Saturnino Calleja».)—Greguerías escogidas. (Editorial «Saturnino Calleja».) Prólogo de Rafael Calleja, 1,50 pesetas.—In Memoriam sobre «Silverio Lanza», y Sus páginas escogidas. (3 pesetas. «Biblioteca Nueva», Ferraz, 21.)—Exhumación de Oscar Wilde (con interesantes grabados, «Biblioteca Nueva», Ferraz, 21.)—Retrato del Señor Conde Villiers de L'Isle Adam. «Biblioteca Nueva»).—Retrato del Gran Mariscal Barbey d'Aurevilly («Biblioteca Nueva»). Remy de Gourmont («Biblioteca Nueva»).—Teodoro de Banville («Biblioteca Nueva»). Gerardo de Nerval («Biblioteca Nueva»).—Edgard Poe («Biblioteca Nueva». Con grabados.) Los Goncourt («Biblioteca Nueva») 1918, 19 y 20.

El libro nuevo (4 pesetas Editado por el autor Los pedidos, María de Molina, 44). Virguerías (4 pesetas. Los pedidos al autor. María de Molina, 44).—El Cubismo y todos los ismos (con numerosas ilustraciones «Biblioteca Nueva», Ferraz, 21).—Variaciones: «A» (numerosos grabados, 5 pesetas, María de Molina, 44.) El Prado, numerosos grabados, 2,50 pesetas. (Fernando Fé, Puerta del Sol, 15).—Toda la Historia de la Puerta del Sol, 1 peseta. (Fernando Fé, Puerta del Sol, 15), 1920.—El Doctor Inverosímil (Atenea, S. A.) (encuadernado en tela, 4,50 pesetas) Dos tomos de teatro (Blanco-Fombona, editor. Sociedad general, Ferraz, 21.)

EN PREPARACION

Toda la Historia de la Plaza Mayor, 1 peseta.—Toda la Historia de la calle de Alcalá, 1 peseta.

Pombo (segundo tomo, con texto completamente distinto y numerosos grabados inéditos, 5 pesetas).

Los muertos y las muertas (con ilustraciones de Romero-Calvet).

Madrid, su historia, sus anécdotas, su espíritu: numerosos grabados, 10 pesetas).

(Todos los libros cuyos editores están especificados, basta pedirlos a cualquier librero con esa indicación.)



EL PRADO. POR ALENZA

2,50 PESETAS



